Jacques Cellard

Diario poco decente de una jovencita



La sonrisa vertical



Corre el verano de 1888. Agnès de S. tiene diecinueve años cuando empieza a escribir un Diario. Recién salida del colegio de la Inmaculada Concepción, una institución reservada a jóvenes de buena familia, Agnès va a pasar las vacaciones veraniegas al castillo familiar, cerca de Nîmes. Como es de suponer, la señorita de S. es todavía virgen, pero no tiene un pelo de tonta.

Durante todo el verano, que se anuncia bastante aburrido, llevará este Diario, que va volviéndose más y más íntimo, ya que las ocasiones de instruirse en la teoría y la práctica del sexo surgen cada vez con mayor frecuencia, al azar de las circunstancias: escenas de amor presenciadas por sorpresa, una camarera muy cariñosa, un joven campesino al que hay que espabilar, el hijo del molinero —inagotable fuente de descubrimientos—, un hermoso oficial de húsares del que Agnès se enamora vagamente… Y mientras se percata de la hipocresía de la sociedad en que vive, sus deseos de romper con las prohibiciones y la satisfacción de revivir sus aventuras se unen al poderoso placer de narrarlos.

Así, todo confluye de pronto en su vida para convertirla, al final de ese verano tormentoso, en casi una mujer que se permite «casi todo».



Jacques Cellard

Diario poco decente de una jovencita

La sonrisa vertical - 130

ePub r1.0

Titivillus 18.10.15

Título original: *Journal plutôt inconvenient toute jeune fille d'une*
Jacques Cellard, 1982
Traducción: Mercedes Corral

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Domingo, 17 de junio (1988)

Dios mío, ¡qué aburridas son estas misas! Las de París, en Santo Tomás de Aquino, son algo más entretenidas, pues se ve a mucha gente, circulan las noticias, se critican sin piedad los sombreros y los vestidos, y, desde el año pasado, algunos señores me hacen devotamente la corte alrededor de la pila de agua bendita. Pero aquí, en vacaciones, ¡con todas las brisas y los perfumes de Provenza invitándote a pasear…!

Hago mal en quejarme, pues, antes, con sol o sin sol, con ganas o sin ellas, tenía que acudir todos los días a misa, mientras que ahora solamente voy los domingos y las fiestas más señaladas. Además, hoy estoy encantada, porque estreno un conjunto muy gracioso: consiste en una falda de organdí tornasolado con un volante, una blusa de encaje abrochada por detrás con un hermoso lazo de tafetán y un cinturón de seda adornado con tres cocas moradas.

Es un atuendo campestre y muy sencillo, como yo, pero lo realzo con una gran capellina Valois, unas medias de hilo blanco caladas, escarpines y sombrilla. La capellina, que lleva una cola de puntilla almidonada y un adorno de flores de lavanda, está un poco pasada de moda, pero ¡me sienta tan bien…! Así arreglada, disfruto provocando entre los hombres del pueblo, que esperan debajo del platanero la última llamada a misa, todo un gesto de curiosidad por la moda de París y de interés por mi personita al que no soy insensible, por mucho que yo sea la señorita del castillo y ellos, unos campesinos.

Después de este pequeño éxito, tengo que aguantar, *riboun*

ribagno[1] las genuflexiones, el sermón y la comunión, todo ello amenizado con los agudos codazos de mi madre cuando tardo en ponerme en pie y entonar:

Te saludo con amor,
Reina de la celeste corte,
Virgen siempre bendita
Oh, Piadosa, etcétera;

porque tengo muy buena voz y los feligreses se guían por ella. Como resulta que durante los cánticos no hago otra cosa que soñar despierta mientras acaricio el terciopelo de mi reclinatorio, que es de color rojo y lleva nuestro escudo, como debe ser, estas llamadas de atención de mi madre son inevitables.

Si cuento estas tonterías, es porque esta mañana, cuando reprimía un bostezo sacrílego detrás de mi *Libre d'ouro* (no hay nada más aburrido que un sermón del padre Carassus), he tomado una decisión: a partir de ahora, y en la medida de mis posibilidades, soñaré despierta con orden y con método, y escribiré mis divagaciones.

Escribiré sólo para mí, aunque debo decir que el año pasado me dieron el primer premio de redacción en clase de filosofía y el año anterior un *cum laude* en retórica. ¡Casi nada! Y además, pase lo que pase con este diario —lo más probable es que acabe convertido en cenizas en el primer fuego de septiembre—, disfrutaré con él.

¡Triste día del Señor, engañaré tu aburrimiento!

Así que ¡arriba los corazones, niña valiente!

Lunes, 18 de junio

Mi «arriba los corazones» de ayer por la noche se ha convertido esta mañana en náusea. Me siento sucia, estúpida, inútil y repulsiva. En pocas palabras, ¡se ha vuelto a apoderar de mí esa cosa innoble, innombrable, a la que sólo puede aludirse con palabras tortuosas y tontas al oído de una

doncella o de una madre para hacerles entender que durante algunos días no serás del todo la misma! ¡No del todo! ¡Como si por el hecho de que una se convierta una buena mañana en un pobre animal que se esconde para sangrar ya no fuera del todo una mujer! Pensándolo bien, lo que nos hace inferiores a los hombres no es ser menos fuertes o menos inteligentes, aunque lo seamos realmente, ¡no!, sino estos días de secreta humillación en los que a veces quisiera morirme para dejar de sentir esta sangre saliendo de mí. Me dirán que hago de esto un mundo y que sólo se trata de un mal momento por el que hay que pasar. Pero es que ese momento que vuelve hagas lo que hagas, como para recordarnos la inferioridad de nuestra condición, es realmente un mundo. Y ni siquiera es el castigo por un pecado —¿qué pecado?— pues les sucede tanto a las vírgenes más prudentes como a las criaturas más desvergonzadas, y estoy segura de que a estas últimas mucho menos que a las otras.

¡Comienza bien mi pobre diario! Hoy, el *spleen*, el invencible *spleen*, se ha adueñado de mí. Envidio a las obreras de Remoulins que vuelven aquí el sábado por la mañana cantando, quizá felices de saber que volverán el lunes al taller, con sus ruecas, su carmenador de Jana o su tajadera.

Para tratar de reaccionar un poco, he ordenado mis libros, mis álbumes, mis lápices, mi bordado y mis agujas; en pocas palabras, el equipo de una joven que acaba de salir de un pensionado famoso por su elegancia y seriedad, pero que aún no tiene su propia *sweet home*. ¡Al diablo! Más me vale dejar de soñar en todo eso y ponerme manos a la obra.

Este año esperamos a mucha gente. Mi padre ha decidido invitar, además de a los de siempre, a unos señores muy conocidos del mundo de la política y de los negocios. Todo esto me va a dar mucho trabajo. Como Valérie es demasiado delicada (dice mi madre), demasiado patosa (dice mi padre), y demasiado joven (dicen los dos) para estas tareas, yo cumplo correctamente con mis deberes de hija de la casa: velar con Emmeline por la blancura de la ropa blanca, con Félicie por el brillo de la plata, con Jousè Aubanou por los ramos de flores; enterarme de las preferencias en el desayuno

de nuestros invitados, cambiar el petróleo de sus lámparas; de vez en cuando, preguntar respetuosamente a mi madre por el mantel que está bordando y a mi padre por la torre del señor Eiffel; no confundir El Pireo con un hombre y a Méline con una doncella.

Nada más lejos de mi intención que esto último, pues mientras que el señor Méline es republicano, feo y más tonto que nadie, Emmeline, nuestra doncella, es guapa y vivaracha, y ni siquiera sabe, mejor para ella, que vivimos en una república. Pero ¿realmente vivimos en una república? Aquí no todo el mundo comparte esa opinión.

A pesar de todo, de Provenza, de las vacaciones y del castillo, me aburro. Mi hermana es una pava, a mi hermano no le intereso, el tío me trata como a una chiquilla, y yo me aburro, todo me aburre, todo el mundo me aburre. Si *ventoulèje*, paseo por el parque o me acerco hasta el bosque de los Maures. Si hace *un soulèu que toumbo*[2], me quedo en mi habitación, con las contraventanas cerradas, leyendo alguna novela que robo a mi madre o emborronando cuartillas como hoy. En cualquier caso, no me sucede nada. ¿Y qué podría sucederme?

Martes, 19 de junio

Esta mañana, cuando volvía con Line del pueblo, adonde habíamos ido a buscar una cesta de *pésè nouvèu* y otra de *grafioun frès culi*[3], me ha hecho pasar por el molino con el pretexto de recoger una libra de flor de harina que nos debe el molinero; en realidad era para charlar y coquetear a gusto con su hijo Boniface. Yo quiero mucho a Emmeline y no tengo nada en contra de ese buen mozo de Bouni: de la decena de hombres que antes de ayer acechaban sin disimulo mi llegada a la iglesia, es el que más me gusta. Así que no me niego a ir al molino.

Después de saludar y de dar las gracias a Boniface, y de tener la harina empaquetada, nos volvemos a poner en camino pasando por el borde del prado Cacau, ¿y quién

estaba en el prado Cacau? El burro del molinero; pero, pobre animal, ¡en qué estado! Por debajo del vientre le cuelga una especie de tumor informe, tieso y rojizo, que tan pronto se balancea entre sus piernas como se apoya con fuerza con un golpe seco contra su vientre. Emmeline, muy colorada, me tira de la manga.

—*Regardas pas, Mamisèlo, es pas béou*[4].

Bonito o no, estoy intrigada. Hace dos años, me acuerdo como si fuera ayer, vi en el Bois de Boulogne un caballo, un bonito tordo, que también parecía tener una especie de pata tiesa de más. Valérie y yo estábamos dando un paseo con mi madre y *Miss* Julia, que nos obligaron a girarnos inmediatamente como si hubieran visto al diablo. Aquella cosa tan grande, tan tonta y tan incongruente me produjo una impresión tan extraña que soñé con ella, pero no había vuelto a ver más caballos así, porque comprendí que una joven bien educada debe apartar la mirada cuando ve un caballo tan diferente a los demás, y quizá también porque no había vuelto a tener esa suerte.

Esta vez estoy sola con Emmeline y completamente decidida a mirarlo de cerca. Si es un tumor, el molinero debería mandar que se lo quitaran; porque Line tiene razón, no es bonito. Por cierto, pensándolo bien, es el mismo burro del molino que todo el pueblo conoce y que vi justo el día de nuestra llegada, hace menos de una semana. ¿Cómo ha podido contraer esa desagradable enfermedad en tan poco tiempo? Mientras reflexiono acerca de todo esto y observo la estaca de carne que tiene entre las patas, Line se ha detenido, resignada. El burro, que la conoce perfectamente, se acerca a ella para mendigar de su cesta un puñado de guisantes. Mientras Line se los da y le rasca las orejas, yo aprovecho la ocasión para mirarle por debajo. No, decididamente no es un tumor. Me parece que todos los burros lo tienen. Sólo que el del molinero lo tiene más largo y más grueso, al menos hoy. Será por el calor, o tal vez porque haya comido demasiado salvado. Me aventuro a preguntárselo a Linette mientras nos alejamos:

—Linette, ¿qué le pasa al burro de tu Boniface?

Con las mejillas encendidas, me responde con una voz totalmente cambiada:

—¡Oh!, nada, señorita. Sólo suspira.

—¿Suspira? ¿Y por qué?

—Pues por una burra.

Está que revienta de la risa y no puedo sacarle nada más. Un burro que suspira por una burra y con un asunto largo como un brazo. ¿Y qué más?

Miércoles, 20 de junio

No me gusta ninguno de mis pretendientes, ni de cerca ni de lejos. Por el momento, tengo cinco o seis pretendientes oficiales y estoy segura de que ninguno de ellos dejará de venir a hacerme la corte durante estas vacaciones. El señor de A., Gonzague para las damas, llegó ayer dándose muchos aires. Es casi nuestro vecino, una especie de *gentleman-farmer* de rancia nobleza y considerable fortuna, dueño de tierras, viñedos y un gran caserón, al que él llama castillo, en V., en la parte baja del río.

Así pues, no es ninguna novedad el que nos haga en verano breves pero frecuentes visitas. Tiene cuarenta años; es presuntuoso, buen cazador, amante de los perros, del vino y, por supuesto, de las campesinas, a las que no puede dejar de interpelar con una gran familiaridad cuando se cruza con alguna un poco espabilada; camina dando grandes zancadas, habla como si ladrara y besa la mano de mi madre como si llevara una semana en ayuno; es el candidato de sí mismo. Pero significa muy poco para mí, a menos que yo llegue a los treinta años sin haber encontrado alguna otra cosa, lo que sería bastante sorprendente.

Dentro de algunos días llegará el pequeño vizconde de W., del Ministerio de Asuntos Exteriores, candidato de mi madre. Su nobleza es de pacotilla y su fortuna, dudosa e inestable. Imposible ignorar sus conquistas femeninas, pues habla demasiado de ellas y, lo que es peor, con pérfidos *sobrentendidos* o con medias palabras ultrajantes. Por ejemplo:

«¿La encantadora señora de N.? ¿Aquella cuyo marido se encuentra tan a menudo de viaje?».

Por lo demás, es lo que se considera un hombre guapo; besador de manos y conversador impecable, parece estar seguro de su éxito a pesar de mis frías acogidas.

En tercer lugar, Pierre-Félix L., el hermano mayor de la casta Susana, un muchacho de veintiséis años extremadamente agradable, de excelente familia y fortuna razonable. No se atreve a pretenderme oficialmente: no es noble, y mi madre es inflexible en ese tema. Pero el padre de Pierre-Félix es amigo del mío, y su hijo es su candidato preferido.

Además, este joven presume de interesarse más por la poesía y las letras que por las especulaciones bancarias. No es lo que en este momento se entiende por un *intelectual*, es decir, una especie de revolucionario o de soñador atormentado por vagas ideas, sino un hombre con una mente muy abierta. Sin embargo, me parece que le falta esa especie de vigor un poco brutal que tanto impresiona a nuestros delicados organismos. En pocas palabras, no sólo no se atreve (pero ¿a qué no se atreve?, me pregunto), sino que ni siquiera se atreve a atreverse: conmigo no ha tenido más que palabras tan reservadamente corteses que me parecían palabras de indiferencia.

Todavía hay alguien más: el conde de S. de R., también diplomático, que en este momento se encuentra en su destino de Moscú; según dicen, es un destino muy importante, ¡pero Moscú! Brrr… ¡Qué frío! Cuando vivía aquí, sólo le vi, hace ya casi un año, durante algunos días. Es también inteligente, a su manera; y seductor. Pero tiene casi treinta años más que yo.

Vamos a ver… También podemos añadir al bello, al demasiado bello, barón de Ch., otro candidato de mi madre: bella nobleza, bella fortuna, bello palacete en el Faubourg, bellos cabellos que acaricia sin cesar con su bella mano, bella boca suave y rosa, demasiado bella. Las señoritas de nuestra sociedad sólo tienen ojos para él, pero él no los tiene para ellas.

Hay momentos en que me repugna. Me encuentro casi más masculina que él, aunque haga alarde de haberse batido en tres duelos de los que sólo salió con algún rasguño.

Tampoco hay que olvidar al hijo de los P. W., los banqueros, otro candidato de mi padre: posee una inmensa fortuna que me atrae tan poco como su dueño, un muchacho alto, triste y apesadumbrado como un libro de cuentas.

Y, por último, el único que podría, quizá, muy quizás, enternecer a mi joven e inocente corazón: el pobre Géraud de R. B., a quien esperamos por aquí junto con su madre dentro de quince días. La ventaja y el inconveniente de Géraud es que sólo tiene un año más que yo. Es verdad que haría con él lo que quisiera, pero me aburriría con su perpetua sumisión. Tiene un no sé qué elegante y atemorizado que me emociona. No es el candidato de nadie (es decir, ni de mi padre ni de mi madre ni de ninguna tía), sólo de su odiosa madre, dispuesta a todo para imponérmelo. Y sólo por mi fortuna, pues Géraud tiene cinco hermanos y no será rico. Pero el ingenuo de él sólo me quiere por mi persona; me ama sinceramente y, sin duda, desearía que yo fuera pobre para ofrecerme su mano y sus escasas rentas. ¡Demasiado poco para mí!

Por el momento, ninguno de ellos me interesa demasiado. Me divierte verles revolotear, a ellos y a algunos más, alrededor de mí, la bella heredera; pero de ahí a dar esperanzas, por poco que sea, a alguno de ellos y encontrarme prácticamente casada sin haberlo querido… Muy tonta tendría que ser…

Jueves, 21 de junio

Hoy es san Luis Gonzaga, «que, por una gracia especial de Dios, vivió desde su más temprana edad en perfecta inocencia», y patatín, patatán.

Un poco como yo, que me siento inocente, muy inocente… Al ser el querido Luis Gonzaga el patrono de nuestra familia (descendemos, mal que bien, de los Gonzaga de Castiglione) y al mismo tiempo de la juventud cristiana,

ese día es de rigor la misa solemne en Castille. He ido a la misa rezada, la de la aurora y de los criados, que el padre Dioudonnat despacha en un santiamén; así que tengo más de una hora por delante.

Como decía hace un momento, me siento inocente. Tengo casi veinte años y, si me tuvieran que casar de aquí a Navidades, me sentiría tan tonta ante mi esposo como la señorita de *Una educación fallida* ante su Gontran de Boimassif[5]. Mi madre tendría que hacerme una gran cantidad de revelaciones rituales la víspera del gran día; pero Solange de V., que se convirtió hace tres meses en señora de Saint-P., me confesó que estas revelaciones se limitaban poco más o menos a: «Déjate hacer y piensa en otra cosa». También están las habladurías del pensionado, pero no hay que tomárselas demasiado en serio.

En nuestro pensionado para jóvenes cristianas existía una tradición muy arraigada que consistía en que, unos quince días antes de la «gran salida», las más espabiladas de las *inmaculadas*, inmaculadas pero no cándidas, se iniciaran (¡cómo me gusta hacer literatura!) mutuamente a las penas y alegrías de la vida conyugal. La iniciación tenía lugar en el cuarto de la ropa blanca de las mayores, en el tercer piso, al que subíamos con el pretexto de guardar nuestra ropa interior en los casilleros a una hora en la que no pudiéramos ser molestadas por la hermana encargada. En el complot participábamos seis o siete, Hélène y Amélie de K. (las gemelas), Marguerite de N. (llamada «la Margarita de las margaritas»[6]), Véronique de la P., Suzanne L. (a la que llamábamos en broma «la casta Susana», pues todo el convento —incluidas las hermanas— se había visto obligado a ver sus pechos: ella siempre se las ingeniaba para hacerlos surgir de improviso de su camisón), y, por supuesto, mi querida Sylviane y yo. Sí, éramos siete exactamente.

Así pues, estábamos ordenando e intercambiando bromas completamente manidas a propósito de nuestros pololos y nuestras enaguas almidonadas cuando Véronique declaró:

—Basta ya, señoritas, no estamos aquí para cotorrear. La que tenga algo interesante que decir que levante la mano, y

que las otras se callen.

Entonces se entabló una discusión algo confusa: Amélie de K. había sorprendido a su madre sentada y con las faldas levantadas, en las rodillas de M. de S., a quien todo París conoce, que la sujetaba por la cintura. Amélie piensa que él es (baja la voz) «su amante». Pero ¿y qué pasó después?

—Mamá se puso muy roja, se levantó de un salto y me gritó que saliera. Entonces me fui sin decir esta boca es mía.

Sylviane entró un día sin llamar a la puerta en la habitación de su hermano mayor. Vio a Julie, la doncella, arrodillada junto a su hermano, que le acariciaba los cabellos. Julie se movía y sacudía la cabeza rodeándole con sus brazos, y Lucien (un guapo muchacho de veinticinco años) estaba tan absorto que ni siquiera se movió cuando Sylviane entró. Ella, por lo demás, volvió a salir enseguida.

—Quizá le estuviera pidiendo dinero —decidimos nosotras.

«La Margarita de las margaritas» vio a su joven tía completamente desnuda haciendo gracias delante del espejo, pasándose una mano por la punta de los senos y la otra entre los muslos.

Muy interesante, pero nada nuevo, decide el Consejo de las Siete.

—Además —insiste Marguerite—, la he visto varias veces, y ¿sabéis una cosa, chicas? Pues que tiene pelo, pelo en el vientre, y le llega casi hasta los pechos.

La hacemos callar para escuchar a Hélène de K., a quien, en una noche de baile, un amigo de toda la vida de la familia arrastró hasta un pasillo oscuro, sin que ella, intuimos, se resistiera demasiado:

—Me levantó las faldas e intentó pasarme la mano por los pololos. Podéis imaginaros el miedo que yo tenía. Me sobaba entre las piernas y, con la otra mano, se desabrochaba. Yo no me atrevía ni a moverme ni a mirar. Por suerte —¡la muy hipócrita!—, Lucie me llamó en ese momento y él se largó.

A continuación nos contamos algunas anécdotas más o menos repetidas sobre los amigos de siempre o los jóvenes bailarines que te estrechan un poco en los rincones, pero la

hora transcurre y nuestra iniciación permanece bastante confusa. Sylviane y yo no sabemos mucho más que las otras, y nos ponemos de acuerdo para escuchar a Véronique. Según ella, ha visto a su hermano y a su cuñada «hacer un niño». Pero no fue *durante el horror de una noche cerrada*, sino en la penumbra de un salón cuya puerta empujó ella imprudentemente y:

—Chicas, os mostraré cómo fue. Vamos, Agnès, ven a echarte encima de la mesa, tú harás de mujer. Vosotras, ponerle una pila de ropa blanca debajo de la cabeza. Mira, tú estás aquí, entonces él te besa mucho y después se acuesta encima de ti, en tus piernas, así, y después te duele mucho, y después tienes un niño.

A fuerza de moverse encima de mí casi me asfixia, y la iniciación de las «inmaculadas pero no cándidas» se quedó en eso. Sylviane y yo pensamos que era una nimiedad y que, si sólo consistiera en eso, no se hablaría tanto del amor y del matrimonio.

Viernes, 22 de junio

Emmeline ha venido esta mañana a traerme un plato de cerezas que hemos estado picoteando juntas. Mi madre ha decidido que Emmeline no es bonita; yo no opino lo mismo, ni tampoco los señores que con tanta complacencia la miran. Tiene un rostro muy bello, con los pómulos altos, una nariz corta y ancha, unos llamativos ojos que no acaban de decidirse por el azul o el gris, una piel muy dorada, la boca un poco gruesa y roja y una fina pelusa sobre los labios.

Por lo demás, goza de esa excelente salud tan característica de las mujeres de la región, tiene un cuerpo muy orondo por todas partes, sin que llegue a ser gordo, y una forma admirable de caminar y de volverse: el vestido le gira alrededor de las caderas como si ella lo dirigiera; yo sería incapaz de hacer lo mismo, además ¡no estaría bien visto! ¡Ah!, me olvidaba de sus cabellos negros, brillantes y finos, recogidos en un gran moño, pero que, cuando se peina,

le llegan por debajo de la cintura; yo la ayudé una vez.

Tal y como es, Emmeline me gusta y me intriga. Aunque tiene más de veinticinco años, no se le conoce ninguna aventura ni aquí ni en París, donde también ha trabajado para nosotros este año, ni siquiera un pretendiente con serias intenciones. Va y viene por el castillo, activa y silenciosa, me viste y me peina con habilidad las noches de recepción, me mira, me hace cumplidos, ríe, suspira, y entonces me entran unas ganas locas de abrazarla y rodar por el suelo con ella; se parece tanto a mi querida Sylviane…

Sábado, 23 de junio

He estado ordenando los vestidos sin demasiado entusiasmo; después, como hacía mucho calor, incluso con las contraventanas cerradas (por el Gard se avecina una tormenta) he decidido quitarme el vestido rosa plisado, que me aprieta demasiado, y ponerme una túnica ligera. Aprovechando la ocasión, volveré a tomarme las medidas para que la señora Tourreù, que trabaja que es un primor, me haga un vestido.

Heme aquí, pues, en camisón y con los pies descalzos, y en el cuello no una cuerda sino mi collar de coral, buscando el metro de costura en el fondo de los cajones. Se me ocurre una pequeña y diabólica idea; ya que estoy sola y hace tanto calor en la habitación, ¿por qué no aprovechar el gran armario de espejo para imitar a la tía de Marguerite? Sé que es un pecado mirarse de cuerpo entero y completamente desnuda, pero tengo que tomarme las medidas y el padre Dioudonnat no se negará a darme la absolución por este pecadillo.

Dicho y hecho. Hace más de un año que no tenía la oportunidad ni tantas ganas de verme así. Pero hace un año todavía era una niña.

He crecido: descalza, debo de medir más de metro sesenta. No tengo una cintura de avispa, pero sí de joven bien educada: apenas cincuenta y seis centímetros. Aun sin corsé

parece estrecha, pues tengo las caderas bastante anchas: unas caderas de mujer hecha y derecha, dice mi costurera. Debo decir que no necesito llevar polisón debajo de la falda: mi figura se basta por sí sola; además, a las jóvenes nos está prohibido llevar polisón.

Me parece que mi figura también es atractiva por detrás. Tengo los riñones hundidos: mi costurera, otra vez ella, me encuentra muy bien *ensillada*. La señora Roubère es una mujer encantadora que, desde hace dos años, me viste en París. Según ella, estoy tardando en convertirme en mujer. El año pasado, vino a probarme una falda de falla tableada y cuando yo estaba todavía en combinación, me dio dos buenos cachetes en las… nalgas y exclamó: «¡Tendrías que engordarme todo esto, niñita!». Me figuro que no es agradable tener que drapear las telas sobre una tabla, pero, en cualquier caso, no soy flaca. Después añadió: «No basta con tener unos ojos bonitos, señorita. ¡Los hombres no sólo se fijan en eso!».

Ya lo sé. Se fijan también en el pecho y en el resto. Mis pechos, por desgracia, no están todavía tan desarrollados como, por ejemplo, los de Sylviane, que los tiene muy redondos y con una gruesa mancha parda. Los míos, en cambio, son muy blancos y con un pequeño pezón rosado: parece una frambuesa mordisqueada sobre un tazón de nata montada. A pesar de todo, ¡se me sostienen muy bien sin necesidad de ballenas!

Digo «por ejemplo», porque en la Inmaculada Concepción, hacia final de curso, cuando el dormitorio de las mayores, que estaba bajo el tejado, se convertía en un horno, hacíamos este tipo de comparaciones. Las más espabiladas siempre se las arreglaban para que la parte de arriba de sus virtuosos camisones se les deslizara por los hombros para de ese modo poder enseñar a sus amigas del alma, durante el tiempo que duraba el falso movimiento, un comienzo y, a veces, un exceso de pecho feliz de liberarse un poco:

—Los tuyos se están fortaleciendo, querida mía, ya no los reconozco. Y además la punta se ha puesto muy roja. ¿Y los míos?

No íbamos más allá, quiero decir más abajo. Nos decíamos al oído, y con algunos remilgos, que la Margarita de las margaritas tenía una auténtica barbita de minero pegada a sus muslos de pava, pero nadie la había visto. También dos o tres veces circuló de un pupitre a otro un pelo rizado y requeterrizado dentro de un sobre sellado en el que estaba escrito: «¡Cuidado, salta!», que nos hacía mucha gracia.

Yo, ahí, ni siquiera tengo una pelusilla, tan sólo una barbita rubia que se riza como un resorte; por mucho que la estire con los dedos, en cuanto la suelto vuelve a adoptar la forma de un minúsculo sacacorchos. A mí me parece bastante bonito este mechón alocado que, cosido sobre el cojinito, introduce un poco de sol en todo este blanco rosado. Sylviane se rió amablemente de mí un día en que, entreabriendo la cortina de mi cabina, me las ingenié para que le echara un vistazo; debo decir que la suya (una gruesa bola castaña y crespa) es mucho más impresionante. No me importa. ¡Me gusto como soy!

Para consolarme me la rizo y me la cepillo, y exploro un poco los extraños pliegues y repliegues que se ocultan detrás, y que algunos días (o más bien algunas noches) están muy húmedos y acogedores cuando me los toco con los dedos y otros (como hoy), se muestran secos y ásperos. De todas formas, voy a detenerme aquí… Esta vez, el padre sí que me negaría la absolución.

Domingo, 24 de junio

Jousè Aubanou me ha hecho un comentario muy amable esta mañana. ¡Cómo ha crecido y qué fuerte se ha puesto en un año el «pequeño Jousè», el hijo menor de la Félicie! Ya casi me saca una cabeza, pero seguimos llamándolo «el pequeño». Jousè acababa de cortar conmigo un ramo de rosas, de girasoles y de jazmín, y cuando yo hundía mi rostro en las flores para embriagarme con su aroma, me ha dicho enrojeciendo:

—Señorita Agnès, ¿sabe que usted huele todavía mejor

que las flores?

—Estás un poco loco, Jousè; será mi vestido, que ha estado guardado entre lavanda.

Y él:

—¡Oh!, no es su vestido, señorita, es usted, que huele tan bien como la Virgen cuando va en su palio.

Entonces me he acordado de que, hace ocho días, Félicie me pidió tímidamente que *diera clases* al pequeño Jousè, que prácticamente sólo habla *patois* y lee y escribe muy mal; Félicie, viuda desde hace diez años, no ha tenido la posibilidad de darle estudios. Es verdad que Jousè, bueno y listo como es, podría encontrar una buena colocación si hablara y escribiera bien el francés. Hay que oír al párroco Dioudonnat, un apasionado del felibrismo, si es que algo puede apasionar a este santo hombre, denunciando el escándalo que supone (y tiene razón) que en el país de Mistral se niegue el más insignificante trabajo de dependiente o dependienta a quien hable *patois*. ¿Maestra? ¿Por qué no? La Félicie se lo merece y el pequeño es muy guapo.

De todas formas, le veré esta noche en el *fio de la Sant Jan*, a él y a toda la juventud del país, y *lou moulinè* Roiumanilho, a su mujer Mirèio y a su hijo Bonifas, *lou manescoú* Brulot, a su mujer Nio y a su *dozène* de hijos y de primos, y a *lou noutàri*, un viejo *tabaret*, y a la bella notaría, enamorada en secreto de mi padre, quien prenderá la llama de la hoguera de San Juan. Después, los *moussurots* y las *damotos*[7] volverán tranquilamente a sus casas y los muchachos y las jóvenes del cantón se pasarán la noche bailando… y todo lo demás, ¡pues parece ser que surgen muchos matrimonios de una noche alrededor de ese fuego de San Juan! Yo me quedaría con mucho gusto, pero, por desgracia, no está bien visto.

Martes, 26 de junio

¡Qué noche! Son casi las cuatro de la mañana y acabo de volver a encender la lámpara, pues, aunque estoy agotada, no

puedo dormirme. Todo ha contribuido un poco a este delirio: una taza de café tomada a escondidas ayer al anochecer, un día tórrido y la luz malva del poniente que, en estas noches tan cortas, sólo se apaga para dar paso por el lado del Ródano al rosa incierto de la aurora, como si el crepúsculo de la noche y el de la mañana intercambiaran por encima de mi cabeza un beso interminable…

La tormenta, que subía desde hace dos días por el Gard, ha estallado cuando acababa de apagar la luz y de acostarme. La lluvia ha comenzado a caer en abundantes y gruesas gotas que yo oía chocar contra las hojas del plátano del patio de las Damas, al que da mi habitación; después, de improviso, un estruendo confuso y amenazador se ha superpuesto a los relinchos de los caballos enloquecidos y al ruido producido por sus cascos al chocar contra el empedrado. El trueno, la lluvia y el relámpago se han ensañado durante una hora con el castillo, ora azotando la cortina de álamos que bordea el Gard, ora la wellingtonia del parque, ora y más cerca todavía el pequeño campanario del Templo de las Gracias. Mi habitación se iluminaba en algunos momentos, como por un mecanismo eléctrico, a causa de los resplandores. El trueno hacía resonar, crujir y restallar las ventanas; las sacudía con tanta violencia que parecía asestarles puñetazos gigantes. Me parecía que siempre había estado así de sola en el mundo, en el centro de este desencadenamiento de los elementos, y que la tormenta sólo tenía relación conmigo. También sentía miedo, un miedo en el que me hundía deliciosamente a medida que la tempestad sacudía cada vez con más violencia mis oídos y mis ojos. Seguramente no lo habría sentido tan fuerte si la tormenta me hubiera sorprendido fuera de casa y durante el día, pues la necesidad de cobijarme sin poder echar a correr, la preocupación por que se me estropeara el vestido, el miedo al relámpago, a coger alguna enfermedad de pecho y a mi madre, a la que después hubiera tenido que afrontar, me habrían apartado con su realidad de este fantasma de miedo. Por el contrario, mi cama, mi habitación y el mismo castillo, en lugar de protegerme de la tormenta, aumentaban mi horror entregándome a ella sin defensa, me

sentía cautiva como dentro de una mortaja debido a la suave humedad de las sábanas adheridas a mi cuerpo, como en una celda debido al áspero frescor de los muros, en C., por último, como en una tranquila y sombría prisión a cuyas puertas llamaba esa tormenta tan deseada, la vida.

Empujé a mis pies la insoportable sábana; liberada de todo lo que me oprimía, crecía en mí el deseo de entregarme desnuda y feliz a la violencia del relámpago y a la lluvia apaciguadora. Todo el calor que la tormenta había barrido del valle parecía haberse refugiado en mi habitación, que estaba con las contraventanas cerradas. Yo jadeaba. La mano que pasaba por mis pechos y mi vientre doloridos se empapaba de sudor; el propio contacto de mis muslos, el uno contra el otro, se me hacía insoportable. Al mismo tiempo que los separaba para intentar que me llegara un poco del frescor de fuera, comprendí confusamente que mi cuerpo ansiaba también el mismo desencadenamiento furioso y tierno que inundaba el valle, y comencé a acariciarme febrilmente. En el estruendo casi ininterrumpido del trueno, me oía gritar, pero quizá sólo susurraba:

—No puedo más, no lo soporto…

Me retorcía en la cama, avergonzada de atreverme a realizar el gesto esbozado hacía unos días delante del armario de espejo para continuarlo furiosa y conscientemente en medio de la tormenta, avergonzada y aliviada al notar venirme el placer bajo los dedos, esperando que esta vez fuera más violento y más real, conmovida por el deseo de otra mano que no fuera la mía, de otro cuerpo con el que poder frotar el mío, de otra pasión con la que compartir la mía y de un placer menos egoísta y menos secreto. El mío me llega de un modo irresistible y tengo que morder la almohada para no gritar, pues es maravilloso e intenso, mejor que nunca.

Porque, por supuesto, no es la primera vez, pero también es cierto que nunca me he sentido tan dominada por el deseo como se sentía, y seguramente se seguirá sintiendo, Sylviane, que lo hacía —me confesó un día en que estuve a punto de sorprenderla haciendo algo que no entendí— para poder

dormir las noches en que se sentía triste; ni tan poseída por el demonio como Hélène de K., que un día que las tres nos atrevimos a hablar de nuestras calaveradas, me sorprendió, me escandalizó y asqueó, al contarme, con los ojos brillantes, que lo hacía casi todas las mañanas en el retrete, porque en su cama, como lo hacía Sylviane (y yo si llega el caso), se arriesgaba demasiado a que la cogieran in fraganti y porque era mucho más agradable en el excusado «a causa del olor». El hecho es que olía siempre más o menos a pis.

Yo, en cambio, sólo lo he hecho unas diez o quince veces este año en el dormitorio, en una especie de duermevela, y de un modo tan instintivo que casi no me acordaba cuando me levantaba; y tres o cuatro veces en París, en noches de tormenta como ésta. Va a hacer dos años que la hermana del dormitorio me acusó de estarme acariciando, cuando, no lo niego, me disponía a hacerlo, y recibí un severo sermón de la madre superiora, seguramente el mismo que recibían todas las culpables; no sólo iría al infierno, donde por otra parte me encontraría (pero ésta era una reflexión impertinente que me hacía para mis adentros) con mis mejores amigas y con la mitad de las niñas educadas en los conventos de Francia y de Navarra, sino que además se me caerían el pelo y los dientes, me volvería loca, ¡y yo qué sé cuántas cosas más! Como Hélène gozaba de muy buena salud, aunque siempre tuviera algunas ojeras, no me inquieté; pero, como tengo horror a los sermones y los dramas, me cuidé mucho de no reincidir si no era con mucha prudencia.

¡Ya está! La tormenta abandona al mismo tiempo mi cuerpo y mi habitación, se aleja hacia el Ródano y me deja agotada en el hueco de la cama. Cansada pero no saciada, ¡por desgracia! Si no me equivoco, ha llegado el momento de casarme.

Ya veremos. Ahora es de día. El rosa de la aurora ha vencido en esta página al amarillo de la lámpara. Y a mí me ha vencido el sueño. Tal vez hasta mañana, diario, o más bien hasta muy pronto.

El mismo día por la noche

La tormenta ha dejado el castillo patas arriba: dos álamos de Italia tronchados, algunos cristales rotos, el suelo cubierto de restos de tejas y ramas, la iglesia maltratada; *Pébrado*, a quien monto muy raras veces por lo nervioso que es, ha estado a punto de estrangularse con el ronzal, y Valérie se ha refugiado aullando en la habitación de mamá en mitad de la noche. En medio de todo este jaleo, mis suspiros e incluso mis gritos (seguramente he gritado) han pasado completamente inadvertidos. En cualquier caso, me he quedado en la cama, incapaz de mover un dedo.

Miércoles, 27 de junio

Al despertarme esta mañana me he dado cuenta de que era tarde porque el rayo de sol que se cuela a través de las contraventanas de enfrente de mi cama había llegado a mis pies, cuando normalmente me suelo levantar en cuanto ilumina el techo. En mi cabecera, sentada expectante en el borde de la silla rosa, Emmeline acechaba impaciente mi despertar para saludarme con una sonrisa un poco inquieta. En la penumbra, el almidón de su delantal de doncella destacaba claramente sobre el vestido de griseta que, de talle redondeado y apenas marcado, caía en anchos pliegues hasta el suelo, y yo, sin necesidad de alzar la mirada, podía adivinar sus cabellos castaños recogidos hacia atrás en un moño y encima de él, como una cimera, la cofia de bordado inglés.

En medio de esa luz mortecina, su móvil inmovilidad, su contenida actitud hacia mí, su rostro atento, me hicieron volver a la realidad de una forma dulcísima. En un primer momento, sólo pude parpadear y esbozar una pregunta. Hace ya muchos años que sólo mi madre, y a veces Louis-Armand, vienen de vez en cuando a sacarme de la cama, y ambos lo hacen con mucha brusquedad y estrépito.

—Linette, ¿he estado enferma?

Sin contestar, acerca la silla hasta la cama y me coloca primero sobre la frente, después sobre las mejillas, una mano

suave y fresca. Mira la cama revuelta, la almohada de través y el edredón tirado en el suelo, y se inclina hacia mí:

—Ayer trabajó usted demasiado, señorita. A la hora de la cena no tomó nada, y como esta mañana tardaba tanto en bajar…

—Mi madre la ha enviado para que me levantara, ¿no es cierto?

—No, señorita Agnès, he sido yo quien se ha preocupado por usted. No me gusta verla triste, quisiera… —De pronto se detiene y me observa con los ojos bajos—: Voy a hacerle la cama. *Ensuquée*[8] como está, no se puede levantar enseguida, y esto no puede quedarse así. Si su madre lo viera al entrar…

—¿Se ha ido mi madre?

—Sí, señorita, se acaba de marchar a Remoulins hace un cuarto de hora con Julien, para recoger al padre de usted y a los invitados.

¿Dónde tengo la cabeza? En ese caso, el tren de París no llega antes de las once, y todavía no son las diez, así que tengo tiempo más que suficiente para tomarme un tazón de leche y unas rebanadas de pan con mantequilla en mi habitación. Respiro mejor, me vuelve un poco de color a las mejillas.

Es verdad que estoy muy mal en esta cama. Realmente he pasado una mala noche, he soñado, me he movido, ¡y vete a saber qué más!, la sábana de arriba está *en tacón*[9] a mi alrededor, la de abajo toda arrugada y el camisón (me doy cuenta con un poco de vergüenza y con mucho placer) se me ha subido por encima de las piernas. Linette se ha levantado, y con la palma de la mano derecha comienza a estirar las sábanas, rozando con la otra mis cabellos y mis labios. Con un gesto retengo su mano contra mi rostro, la cubro de besos y murmuro:

—Bésame, Line, mi Linette, ámame…

Y Line se inclina sobre mí y me besa durante mucho tiempo, maravillosamente, deslizando su lengua en mi boca, mordisqueando mis labios, al mismo tiempo que noto su mano descender hacia mis rodillas, acariciarlas y subir lentamente por mis muslos desnudos. Y yo, loca de mí,

cuando con sólo pronunciar una palabra podría detenerla… giro la cabeza en la almohada para aprisionar mejor su mano, que devoro, y para sentir mejor la caricia de la otra, y entonces tengo un ligero sobresalto de honestidad al darme cuenta de que sus dedos juguetean con el vello de mi pubis; mucho mejor (o mucho peor), abro mis piernas, me tenso hacia ella, ayudo a sus dedos a buscar, a que se deslicen deliciosamente por mi sexo, y llevo su otra mano hacia mis pechos. Ella ha abandonado mis labios por mi cuello, mis hombros, mi vientre. De pronto siento su dedo penetrar en mí, sólo un poco; pero no insiste, vuelve más arriba, pellizca delicadamente un botoncito de carne que siento girar entre sus dedos, y esta caricia me vuelve loca; tan pronto su mano asciende a mi vientre, como tan pronto alisa suavemente mis muslos. Enloquecida de placer, suspirando, acechaba la subida de ese algo que con tanta avidez deseaba y que me dejó aliviada pero insatisfecha.

Se había acabado. Había mordido la palma de Linette hasta hacerla sangrar, había vuelto a apretar mis muslos para aprisionar la fascinante mano. Vuelvo la cabeza y abro los ojos para recibir un beso rápido y ardiente de ella.

—Line, ¡qué ideas se le ocurren! Debería estar furiosa contra usted y avergonzada de mí misma, pero no puedo. ¿Y si hubiera entrado alguien?

—No había ningún peligro. He echado el cerrojo y además la señora ha dicho que no la molestaran a usted.

—¿De verdad? ¡Eres un diablo!

—¡Oh! Yo no tenía malas intenciones, gatita mía. Pero estaba usted tan bonita entre sus sábanas revueltas. Y además no ha estado nada mal: ¿no le ha gustado?

Confusa, la atraigo hacia mí y la beso a mi vez como besaba a Sylviane, paseando mi lengua por su boca, aspirando la suya entre mis labios. Se presta tan bien, que pronto estamos las dos sofocadas. Me siento mucho mejor ahora y, sentada en la cama, me recojo los cabellos como puedo, sin pensar por lo demás en bajarme el camisón. Emmeline también se ha levantado y siento su mirada posarse sobre mí, detenerse…

—Señorita, su camisón está completamente empapado, va a coger usted un *cop d'ér*[10] tiene que cambiarse.

Jueves, 28 de junio

Mi doncella tiene razón. La salud es lo más importante. Así que yo misma me quito el camisón, sin sonrojarme, e incluso deseando que me admire, que me hable de mí, de mi cuerpo, que me friccione, me acaricie, me bese hasta sentirme completamente nueva. Se dirige al armario, vuelve con una gruesa y suave toalla de algodón rizado, me hace tumbarme con un gesto y comienza a secarme, incluso a rasparme, pero con tanta ternura que ronroneo de placer. En cualquier caso, me giro, vuelvo a girarme, levanto los brazos, separo dócilmente las piernas, incluso me retuerzo con gran placer cuando siento ese grueso tapón de tela frotar en todas las direcciones y por todos los lados, incluido el interior de mi pequeño… rostro trasero, como debe llamarlo una joven bien educada.

Es igual, ser rica tiene sus ventajas. ¿Sentiría tanto placer si yo fuera la doncella?, ¿si friccionara a un ama joven y bonita? No lo sé. Linette al menos no disimula su satisfacción. Me repite que soy bonita, bonita por todas partes, fresca, que tengo la cintura fina y un lunar muy gracioso en un lugar donde yo no puedo verlo.

—¿Y tú, Line? ¡Tú también eres muy bonita! Seguramente tus pechos son más bonitos que los míos.

Esboza una sonrisa, finge no comprender y me dice tranquilamente que ya es hora de que me levante y me vista, y de que ella vuelva a sus obligaciones. ¡Qué pena!

—Pero ¿volverás a despertarme como esta mañana? Tengo tantas cosas que decirte, si supieras…

A punto ya de irse, me besa suavemente, desliza por última vez la mano entre mis piernas y murmura:

—Volveré, gatita: yo también tengo muchas cosas que

decirte. Pórtate bien, no me hagas gestos en la mesa, no te vuelvas a acariciar sola. *An, te disé pas adieu*[11].

Y ¡zas!, se ha ido. ¡Cómo me gusta, Dios mío!, ¡cómo me gusta! ¡Qué bonita es!

Todo esto sucedió ayer por la mañana. Al final, no me tomé el café con leche y las rebanadas de pan con mantequilla en la cama, sino en la cocina, en una esquina de la mesa. Mamá volvió y papá y los invitados me dijeron que tenía muy buen aspecto. Sólo faltaría.

Viernes, 29 de junio

Hoy he dado la primera clase de escritura a Jousè Aubanou. Dar una clase no es tan fácil como parece. Y qué impresión más curiosa ver a este muchachote esforzándose en hacer los tres palos de la eme y en no confundir la pe (el redondel se escribe del lado de la mano con la que uno se persigna) y la cu (del lado de la otra mano). Por suerte, he seguido el método de nuestro pensionado, en el que el alfabeto se decía ele, eme, ene, *pi, que*, etcétera…, porque las madres (lo he sabido o comprendido mucho más tarde) no querían exponerse a las bromas, realmente muy tontas, sobre la *pe* de pedo y la *cu* de…

Jousè cumplirá diecisiete años dentro de nada. ¿Y después? Con muchísimo trabajo y también con muchísima suerte, conseguirá colocarse con algún negociante de Montpellier o de Remoulins, para cargar barriles o doblar telas por cuatro luises al mes; quizá, como es muy encantador, consiga casarse con alguna hija única un poco fea que le ayudará a establecerse a su vez como dueño de una tienda de ultramarinos o de telas.

Mientras tanto, aquí está, tan bien vestido para las clases como lo permiten los escasos medios de Félicie, que le ha comprado para el gran día *un pareu de braïo*[12] de fina tela de Ales. El pobre está incomodísimo con ese pantalón: le aprieta tanto que, cuando se ha sentado a mi lado, he pensado que le iba a estallar.

Y además, estos pantalones de moda están muy mal hechos: tendrían que tener algo parecido a un bolsillo para colocar eso que los hombres tienen y nosotras no. He lanzado algunas miradas a hurtadillas a mi alumno mientras garabateaba sus primeras letras: pues bien, su pantalón de tela de Ales estaba totalmente hinchado por un lado. Me he puesto colorada. Nunca me lo han dicho, pero sé que una joven como es debido no debe detener su mirada en un caballo que tiene una pata debajo del vientre, ni tampoco en el pantalón de los hombres.

Sábado, 30 de junio

Mañana mi diario de estas vacaciones cumplirá dos semanas y la verdad es que no estoy nada descontenta con las primeras páginas. Después de todo, como dice muy bien papá, «si no te echas tú misma las flores, ¿quién te las va a echar?».

Podría haber llenado estas páginas con anécdotas del internado, con edulcoradas y fugitivas emociones, o con comentarios pintorescos sobre el encanto de Provenza y la belleza del puente del Gard. ¿Qué tiene de malo haber preferido el relato de mis pequeñas aventuras en lugar de estos tópicos?

Me gusta escribir lo mismo que a otros les gusta pintar o tocar el piano. Por supuesto, el estilo (si se puede hablar de estilo a propósito de este fárrago) no está a la altura de mis ambiciones de cronista, pero no importa, pues son sólo escalas que toco para mí, para algún día, ¿quién sabe?, poder escribir algunas líneas de vez en cuando en algún periódico de moda y firmar con un seudónimo, pero no con el de «Chispa», que ya han elegido, sino tal vez con el de «Pavesa».

Soy bastante exigente conmigo misma a la hora de escribir. Me esfuerzo mucho más de lo que parece cuando se me lee, si se me leyera, pero ¡gracias a Dios!, no se me leerá. Es cuestión de amor propio. Me gustaría que mi diario estuviera tan cuidado como mi personita y poder hojearlo

dentro de diez años sin que me dé demasiada vergüenza o disgusto, de la misma manera que me miraba el otro día completamente desnuda en el espejo.

Durante nuestras comidas, se rumorea que la señora de Uzès se ha pasado al campo del general Boulanger, o más bien, si no me equivoco, que el general se ha pasado a nuestro campo. Él aporta las armas, ha dicho uno de nuestros invitados, y la señora de Uzès el capital. ¡Y qué capital! Ya no se trata de los veinticinco mil francos de hace seis meses, sino que ahora se habla de una suma enorme, ¡de dos millones! Realmente es increíble y mi padre se niega a creerlo hasta que la duquesa o nuestros propios príncipes se lo confirmen, pues, en realidad, la señora de Uzès ha donado estos dos millones al príncipe y no al general. Gracias a esto y a la exagerada popularidad del apuesto soldado, «esperamos» recuperar el trono de «nuestros» antepasados.

Papá tiene la amabilidad de apreciar que, a pesar de ser una atolondrada, entiendo lo suficientemente bien los meandros de la política como para no decir demasiadas tonterías. Él mismo participa poco y sin entusiasmo en la empresa. Como dice con una malévola sonrisa:

—La historia se repite, hijita. Hace un siglo exactamente era: «Echemos abajo al panadero, a la panadera y al mozo del panadero»[13]. Hoy es: «Esperemos que Boulanger[14] vuelva a traérnoslos». Bah, exprimamos el limón y después ya tiraremos la cáscara. El general no es un buen político.

¿Será cierto? ¿En qué acabará todo esto? Parece ser que la duquesa está en este momento (es otra de las cosas que se rumorean durante nuestras comidas) junto al príncipe, en Coblence, para hacerle aceptar este sorprendente acuerdo. Ya veremos.

Otra gran noticia, que creo que se remonta a hace quince días y que se me olvidaba, es que por primera vez desde hace mucho tiempo (pero no he prestado ninguna atención), un caballo francés, montado, es cierto, por un *jockey* inglés, ha ganado el Gran Prix de París[15]. Todavía soy demasiado joven para dejarme ver en Longchamp, donde por otra parte sólo se va debidamente escoltada por un marido y por

admiradores, pero comprendo que a la gente le apasionen estas carreras. Por el momento, me basta con el Bois de Boulogne y la curiosidad de volver a encontrar uno de esos caballos con un aparato completamente colorado balanceándose bajo su vientre.

Mañana, comida de quince cubiertos. Tendré que soportar sandeces y declaraciones insulsas durante toda la tarde.

Domingo, 1 de julio

Domingo no sé cuántos después de Pentecostés, jamás he logrado aprenderlo; arreglarse, misa, comida de gala, té y bostezos como todos los domingos. ¡Dios mío, cómo me aburriría si no tuviera a mi confidente! Voy a pie a misa acompañada de mi hermano y de Linette. Le cojo del brazo a él y me apoyo en ella, que me sonríe con afecto. Linette, encantadora con su cofia y su chal blanco bordado en oro, se aprieta contra mí, y su cadera roza suavemente la mía.

El Santo Oficio es soportable. Basta con conseguir *desdoblarse* durante una hora. Media parte de ti se encarga de arrodillarse cuando es necesario y de seguir los responsos, y la otra sueña. Por lo demás, es un espectáculo como cualquier otro, con escenas buenas y malas. Alineados, muy estirados entre nuestros reclinatorios y nuestras sillas con entorchados, representamos a la perfección el papel de señores del castillo, pues lo somos. Junto al pasillo, el autor de mis días (qué estilo más bueno) se sobresalta cuando el padre vocea un *Dominus vobiscum*, y luego se da la vuelta con disimulo para mirar, a su izquierda, el perfil abstraído de la bella notaría; arquea el tronco al levantarse, yergue la nuca y se retuerce con un gesto muy estudiado su fino y rubio bigote hasta el punto de parecerse más al general Boulanger que el propio general. En ese momento, la notarla se inclina bajo su capellina de paja de Italia para ver a su héroe; mamá y Valérie apenas levantan la nariz del libro de oraciones; de vez en cuando, lanzan un ligero vistazo a algún vestido que les interesa. El tío hace alarde de un aburrimiento de buen tono,

mi hermano cierra los ojos con compunción. En realidad, duerme de pie.

Después de la misa, el almuerzo. Precisamente hoy es el día del padre Carassus, a quien mi madre invita a comer un domingo de cada dos, el otro domingo es el del padre Dioudonnat, lo que hace que los dos se sucedan en nuestra mesa dominical como el hombre lluvia y el hombre sol de los barómetros con personajes. La lluvia es el padre Carassus. Come mucho, lo que no es un crimen, pero sin elegancia, «mejor no mirarle», dice mamá. Habla demasiado y sin ningún ingenio, como un mecanismo al que le hubieran dado cuerda: antes de que abra la boca ya se sabe lo que va a decir, de manera que mi madre prefiere verle atiborrarse sin ningún comedimiento con las mejores viandas, lo que al menos le obliga a permanecer en silencio. El padre Dioudonnat, nuestro querido y santo sacerdote, come mucho y bebe todavía más, pero con mucha finura y sin que se le note, haciendo, por lo demás, juicios de entendido acerca de la cocina de Félicie. Todo el mundo sabe que posee la mejor bodega de la región y, sin duda, del distrito. Es el padre de la Iglesia de los vinos de *Tavèu*[16], el doctor angélico del *Castèu-Nou*[17] y el san Juan Pico de Oro de los moscateles de Frontignan.

Volviendo al padre Carassus: entre un ala y un muslo de la gallina de Guinea lanza un anatema contra «las novelas infames que pervierten el alma de nuestros queridos hijos y que», añade mirándome con severidad, «conducen a demasiadas jóvenes a esas desgracias que las cubren de vergüenza y sumen a las familias en la aflicción». Mi querida madre le hace coro; siento que tiran a matar y me encojo. ¡Oh, qué hombre más ruin! Acabo de verle, lo juro, mirando con mucha *concupiscencia*, por emplear su jerga, la blusa de Linette, mientras ella le presentaba el timbal de espárragos a la Lauris.

Los hombres, a quienes disgusta esta salida y se dan cuenta de que me siento incómoda, cambian de tema y vuelven a «las gigantescas construcciones que son el honor de nuestro siglo y que prefiguran el que viene». Pero no todo el

mundo es partidario de Panamá, y uno de nuestros invitados parece inquieto por la suerte del capital que ha invertido en el negocio:

—El señor Lesseps ya no es tan joven, amigo mío. ¿Se consigue dos veces un Suez? Créanme, Panamá nos va a dar muchas sorpresas y no todas van a ser buenas…

La torre Eiffel, que sube, sube y sube como el animalito del juego infantil, provoca opiniones unánimes. Pero en contra.

París sumida en la fealdad… Estropeada para siempre… Un crimen contra el país… Una idea de chatarreros.

Mamá no se queda a la zaga. Le indigna que la torre sea ya más alta que las de Notre-Dame. En ella se reconoce la obra de los «impíos» y de los «ateos» que pretenden gobernarnos. Cuando el padre Carassus oye «impíos» y «ateos», levanta la nariz del plato para confesar ingenuamente:

—Y, sin embargo, es cierto. No había pensado ni un *ápice* en eso —dice *ápice* porque piensa que la buena sociedad habla así—. Señora, ¡cómo le agradezco que me haya abierto los ojos!

¡A mí también! Tampoco había pensado ni un *ápice* en eso. Sí, es cierto que tenemos nuestro *pequeño clan* de… torreiffelistas, empezando por papá, del que tengo mis buenas razones para pensar que ha invertido unos cuantos miles de francos en la empresa, mientras que mamá apoya con ardor y económicamente la basílica del Sacré-Coeur, que continúa su curso por su lado. El tío Henri está con los eiffelistas, lo sé; y también los P. W., los banqueros. Pero no dicen esta boca es mía: ¿qué pueden decir en contra del viento (que va a derribar la torre), de la lluvia (que va a oxidarla), del rayo (que caerá sobre ella inevitablemente), y del Todopoderoso, que la tirará en el caso de que la lluvia, el viento y el rayo no sean suficientes?

Sea como fuere, parece claro que habría que haber dejado para los teutones lo *Colosal* Una vez atravesado el Rin con gran fanfarria, los señores comentan con gravedad la muerte del emperador de Alemania, a propósito del cual se nombra a

Wagner, justo en el momento en que aparece en la mesa el *soufflé* a la emperatriz.

Es la ocasión para que las damas retomen la antorcha de la conversación, que habían dejado escapar al cruzar el canal de Panamá. Mi madre recibe la *Revista Wagneriana*, cuyo último número deja abierto de par en par en el Gaveau del salón para afirmar su fe y fortalecer la de los demás. El año pasado acudió a aplaudir, mejor dicho, a aclamar, *Lohengrin* en el teatro del Edén, y todavía habla de ello con extasiado fervor. Yo me aburrí mortalmente, lo que, por prudencia, traduzco por:

—Temo no haberlo comprendido todo…

Mamá me fulmina con la mirada; pero la minúscula señora de T…, una atolondrada llena de encanto que también estuvo allí, declara perentoriamente:

—Yo no comprendí *nada*. La única ventaja de ese tal Wagner es que mete tanto ruido que se puede charlar tranquilamente con el vecino.

Se produce un silencio preñado de tempestades wagnerianas. El tío Henri, como un viejo marino que siente llegar la marejada, da un vigoroso timonazo a estribor y nos lleva de nuevo, alabado sea el Señor, a las aguas más tranquilas del nuevo rey de Prusia, desde donde los señores se dirigen hacia el general Boulanger. Es un campo de batalla sembrado de trampas en el que no se aventuran los escuadrones femeninos, y en el que ya resuenan las mortíferas escaramuzas de nuestros héroes:

—¡Es un soldado aventurero, querido amigo, un charlatán!

—¡En absoluto, en absoluto, querido amigo! Un hombre valiente y leal, el Monk[18] de nuestra hermosa Francia.

Por fortuna, la comida llega a su fin, y será en el salón donde los señores, entre el humo de los puros, atacarán con sus batallones de reserva. Mientras tanto, el padre Carassus mantiene un silencio muy eclesiástico y aprovecha el alboroto para servirse un tercer trozo de helado de praliné con almendras. Observo, escucho y me divierto mucho más de lo debido. En esto consiste la rutina del domingo.

Lunes, 2 de julio

Emmeline es una desvergonzada, una miserable a la que voy a hacer que despidan. El señor de A. es un… No encuentro la palabra, ¡un hombre, vaya!, tan repugnante y ridículo como todos los demás. No sé si meterme a monja para vivir lejos de estas infamias.

Eso no quita para que hoy no me haya aburrido. ¿No quería distracciones? ¡Pues ya las tengo! ¡Y me quejo, me indigno! Voy a contarlo.

El granero de arriba (quizá ya lo haya dicho) está cerrado, cerrado con llave, con una venerable llave de hierro forjado que, junto con otras diez llaves, se guarda en un aparador de la antecocina. Podría haberla cogido, pero el pajar es mucho más divertido que la granja. En ese granero bajo abandonado, que tiene una gran abertura cuadrada por la que se accede al granero superior, se guardaba antes el heno de reserva. Allí siempre se ha estado maravillosamente bien y Louis-Armand descubrió hace unos años que se podía acceder directamente a él por una vieja puerta que da al talud en el que se apoya el granero. La cerradura, roída por la herrumbre, ya no se sostiene. Basta con empujar un poco la puerta para que ceda; después, una vez dentro, se le da otro empujoncito y uno ya está como en su casa, puesto que todo el mundo cree que esa puerta está definitivamente cerrada y hace mucho tiempo que quitaron la escalera. Te haces un poco de daño y pasas un poco de miedo, pero como la llave sigue dentro del cajón nadie puede imaginarse que yo utilice el henil como saloncito durante las vacaciones. En su interior, donde hay poca luz y casi hace fresco, han olvidado un gran lecho de heno completamente seco, y todos los años paso unas horas allí soñando, chupando ramitas y acariciándome las piernas y el vientre.

Así que, hace un momento, hacia las cuatro, y por primera vez en estas vacaciones, me acerco hasta allí. Primera sorpresa muy desagradable: el viejo granero no está tan abandonado como creía. A través de la trampilla, veo que abajo han dispuesto una especie de colchón de heno sobre el

que han extendido dos mantas llenas de remiendos. ¿Servirá de dormitorio a todos los campesinos de la región? Mi primera reacción es irme sin decir palabra, pero después cambio de opinión. Al fin y al cabo es de día y estoy en mi casa. ¿No será simplemente que papá ha autorizado a los jornaleros a acostarse aquí?

Sea como fuere, aquí estoy y aquí me quedo, como el mariscal de Mac-Mahon. Me acurruco en el heno, un poco apartada de la trampilla, y me dispongo a echarme una cabezadita, cuando el chirrido del portalón me sobresalta. Primero me oculto en la oscuridad, más asustada que intrigada; la puerta se vuelve a cerrar, espero y, como no se oye nada, me arrastro lentamente hacia la abertura y me atrevo a echar una ojeada. Y entonces me llevo una sorpresa tan grande que estoy a punto de dar un grito. Emmeline acaba de echarse con indolencia en la «cama», y, de pie, junto a ella, quitándose tranquilamente la chaqueta y el chaleco, está el señor de A., Gonzague, mi ferviente admirador.

D'abouchoun[19] en el heno, al borde de la trampilla, contengo la respiración. No puedo pensar en batirme en retirada, el menor ruido me delataría. Por lo demás, no se preocupan por mi presencia, y con razón. Intercambian algunas palabras en voz baja y ella sonríe. Él se remanga las mangas de la camisa y se tumba a su lado. Desde donde estoy, les veo muy bien gracias a la caprichosa luz que se filtra por todas las rendijas de la destartalada casa: tumbados el uno junto al otro, él despeinado, rubicundo, ella sin cofia ni delantal, con el vestido desabrochado y también un poco «achispada», tienen el aspecto de dos campesinos descansando sin segundas intenciones entre dos carros de heno cuando el calor aprieta.

Gonzague se ha vuelto hacia Line e intenta besarla y levantarle las faldas, pero ella le empuja enérgicamente y le oigo decir:

—… Modérese… Tengo que estar… un ruido…

Y Gonzague, con un vozarrón que no consigue suavizar, contesta:

—Sé amable, Line, no tendrás queja de mí… En qué

estado me pones… Si lo supieras…

Se oye una risa ahogada de Emmeline:

—Ya veremos, pero estese quieto, no moleste.

Después, se deja besar, pasa la mano por el pecho de Gonzague, le abre la camisa, descubre una pelambrera castaña que ensortija con las yemas de los dedos, desciende, va más abajo de la cintura y se afana con los botones. ¡Uf! ¡Qué estúpida y qué desagradable es esta cita en el heno! Sentía vergüenza por ella, quería apartar los ojos y no me movía. Esperaba que ocurriera algo entre ellos: dos personas no se reúnen así como así en un granero abandonado para hablar de la torre Eiffel o del general Boulanger. Pero ese desnudarse mudo me asqueaba; hubiera preferido besos apasionados, palabras febriles, gestos dulces y nobles, en fin, todo eso que aparece en las novelas.

La mano de Linette, que ha acabado su tarea, desaparece durante un buen rato en los pantalones del señor de A. y vuelve a salir agarrando un pedazo de carne que me pareció prodigioso y al mismo tiempo cómico… Lo veo sobresalir de la mano que lo rodea y lo maneja de forma extraña. Cada vez se yergue con más brío hacia el cielo o más bien, situada donde estoy, hacia mí; unas veces su cabeza desaparece y, otras, surge entre los dedos de Linette, hinchado y encendido. Gonzague parece estar sufriendo una tortura: tiene el rostro contraído, una mano colocada en la muñeca de Line y la otra sobre los pechos desnudos que se le han salido de la blusa, esos pechos que yo tanto deseaba ver la otra mañana.

En cuanto a la bribonzuela, continúa seria y silenciosamente con su extraña maniobra. Sin embargo, al cabo de un momento, se detiene, se sube hasta arriba las faldas y se baja los pololos hasta los pies. Entonces aprovecho para intentar ver mejor lo que ha sacado del pantalón de Gonzague: es lo que tienen todos los hombres, por supuesto, no soy tan inocente, pero es muchísimo más largo y rígido que el de las estatuas, y se mueve completamente solo, como el del burro. ¿Por qué arte de magia este adorno inerte y grueso como mi dedo pulgar se ha puesto tan impresionante? Lo ignoro. En cualquier caso, no es el momento de meditar,

sino de atender al espectáculo, y abro los ojos como platos, más interesada que indignada, maldiciendo las briznas de heno que me impiden ver mejor y que amenazan todo el tiempo con hacerme estornudar.

Linette se ha vuelto a tumbar al lado de mi pretendiente; entre sus medias negras y su vestido gris levantado hasta la cintura, su vientre y la parte de arriba de sus muslos dorados son como una mancha clara sobre la que se despliega con orgullo una magnífica pelambrera castaña, mucho más ancha y espesa que la de Sylviane. La oigo cuchichear:

—¿Le sigo gustando…? Yo también tengo ganas…

¿Puede ser que dijera algo así como «bábamela»? O tal vez dijera mastúrbamela con ese acento tan gracioso que tiene, pero eso tampoco tendría mucho sentido. Y después:

—La tiene usted tan hermosa como siempre. *Bèn de plesi pèr iéu*[20].

En resumen, coge la mano del señor de A. y se la coloca entre las piernas, que separa todo lo que puede. La doble caricia, pues la mano de Gonzague se había puesto en movimiento al mismo tiempo que la suya, parecía emocionarles a los dos por igual. Line arqueaba los riñones, levantaba las nalgas, suspiraba, y su mano iba y venía cada vez más rápido. Después, sin detener el movimiento, se gira y cabalga a Gonzague con un gesto apasionado mientras él le pone las manos en las caderas para mantenerle las faldas subidas.

A caballo, o mejor dicho,[21]
d'escambarloun
sobre él, la mano derecha ocupada todavía febrilmente entre sus piernas, la izquierda sobre el pecho de Gonzague, Line me ocultaba el detalle que más me intrigaba. Dobla las rodillas y la oigo lanzar un profundo gemido, se vuelve a levantar, se pone de nuevo de cuclillas, ayudada por mi señor pretendiente, que acompaña con las manos y los riñones esta extraña forma de equitación. Me resultaba difícil imaginar lo que pasaba justo en el momento en que los dos cuerpos se encontraban con una violencia cada vez mayor, pero mi pobre Line debía de lastimarse horriblemente: con las manos

extendidas sobre el pecho de Gonzague como para empujarle, la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y la boca torcida, subía y bajaba a su encuentro, volvía a subir cada vez más rápido y acompañaba cada descenso con un suspiro ronco. A través de los suspiros y los gruñidos de Gonzague, distinguía fragmentos del diálogo:

—¡Demonios!, ¡qué grande es!, ¡qué fuerte es usted! Démela bien, sí, démela usted bien…

—¡Oh, Line, cómo me aprietas! ¡Me absorbes! Sí, sí, voy a… voy a dártelo… todo mi semen…

Finalmente, veo a Line derrumbarse sobre él y les oigo gritar al mismo tiempo:

—Me estoy yendo, me voy…

—Goza, Line, goza…

Entonces me doy cuenta de que ya no queda mucho que ver, pues los dos están desplomados, inertes, el uno sobre el otro, respirando ruidosamente; Line besa con suavidad a Gonzague; él, debajo de ella, acaricia lentamente sus… digamos sus riñones. Yo estaba agotada; me oculté algo apartada de la trampa y me quedé dormida enseguida. Cuando me desperté, el sol ya se ponía y volví a casa sin hacer ruido para poder meditar a gusto.

Martes, 3 de julio

A la hora de la comida he tenido que aguantar una regañina totalmente inesperada. Hablábamos de la literatura finisecular, y el nombre de Catulle Mendès ha salido a colación. Como sólo he leído una selección de poesías de este ilustre personaje, he pedido muy imprudentemente (pero con toda mi inocencia) a mi hermano, que está muy al corriente de todo lo que se publica, que me consiga una de las novelas, «la que se publicó el año pasado».

Turbación de mi hermano, toses del tío Henri, sobresalto indignado de mi madre: está claro que he debido de decir una barbaridad. Por lo demás, nunca sabré qué tenía de malo mi petición, pues no sé nada de esa funesta novela, ni

siquiera el título.

Debo hacer creer a mi madre que tengo jaqueca, para así poder quedarme un rato a solas con Emmeline y aclarar la aventura de la granja. Sea como fuere, estoy aprendiendo. La *cosa* del caballo del Bois de Boulogne, la del burro y la de Gonzague es exactamente la misma, tamaño aparte. Ahora me explico el porqué de ciertas contorsiones de esos señores a los que a veces sorprendía cruzando o sacudiendo las piernas como si les hubiera dado un tirón. Eso era el tirón. Nosotras creíamos que lo sabíamos todo sobre el sexo masculino (cuando digo nosotras, me refiero a las niñas espabiladas del convento) sólo por haber conseguido echar un vistazo en el museo a la trinidad más o menos detallada de un dios antiguo, o por haber toqueteado a un hermano o a un primo de seis años con el pretexto de darle un baño. Pero estábamos totalmente equivocadas.

El otro día me preguntaba cuándo dejaría «esa cosa» de alargarse, de ponerse gruesa, de erguirse. Y eso que sólo la veía de lejos. ¿Tendrá la mano de Linette poderes mágicos? ¿O los tendrá cualquier mano de mujer? ¡Dios mío, entonces también los tendrá la mía! ¿La harán funcionar los señores a su antojo? Por ejemplo, ¿tendrá el padre Carassus una de verdad, es decir, una que se le ponga gruesa? Sin embargo, un sacerdote…

Hasta que consiga aclarar estos detalles, tendré que contentarme con las siguientes nociones: cuando un caballero desea a una dama y ella «accede», ocurre entre ambos algo que parece ser a la vez muy agotador y muy agradable. No puedo decir que sea algo artístico o, mejor dicho, *estético* (es la palabra que está de moda), pero es así, ya que, por supuesto, Linette y el señor de A. son tan humanos como yo y mi futuro marido. Aunque Gonzague sea un patán y un orangután, y Line sea una campesina, una criada, no creo que la Madre Naturaleza haya aplicado la ley del embudo: si Emmeline es exactamente igual que yo, todos los hombres deben de ser como Gonzague.

Pero… hasta hoy no se me había ocurrido que, después de lo que han hecho, van a tener un… un bebé. ¡Linette va a

tener un bebé! ¡Qué horror! Pobre desgraciada…

Estoy muy decepcionada. Antes, cuando pensaba en el amor, en la primera noche en que me encontraría a solas con el hombre que tuviera todos los derechos sobre mí, me imaginaba un largo, un interminable beso, una larga caricia un poco vaga, seguramente un poco brutal (¡somos tan frágiles!), pero de una forma muy inconcreta. Nuestros cuerpos se tocarían, por supuesto, un poco como el cuerpo de Valérie toca el mío cuando la envían a acostarse conmigo para dejar sitio a un invitado, como ocurrió el año pasado durante quince días. Por la noche, ni me gusta ni me disgusta acostarme junto a mi hermana: le doy la espalda para dormir, pero ella se aprieta contra mí como una niña y me gusta bastante sentir el calor de su vientre y de su pecho. A veces, en mitad de la noche, rozo sus piernas desnudas, porque se le ha subido el camisón, y entonces me subo lentamente el mío para frotarme contra ella. Con una mujer, lo entiendo. No me haría mucho de rogar para hacer un sitio en mi cama a Sylviane, o a Mathilde de M. si me intimidara menos, o incluso, a pesar de lo que acaba de hacer, a Linette. Pero ¿a un hombre con las piernas duras y peludas? ¡Qué asco! Además sólo la gente humilde se acuesta en la misma cama, ni siquiera eso: sólo los obreros. Me dan náuseas sólo de pensarlo…

Miércoles, 4 de julio

Al amanecer, tío Henri se ha marchado a Marsella para esperar la llegada del correo de Yokohama (creo que se dice así, pues le he pedido que me lo repitiera) que le trae algunas cajas llenas de fruslerías y documentos comerciales. Quería decirle adiós, por lo tanto aquí estoy, delante de mi escritorio, «cuando todavía no existen las horas», como diría Félicie.

Me gusta mucho el tío Henri. Así como la familia de mi madre me pone los pelos de punta, la de mi padre me gusta por su estilo bohemio e inteligente, a la vez informal (sobre

todo el tío) y cortés. Papá y él se entienden muy*bien. Hace unos días les sorprendí en el salón de fumar con su amigo Paul Y., un compañero del Ejército del tío, cantando a voz en grito una picante canción militar no del todo decente.

Mi presencia no les incomodó demasiado. Había entrado sin llamar, después de haber estado escuchando, lo confieso, durante un buen rato detrás de la puerta. La letra de la canción era algo así como…

> ¡Piensa en una mujer que tenga unas bellas nalgas,
> O bien piensa en la emperatri… i… i… iz!

y después berreaban (ésa es la palabra) una especie de estribillo, golpeando los tres en el suelo con el pie para marcar el ritmo:

> Es una patrulla, espérame aquí,
> Entretente mientras pasa,
> Es una patrulla, espérame aquí,
> Entretente…

Al llegar ahí, se percataron de mi presencia. Se reían tanto que a papá le costó mucho esfuerzo decirme:

—¡Buenos días, hijita! ¿A qué debemos tu presencia entre nosotros?

¡Y vuelta a reírse! Y yo también me reía con ellos, sin motivo alguno, sólo porque me sentía muy a gusto entre esos tres viejos diablos.

El tío se encuentra en el castillo un poco como en su casa. Un poco e incluso un mucho, puesto que nos ha cedido la parte que le corresponde reservándose tan sólo el uso de dos habitaciones. Yo soy su doncella: me encargo de quitar el polvo a las bigotudas y burlonas máscaras que tiene colgadas por todas partes, a los marfiles de Nagasaka y a las porcelanas de Yokohami, o al revés, no lo sé exactamente. Están de moda (aunque el tío se adelantó a ella) desde que apareció esa novela de Pierre Loti que tanto me entretuvo el invierno pasado. Y, durante algunas horas, me siento el

espíritu de la señora Crisantemo, de la que el tío Henri, dicho sea de paso, afirma que si esa señora es japonesa él es zulú. Un comerciante viejo y soltero como el tío sabe mucho más sobre las japonesas que un joven oficial de Marina como el señor Loti. ¡Qué pena, qué pena!

El mismo día por la noche

Lo he conseguido. Mamá estaba de tertulia en el salón y Emmeline a punto de terminar sus tareas.

—Madre, se lo ruego, ¿me permite retirarme? —Y después—: ¿Podría dejarme a Emmeline durante una hora? No voy a poder planchar sola el vestido de falla, está demasiado arrugado. Estos señores tendrán la bondad, etcétera.

Y los señores han tenido unas palabras amables, gracias a las cuales mi madre me ha dado permiso. Ya estamos en mi habitación, dejo pasar a Line y, mientras ella se dirige hacia el armario para descolgar mi vestido, le pregunto a bocajarro:

—¿Se puede saber por qué razón estaba usted el otro día en el granero, señorita?

Sorprendida, deja caer el vestido, se agacha para recogerlo y, finalmente, se decide a responder sin mirarme:

—¿En el granero? La señorita Agnès sabe perfectamente que allí tiendo mi lencería fina.

—No se haga la tonta. En el viejo granero, el lunes pasado. Y no estaba sola, no lo niegue, pequeña desvergonzada, hablo de lo que vi y escuché.

—¡Entonces era usted, señorita! ¡Qué miedo pasé! Nosotros… yo… pensé que era un vagabundo.

—Gracias por el cumplido, hija mía. ¿Y él?

—Él pensó que eran los lirones y no se preocupó. ¡Cómo me avergüenzo de mí misma! No se lo diga a la señora, se lo suplico, señorita Agnès.

—Como lo siga usted haciendo, tontita, iré a contárselo a mi madre. Acérquese y pídame perdón.

Entonces se acerca a mí toqueteándose algo nerviosa la falda, y, como en ese momento hago un gesto hacia ella, se

lanza a mis brazos y me besa fogosamente en las mejillas, en los cabellos y finalmente en los labios. Besada, sintiendo sus pechos y su vientre contra los míos, siento de repente una deliciosa debilidad y tengo que sentarme. Un poco jadeante, apoyo mi cabeza contra ella para sentir su calor a través de la tela y murmuro:

—Te deseaba, Line, quería tenerte sólo para mí, y no me gustó verte hacer eso con un hombre. Vamos, explícate.

—El señor de A. se pasa la vida detrás de mí cuando está en el castillo, es una auténtica persecución. Yo siempre he tenido miedo de que la señora se enterara y me despidiera, por eso quise decirle, a él, que me dejara en paz.

—Mire usted por dónde. Por lo tanto no es la primera vez que tú y él… ¿Lo hacíais a menudo?

Ella se contonea, como para revivir sus retozos con Gonzague mientras los enumera, se pasa la punta de la lengua por los labios y responde saliéndose por la tangente:

—Estoy avergonzada por el comportamiento del señor de A.; pero compréndalo, nosotras no podemos rechazar a los señores.

—Puedes hacer con él lo que quieras, Emmeline, te lo cedo. Por supuesto que no me voy a casar con él, así que… Pero eso no quita para que quiera saber un poco más.

La atraigo hacia mí y le pregunto un poco inquieta:

—Dime, Linette, ¿se ponen todos así cuando les tocas?

—Por supuesto, señorita. Menos los que son demasiado viejos: por mucho que les diviertas, se quedan como están. Los otros se ponen así sólo de esperarme, se les salen los ojos de las órbitas, resulta gracioso. En esos momentos podría conseguir de ellos lo que quisiera.

—¿Y no te da vergüenza cogerles y sobarles como lo hiciste? ¿No te da asco?

Esta vez está sinceramente sorprendida:

—¿Y por qué me iba a dar asco, gatita? Es caliente y viva como un pájaro.

—¡Un pájaro, esa cosa tan horrible! ¡Qué ideas tienes! Y dime: ¿el señor de A. tiene un pájaro de los grandes, como tú dices, o un gorrión?

Después de todo, Gonzague pretende oficialmente mi mano y todo lo demás, así que es justo que me informe sobre sus recursos. Por lo que he observado, no es la quinta pata de un burro, pero es la primera que he visto en ese estado y no tengo con qué compararla, como Linette, que, al oírme, se ha echado a reír:

—La tiene muy recia, eso sí, pero no es un pájaro grande. Conozco uno que la tiene dos veces más grande que él.

—¿Quién es, Linette? ¿Lo conozco yo? Quiero decir…

Toda acalorada, con los ojos brillantes, me sonríe y nos arrojamos al mismo tiempo a la cama riéndonos y besándonos como dos auténticas locas.

—Pues bien, es Boniface, señorita… Dios mío, qué grande la tiene ese chico. Mire, como su brazo…

Me quedo pensativa y murmuro:

—Exageras, Line. Me gustaría mucho vérsela, aunque sólo sea para comprobar si mientes.

Ahora es ella la que se queda pensativa. Me muerdo la lengua por lo que he dicho, pero no, no puede tomarme la palabra. ¿Y cómo lo haríamos? ¡Basta! Mirar no es un crimen y tengo que instruirme. Sigo dudando, cuando ella responde:

—¿No hablará en serio, señorita?

—No del todo, Linette, no del todo.

Para disimular mi nerviosismo, levanto mi vestido de falla, le muestro los falsos pliegues que hay que quitarle y le pregunto si el vestido me sigue quedando bien y si estoy bien peinada. En pocas palabras, hago como si no hubiera habido confidencia alguna entre nosotras. Pero mi cabeza está en otra parte y la suya también, y hacemos remilgos como dos mujeres honestas que sueñan con contarse sus aventuras; quería colocar esta frase que he leído en alguna novela y ya lo he hecho. Como el tiempo pasa, me siento en una silla baja, la atraigo sobre mis rodillas, la beso y le digo en voz baja:

—Te la metías entre las piernas, aquí, en el mismo sitio en que me metías el dedo la otra mañana. ¿También eso es agradable?

Se sonroja, me mordisquea el cuello, me coge la mano y

se la coloca entre las piernas, debajo de la falda. Lleva unos pantalones con un parche por delante que se ha debido de coser ella misma y que se levanta rápidamente para permitirme deslizar la mano por su cuerpo. Siento perfectamente su vientre, muy caliente, sus pelos, su pelambrera si se quiere, no muy rizada pero suave, que retuerzo tímidamente. Se levanta un poco sin dejar de besarme, se tira hacia atrás el parche de los pololos, se vuelve a sentar separando las piernas y murmura:

—Me gusta mucho. Me vuelve completamente loca. Me has excitado demasiado, gatita mía, acaríciame con tus dedos, como te hice yo. Así… Más, qué mano más suave tienes…

Es la primera vez que se lo hago a alguien y me siento torpe. No sé lo que siente Line, pero a mí me fascina el contacto de este sexo hinchado, lleno de humedad, cuyos pliegues, que están como vivos, abro al pasar. Intento llegar a ese punto al que yo soy tan sensible y que quisiera acariciarle: surge bajo mis dedos, grueso y tieso, y Line se vuelve loca. Me muerde el hombro para no gritar, me coge la muñeca para obligarme a permanecer ahí, a concretar mi gesto, me susurra:

—Muy bien, muy bien, por ahí, mi amor. Mete tu dedo también, te espero… Sí, más adentro, ¡oh!, qué gusto, es todavía mejor que con un hombre… Mira cómo me humedeces, Agnès.

Es verdad, se está humedeciendo, tengo que acostumbrarme al vocabulario del asunto, y descubro que es tan agradable acariciar como ser acariciada. Por dentro es maravillosamente suave, lo siento estrecharse alrededor de mi dedo como una boca profunda, vuelvo más arriba, hacia esa, esa cosa, y de repente Line hunde el rostro en el hueco de mi hombro, la sacude una convulsión, y siento mi mano inundada.

Qué feliz soy… Me pondría a bailar de alegría si esta aventura no me hubiera dejado tan agotada. Line es todavía menos valiente que yo. Y además, las dos temblamos ante la posibilidad de que se abra la puerta y aparezca mi señora

madre en el umbral, de modo que nos levantamos como dos culpables y nos limitamos a despedirnos con un largo y maravilloso beso.

Emmeline, que recibirá una buena reprimenda si no baja de inmediato, se arregla y se peina rápidamente delante de la chimenea. Ya en el umbral, me hace una reverencia, me besa la mano y susurra:

—Volveré, pero no enseguida, pues Félicie no me deja ni a sol ni a sombra. Tenga por seguro que volveré el domingo por la noche. Acuéstese, pero no cierre la puerta con cerrojo.

¿El domingo por la noche? Aún queda mucho.

Jueves, 5 de julio

De ese modo, uno de mis pretendientes ha quedado descalificado, como dicen los aficionados a las carreras de caballos. Si se permite hacerme la más ligera alusión en calidad de tal, le hundo en el ridículo y le envío a los graneros y a las doncellas, si es que están dispuestas a aceptarle. A rey muerto, diez reyes puestos. Lo que digo, lo digo sin pretensiones, pues no debo a mis escasos encantos el ser una de las jóvenes más cortejadas de nuestra sociedad, sino a mi futura herencia.

Con franqueza, no estoy muy al corriente de los asuntos de dinero ni tampoco me interesan demasiado. Lo único que sé es que tenemos el suficiente como para vivir como es debido. ¡Oh!, no somos muy ricos. Debemos de tener unos ingresos de unos setenta mil francos, y de algo más cuando papá gana dinero en la Bolsa. Vivimos confortablemente, mantenemos el castillo, recibimos invitados, pero, por ejemplo, tuvimos que esperar cerca de dos años a que las acciones de Saint-Gobain subieran un poco para poder acabar el nuevo granero. Tendríamos que hacer muchas más obras aquí, pero no las hacemos para no mermar nuestro capital.

Desde hace un año, con una paciencia y una amabilidad que admiro, papá me enseña las reglas básicas y las triquiñuelas que, según él, me permitirán no dejarme

desvalijar por el primer marido que llegue. Parece ser que no soy una mala alumna, ya que desde hace tres o cuatro meses estoy encargada de llevar las cuentas de los pequeños gastos de la casa en un cuaderno de tafilete rojo.

Es menos divertido que llevar un diario íntimo, pero estoy completamente de acuerdo con mi padre cuando dice que los bellos sentimientos no dan de comer y que, cuando el amor pasa, el dinero queda. Por supuesto no es una moral muy noble, pero concluye: «No hay mejor blasón que doblón sobre doblón».

Recibiré una dote suficiente, sin más; más parecida a la de Cenicienta que a la de la marquesa de Carabás. Consiste en las dos grandes granjas de Méjols, con la quinta que utilizaré (o más bien utilizaremos mi elegido y yo) como agradable refugio de vacaciones; y en las hermosas viñas del Hermitage; más una granja aceptable y unos bosques cerca de Cluny, que, según mi padre, haré bien en vender dentro de algunos años para evitarme la molestia de tener que hacer cuentas con un granjero que vivirá demasiado lejos. Éstas serán todas mis posesiones en provincias.

Aunque en otros asuntos no tenga las ideas demasiado claras, en el tema de las tierras las tengo clarísimas. Son lo que son y rinden lo que rinden, un miserable 2,5 por ciento, ya lo sé. Pero tal como las hemos recibido de nuestros padres se las tenemos que pasar a nuestros hijos. De modo que no creo que me decida a vender la granja de Cluny.

Mis prejuicios hacen sonreír a papá. Porque él es decididamente *moderno*: cree en las empresas industriales, en los motores, las máquinas y las grandes especulaciones. Es un hombre de negocios, como su hermano Henri, y parece irles muy bien. Ha querido que en mi dote haya el suficiente dinero «contante y sonante» para que no me sienta tentada —yo, y no mi futuro esposo, pues yo seguiré siendo la única dueña de mi pequeña fortuna— a vender cada tres años un prado o un cercado para «darme pisto a todo trapo» en los paseos del Bois de Boulogne, como diría el pequeño vizconde.

El dinero sonante son valores de primera categoría: unos Ferrocarriles del Norte, unos Créditos lioneses, unos Canal de Suez (¡no de Panamá!) y unos Minas serias (¡no brasileñas!). El último hallazgo del especulador de poca monta que es mi padre ha sido suscribir a mi nombre doscientos mil francos de acciones de la torre, de la Eiffel por supuesto. En Francia es la única que existe, del mismo modo que no existen más generales que el general Boulanger. Parece ser que con esos doscientos mil francos en acciones de la torre Eiffel mi fortuna está asegurada. Se pelearán por subir a ella, y cada *ascensionista* (los bromistas pesados les han bautizado así por adelantado) dejará algunos céntimos en mi bolsillo. Eso me parece muy arriesgado, pues, según decían hace algunos días en la mesa, los obreros del señor Eiffel ya se han negado a subir más alto de lo que han construido, pues temen asfixiarse. ¡Así que no creo que haya mucha gente que pague por subir más arriba!

La torre Eiffel es sólo una parte de la «dote». En conjunto, las tierras, las viñas y los valores me darán de media unos veinticinco mil francos de renta al año, me ha explicado papá; y más cuando hayamos salido de la crisis y la Bolsa se recupere. No es una fortuna: me dará justo para tener independencia, una doncella, una cocinera y un pequeño coche de tiro en París, para tomar las aguas en Baden-Baden todos los años y tener mis vestidos asegurados; en pocas palabras, más de lo que necesito para vivir feliz, pues a mí lo único que me gusta es poder corretear con vestido ligero por las calles de París o por los senderos del Gard.

Si utilizo la palabra «dote» es por comodidad. La parte que recibiré de mis padres no es mucha, ya que nos tienen que dotar a las tres hermanas: a Louis-Armand, que el año que viene tendrá que comprar su participación en una sociedad de valores de Marsella; a Valérie, la preferida de nuestra madre, que así podrá casarse (ésa es la suerte que la deseo) con el hombre más feo y tonto que encuentre, y a una servidora…

Así pues, mi hermano y mi hermana se repartirán la herencia materna. Yo, pobre abandonada, soy tan sólo la

ahijada y la sobrina nieta de la tía Lydie, duquesa de H. La sobrina nieta «y la heredera», especificaban las madres con mucho respeto. La señora de H. es realmente rica, de lo cual me alegro porque es buena. Pero la Providencia le ha hecho pagar muy caro esta riqueza que, sin embargo, no hacía daño a nadie. Los de H. perdieron primero a su hija Agnès, que murió, parece ser, de una infección fulminante a los diecinueve años, unos meses antes de que yo viniera al mundo, por eso me pusieron su nombre; después perdieron a su hijo mayor, el coronel de H., caído como un héroe en Reichshoffen cargando a la cabeza de su regimiento contra los prusianos; y, finalmente, el último golpe: su hijo menor, el teniente Arnaud, que murió en cuestión de días en Cabilia a causa de unas fiebres malignas, o quizás envenenado por un sirviente árabe, en julio de 1871, cuando luchaba contra los rebeldes del jeque Mokrani.

A éstos, a los primos hermanos de papá, no les conocí, y no tuvieron hijos. Pero sí recuerdo perfectamente a mi tío abuelo Hippolyte Armand, duque de H., nacido un poco antes de principios del siglo: era un anciano alto y guapo a quien sólo se le veía sonreír cuando me hacía trotar y galopar sobre sus rodillas imitando el redoble de un tambor. Yo tenía siete años cuando él murió, y la tía Lydie algo más de cincuenta, creo.

Hubiera preferido que tía Lydie hubiera conservado a sus hijos y repartido entre ellos su fortuna. Pero Nuestro Señor lo decidió de otra manera, así que prácticamente soy su única heredera. ¡Oh! ¡No se trata realmente de una herencia! ¡Sería demasiado horrible! Y, además, las personas mayores son muy inteligentes: la tía Lydie ha decidido que sería odioso obligarme a esperar a que ella muera para que yo entre en posesión de la pequeña fortuna que me tiene destinada, pues espera festejar con nosotros la llegada del siglo XX con una copa de champán en la mano; y que, además, seguirá siendo demasiado rica con un tercio de lo que tiene. Por lo cual me ha hecho donación (o un adelanto de la herencia, me pierdo en estos términos legales), de ochocientos o novecientos mil francos: la susodicha donación, estilo notarial, surtirá efecto

el día en que cumpla veinte años la mencionada señorita, es decir, yo misma, señores.

Condiciones impuestas por la susodicha señora de H. a la susodicha donación: la donataria (¡ésa también soy yo, señores!) deberá estar emancipada el día en que cumpla veinte años (parece algo evidente, pero hace falta que sea un hecho), y no estar casada. No se trata del «matrimonio o la prisión», como en *Véronique*, sino del «matrimonio o la fortuna». Así pues, ¡soy a la vez un buen partido y una joven no casadera, por lo menos por ahora! ¡Me encanta la situación! Pues, aunque fuera la más fea y la más tonta, este millón de bienes inmuebles me haría estar muy solicitada.

Además de lo que he dicho, la señora de H. me deja en completa y plena propiedad el inmueble del bulevar Malesherbes, que ella vio y casi mandó construir hace veinticinco años, cuando el señor de H. vivía todavía y aumentaba su fortuna con las obras de embellecimiento del prefecto Haussmann. Está en la parte de abajo del bulevar y hace esquina con la calle de Suraine, un poco más arriba de la iglesia de la Madeleine, adonde iré a oír misa los domingos, y no muy lejos del parque Monceau, por donde me pasearé a menudo.

Mi primer piso me espera. La tía Lydie ha desahuciado a tiempo al inquilino para que yo pueda ocuparlo el día en que cumpla veinte años, en diciembre.

Mi padre ha suscrito de lleno este acuerdo, en el que sospecho que ha participado bastante con sus consejos. En cuanto a mí, sobra decir que todo esto me hace muy feliz. Y no sería conveniente. Mi señora madre no está nada contenta, y todo este arreglo le hace rechinar los dientes. Sin embargo, su querida Valérie Anne recibirá trescientos mil francos más de dote a los que renuncio a su favor. ¡Pero aun así! No puede soportar la idea de que yo pueda vivir un poco a mi aire al otro lado del Sena, en ese barrio completamente nuevo que, según parece, es *una nueva Babilonia*.

Cuando a principios de este año se acabó de decidir el asunto, mi madre señaló agriamente a la tía Lydie que en esas condiciones, emancipada y rica, podría casarme con

«cualquier pelagatos, con el primero que llegara». A lo que la tía replicó:

—Eso espero, si ella le quiere. Más vale que enriquezca, casándose con él, a un hombre que se lo merezca, que casarse para enriquecer a un hombre que no se lo merezca.

¡A buen entendedor, pocas palabras bastan, señores! Desde lo alto de su quinta provenzal, de su inmueble en un elegante barrio, de sus granjas y sus rentas, Agnès de S. les comunica por la presente que confía verles noche y día a sus pies, mientras espera a casarse cuando le plazca y con quien le plazca. Dicho esto, señores míos, que Dios les proteja.

Viernes, 6 de julio

En lo que continúo siendo de una crasa ignorancia es en el vocabulario. A menudo me cuesta transcribir mis impresiones o mis recuerdos porque me faltan las palabras. Cuando las conozca, lo que sucederá algún día, tal vez sea incapaz de escribirlas, ni siquiera en este cuaderno en el que lo digo todo y que soy la única que relee. ¿Y si pusiera, por ejemplo, una inicial? ¿O escribiera la palabra al revés?

Y no es por mi diario por lo que me molesta esta ignorancia, sino por mí. Por supuesto puede hacerse sin decir, y las caricias de Line no podrían gustarme más aunque conociera todas las palabras para describirlas. Pero creo que me produciría tanto placer repetirme todas esas palabras misteriosas, durante la misa del domingo, por ejemplo, como recordar las escenas en sí.

De todas formas es increíble que pueda nombrar casi sin equivocarme el húmero, el metacarpio y la tráquea, que nunca veré y que me dan completamente igual, y que tenga que devanarme los sesos para hablar del resto, que he visto y que me interesa mucho. Sin embargo, no puedo decir el *chisme* del señor de A., la *cosa* del burro de Boniface, el aparatito de Linette. Entonces ¿cómo lo digo? Existe la «colita» para Él, y el «pipí» para Ella, pero son unas palabras demasiado infantiles. ¿Y por qué no al contrario? ¡Y además

con esas comillas…!

Sin embargo, estoy segura de que los verdaderos amantes tienen todo un repertorio de palabritas cariñosas para eso. Me imagino que incluso se las inventan. Mi repertorio es muy limitado. He oído «gozar», «goza», en el viejo granero, pero no sé muy bien qué significa. Y, además, no es una palabra nueva. El párroco de Santo Tomás de Aquino ha dicho en el púlpito que había que «saber gozar como cristianos modestos y caritativos» de los bienes que la Providencia nos había confiado. Pero estoy segura de que cuando Gonzague decía a mi doncella: «¡Goza, Line, goza!», no lo decía en ese sentido.

Como no hay que desperdiciar ninguna ocasión para instruirse, he buscado la palabra en el grueso Littré de papá. He encontrado: «Gozar. Experimentar un placer sensual. El gastrónomo goza comiendo buenos platos».

Pero tampoco es eso, porque Emmeline no estaba comiendo nada en ese momento. Aprovechando la ocasión busqué «semen», que estoy casi segura de haberlo oído: Gonzague gritaba a Line que iba a darle «todo su semen». Pero ni siquiera está en el diccionario. Seguramente lo habré entendido mal. Y, además, el señor de A. no le dio nada a Emmeline.

Sábado, 7 de julio

Louis-Armand me ha dicho que Catulle Mendès sí que publicó una novela el pasado otoño, pero que esa novela (duda y balbucea: *La primera amante*) no es para jovencitas, y que además yo no entendería nada, etcétera.

La idea que mi querido hermano tiene de mi inocencia me encanta, pero me cuido mucho de disimularlo y bajo castamente los ojos. Sin embargo, hace algunos años, digamos siete u ocho (cuando yo tenía once y él trece), era menos mojigato. Nos pasábamos las horas en el perfumado heno del viejo granero, revoleándonos, mordiéndonos, y también comparando lo que hacía que él fuera «un hermano» y yo «una hermana». Me obligaba a bajarme los pololos de

batista para dejarle ver durante bastante rato lo que él llamaba «mi raja de hacer pipí» (era horrible, pero acabé acostumbrándome); después le tocaba a él dejarme ver su «grifo», o su «colita». Nos limitábamos a hacer comparaciones; yo me dejaba tocar con repugnancia y me negaba enérgicamente a coger su colita con mi boca como él a veces me pedía. Un día, a mi hermano se le ocurrió una extraña idea:

—Voy a hacer pipí en tu trasero.

Me di la vuelta y me agaché, la cabeza entre las faldas, preguntándome cómo lo conseguiría. Aquella tarde, no sé por qué, estaba dispuesta a dejarle hacer todo lo que me pidiera: tenía mucho calor, me pasaba los días cantando o llorando y besando a mamá, a Valérie y a mi tío; besaba incluso las cortinas de mi habitación y los árboles del parque. En resumen, sentía detrás de mí a Louis-Armand moverse: me metía el dedo, lo cual me gustaba bastante, y yo me retorcía sin gritar ni protestar.

Después me di cuenta de que había sacado el dedo, y que trataba de hincarme su aparato, muy caliente e incluso creo que totalmente grueso y tieso, en el mismo sitio en donde antes me había metido el dedo. De repente tuve muchas ganas de que lo lograra; pensaba que me haría un poco de daño y la idea me hacía feliz. Después de muchos esfuerzos, renunció a hacerlo y se contentó con hacer pis entre mis piernas. Yo estaba completamente empapada, pero era muy agradable. El año siguiente, no sé por qué, ya no volvimos a revolearnos en el heno.

Domingo, 8 de julio

Ayer, Louis-Armand, Valérie, Emmeline y yo fuimos a Uzès en el *buggy* que las buenas gentes de aquí se obstinan en llamar cabriolé. Mi hermano me dejó llevar a *Bayard*, que no es demasiado nervioso. ¡Pero me reí tanto que poco faltó para que volcáramos!

No me gusta Uzès, donde todas las personas importantes

de Francia sueñan con ser invitadas algún día. Ya sé que es una tontería y me avergüenzo. La duquesa es tan noble como rica, es decir, inmensamente; y tan buena como bella, es decir, infinitamente. No hay nada más bello bajo el sol que la fachada del castillo, y, a la sombra, nada más bello que el salón principal. Ya lo sé, pero, a pesar de ello, sigue sin gustarme nada Uzès. ¿No será por el olor a regaliz que hay por todas partes desde que la fábrica de pastillas funciona con *máquinas de vapor* y los productos del señor de Aubrespy se venden en el mundo entero? ¡Vaya usted a saber!

Allí todo el mundo anda de cabeza, incluso cuando no está la duquesa, entregada en cuerpo y alma a la lucha por el trono bajo el estandarte del general. Me refiero, por supuesto, al general Boulanger, al bello Georges, que, desde que ha sido destituido por el Ministerio, se ha convertido en el ojito derecho de la alta sociedad, del pueblo más bajo y de los socialistas más fanáticos. ¡A mí que me lo expliquen!

En Uzès he vuelto a ver por primera vez desde hace seis meses a la señora de M., Mathilde, amiga de mi madre y de la señora de Uzès, aunque sea menor que ellas: mi madre le lleva diez años y la señora de Uzès casi otros tantos. Está claro que me ha encontrado cambiada. Me miraba de reojo, como si quisiera sorprender algo, no sé el qué, en mi rostro y en mis gestos.

Muy contenta (¿y por qué no iba a estarlo?), me acoge en un rincón del salón que parece estar reservado para ella y para un suboficial de húsares muy agradable al que ella llama familiarmente Norbert (supongo que el general se lo ha prestado a la duquesa y ésta a Mathilde). ¡A mí que me lo expliquen!

No me atrevo a llamarla Mathilde y me dirijo a ella con un rimbombante «señora», pero yo soy para ella «mi pequeña Agnès», «mi bella Agnelle» e incluso «querida mía». Cuando nos íbamos, me ha dado muy, como diría yo, muy ambiguomaliciosamente (¡Dios mío, seguro que ese barbarismo no existe!) un beso en la mejilla, pero deslizándolo hacia la boca, insistente pero prudente, mundano pero cálido. En resumen, un poquito más que

afectuoso. Cada verano, se reparte entre Uzès y C., y me ha prometido que vendrá a nuestra casa dentro de menos de diez días.

En realidad sé muy poco de ella. Se rumorea, mi madre la primera aunque sean *excelentes amigas*, que lleva una vida bastante libre. ¿Y eso qué tiene de malo? Hace diez años que nadie ha visto al señor de M., y a su… viuda (?), o divorciada (al menos de hecho), no se le conoce ningún amante. Se rumorea también que, bajo un seudónimo, escribe crónicas de sociedad para *Le Fígaro*, tanto por placer como para redondear sus ingresos; e incluso (aquí, sonrisas afectadas de sus buenas amigas) que escribe cuentos un poco ligeros para el *Gil Blas*. ¡Por lo tanto, Jane Thilda sería ella!

Es lo único que sé: una joven bien educada ni siquiera debería conocer la existencia de esa revista. Pero en abril, Solange, a quien le divierte mucho el *Gil Blas*, me dio algunos números que ella había leído. En uno de ellos encontré una novela corta de Guy de Maupassant (¡otro que da que hablar y no precisamente para bien!): *Los alfileres*. Es la historia de un hombre (me imagino perfectamente al pequeño vizconde de W. en ese papel) que se reparte entre dos amantes: una «vieja», su «costumbre» como la llama él, y una nueva, una jovencita que es todo ardor y pasión. Las damas están casadas, por supuesto; él no, evidentemente.

La Costumbre y La Nueva sospechan algo y acaban comunicándose con unos alfileres… de tocador que clavan en una cortina de la habitación común. Las dos se conocen, y en vez de… tirarse del moño, deciden romper al mismo tiempo con el sultán. Y lo mejor de la historia es que, después de esto, «se hicieron íntimas», dice el relato. Y Solange me repite con una risita maliciosa: «íntimas, ¡mi pobre Agnès! ¿No lo entiendes? ¿No lo ves?… ¡Decididamente, ya va siendo hora de que espabiles!».

Pensándolo bien, creo que al contar la historia de los alfileres he entendido un poco lo que quiere decir con eso de que las dos rivales se conviertan en «íntimas»…

El mismo día

Louis-Armand, para que le perdone el no haberme prestado *La primera amante*, me ha pasado el volumen de poemas de Stéphane Mallarmé que apareció el pasado otoño. A decir verdad, me ha dejado las copias que él había hecho de estos poemas y que me invita a copiar a mi vez, pues se ha gastado cien francos, una pequeña fortuna, para poder admirar la escritura del Maestro fotolitografiada en papel de barba japonés. No se trata de *La siesta de un fauno*, que me leí el invierno pasado atraída por el título, y que me pareció, qué decepción, admirablemente aburrido, sino de unos poemas más recientes, francamente bellos, si no fuera porque me resultan tan poco comprensibles como la música de Richard Wagner.

¿Realmente soy tan tonta? ¿O es que mi madre y las sabihondas de sus amigas, que se desmayaban, el invierno pasado, durante la lectura del *Fauno* en el salón, fingían entender cosas que no estaban al alcance de los simples mortales? ¡Quizá sea un poco como en el cuento de «El traje nuevo del emperador»! Creo que es más bien eso.

Sea como fuere, me ha gustado:

> No vengo esta noche a vencer tu cuerpo, oh, bestia,
> en la que se resumen los pecados de un pueblo…

Parece ser que se trata de un poema «atrevido», pero eso no quiere decir que sea malicioso. También me ha gustado mucho:

> Y tú, sal de las lagunas leteanas y recoge
> al venir la ciénaga y los pálidos juncos,
> Querido tedio…

Eso sí que no. El querido tedio puede quedarse perfectamente en sus lagunas leteanas y cenagosas. Estoy dispuesta a divertirme con todo lo que me ocurra y a buscar yo misma las diversiones que no aparezcan lo bastante

deprisa.

Esta noche no tendré que hacer ningún esfuerzo para buscar la diversión. Dejaré mi puerta entreabierta, intentaré no dormirme y Linette se deslizará en mi cama, si es que mantiene su promesa. ¿No estaré realmente loca? ¿Qué voy a decirle? ¿Qué voy a pedirle? ¿La rechazaré? ¿La dejaré hacer?

Lunes, 9 de julio

Esta mañana, todavía un poco cansada, me he zafado de mis obligaciones (¡con todo lo que hay que hacer los lunes!) para charlar conmigo misma. Y ahora me siento un poco tonta: ¿cuánto espacio dedicaré a lo que me ha ocurrido esta noche, dos líneas o dos páginas?

Comencemos con dos líneas: me he pasado la noche cometiendo actos pecaminosos con Emmeline. Sé que a este tipo de caricias entre mujeres se las llama amores *sáficos*. Hace dos o tres años, apareció una novela «infame» sobre este tema (decía una amiga de mi madre con una risa sarcástica de entendida), de Alphonse Daudet, creo[22]; pues, por supuesto, la conversación no iba dirigida a mí y sólo distinguí algunas palabras.

Pues bien, me gustan los amores sáficos. No he leído la novela de Daudet y tampoco tengo intención de leerla. Pero está claro que sólo puede hablar de oídas porque, precisamente, se trata de amores entre mujeres. También nosotras, en la Inmaculada Concepción, hablábamos sin demasiado conocimiento de causa, pero ahora me doy cuenta de que esos amores de convento que tanto parecían preocupar a nuestros confesores, en realidad se limitaban a algunas caricias en los pechos y a algunos besos en los labios.

Con Emmeline es distinto. ¿Será por su temperamento de campesina? Si así fuera, con el señor de A. y con Boniface tendría suficiente. Pero también le gustan las mujeres, pues estoy segura de que no ha descubierto los amores sáficos conmigo, ¡mientras que yo sí los he descubierto con ella! ¿O

encontrará un nuevo placer en aunar su condición de criada con la de amante de su señora? No sabría qué decir.

¡Lo que es indudable es que la pasada noche sintió y me dio placer! Además, era un placer ruidoso, tanto que tuve que suplicarle que se contuviera, sobre todo porque no se contenta con gemir como un animal cuando goza (ahora comprendo lo que eso significa para nosotras), sino que grita todo lo que se le pasa por la cabeza y suelen ser horrores. Al principio parecía disfrutar con casi nada, simplemente haciéndome pasar una pierna entre las suyas y frotándose contra ella como enloquecida, otras veces sólo con mis dedos. Esta noche, o mejor dicho, esta mañana muy temprano, estábamos durmiendo un poco, cada una en una esquina de la cama a causa del calor, cuando he sentido que se acercaba a mí y me hacía separar las piernas para colocar su cabeza. Yo estaba demasiado adormilada para resistirme, y cuando he comprendido que estaba besando e incluso chupándome la cosita, me he sentido tan dominada por esa nueva sensación que no he podido hacer otra cosa que asirla de los cabellos para hacerle comprender cómo me gustaba lo que me estaba haciendo. ¡Dios mío, qué cochinada! ¡Dios mío, qué gusto! ¡La lengua y los labios pasan y vuelven a pasar por ahí abajo, mientras que por arriba el placer se te sube a la cabeza sin que tengas que hacer otra cosa que dejarlo llegar! He… gozado *conteniéndome* para no gritar, y sentía que me crujían los huesos, y que mis cabellos flotaban por todos los lados… De madrugada, casi al alba, Emmeline se ha levantado y he oído el ruido del agua en el cuarto de baño de mi habitación, después ha vuelto a mi cama, me ha tomado entre sus brazos y me ha despertado del todo para preguntarme que si ahora quería «chuparla» yo. Teníamos muy poco tiempo; un poco a la fuerza pero también interesada, me he dispuesto a hacerlo con bastante gusto. Pues bien, tengo que decir que de alguna forma, ¡es tan agradable chupar como que te chupen! Emmeline tiene un *coun*, como ella lo llama en *patois*, mucho más grande que el mío, con una especie de labios como crestas de gallo y un olor fuerte y obsceno. Le he buscado dentro el botón, que he encontrado enseguida (después de

todo, no es algo totalmente nuevo para mí), y de inmediato se le ha puesto rígido. Emmeline se retorcía y se arqueaba tanto que lo he perdido varias veces, después me he acostumbrado a no despegar mi boca de su… *coun*, de modo que no ha tardado en gozar humedeciéndolo todo. ¡Ag! ¡Qué salado es!

Se ha ido un poco más tarde, no demasiado calmada, y yo he seguido durmiendo durante algo más de una hora. Mi *coun* está un poco febril, pero ¿quién se va a dar cuenta?

Martes, 10 de julio

Jousè Aubanou y yo vamos adquiriendo nuestras costumbres particulares. Le doy clase los martes, jueves y viernes, cuando ya ha pasado lo peor del calor y él ha acabado con los trabajos del jardín y de la casa. Él se aplica, yo me aplico, y estoy segura de que antes de las vacaciones leerá, escribirá y hará sumas y restas casi sin cometer errores.

Está menos tímido que al comienzo de nuestras lecciones, y ya no retrocede hasta la otra punta de la mesa cuando me arrimo un poco a él para guiarle la mano; incluso juraría que acerca su taburete a mi silla y que su pierna derecha se pierde a veces en mis faldas.

También es verdad que ahora nadie nos molesta mientras damos nuestra clase. Al principio, mi señora madre se creía en el deber de asomar la nariz en mi habitación, cuya puerta yo me sentía en el deber de mantener abierta. Se inmiscuía en mis explicaciones, regañaba o felicitaba a Jousè según del humor que ella estuviera y se retiraba dignamente después de la inspección. Sus visitas se han ido espaciando: mi alumno trabaja con mucha aplicación y a mí me felicitan por mi dedicación y mis dotes de pedagoga; en pocas palabras, nuestras clases de la tarde se han convertido en una rutina que ya no sorprenden ni interesan a nadie. Tanto es así que la semana pasada, cuando salía de la habitación, mamá lanzó al aire:

—¿No os molesta esta puerta abierta, hijos míos?

Y yo, afectada, respondí:

—En efecto, madre, no puedo pedir a Jousè que trabaje seriamente en medio de esta corriente de aire, mejor dicho, en este pasillo. Pero si usted lo considera conveniente…

Y ésta fue la seca respuesta de mi señora madre:

—No me hagas decir lo que nunca he dicho, Agnès. Sería insultante para ti que esta puerta estuviera abierta por principio. No vuelva a hablar del tema, señorita, y evítese sus estúpidas reflexiones.

Efectivamente, no he vuelto a hablar del tema y, a partir de esta conversación, la puerta siempre permanece cerrada. Pero no voy más allá: me muero de ganas de divertirme un poco con Jousè, pero tengo miedo de que alguien me sorprenda. Por supuesto él no lo contaría y, si lo hiciera, su madre le haría callar de un capirotazo; además, ¿quién le iba a creer? No somos más que dos niños grandes. De hecho, eso es precisamente lo que me frena. Está claro que no es ni más ni menos inocente que yo, pues se ha buscado una chica del pueblo para que le espabile; aunque sea esa desvergonzada de Anaïs, tan atrevida con los chicos.

Por desgracia, no soy Anaïs, sino la señorita del castillo, y me va a costar hacer comprender a mi lindo pastorcito que la señorita del castillo «sólo desea su bien». Aunque, por otra parte, no sé en qué consiste ese bien. Se acabarán las vacaciones y yo no habré hecho otra cosa que frotarme contra él y acariciarle los cabellos.

Miércoles, 11 de julio

¡No vuelvo a rebuscar en los libros de imágenes de los cajones de nadie! El otro día, mientras arreglaba la habitación del tío Henri, descubrí en el último cajón de la cómoda de Boulle (¡una maravilla!) un álbum muy grande y evidentemente japonés. Como el tío ha conseguido hacerme compartir su pasión por el arte del Extremo Oriente, no pude dejar escapar esa oportunidad y tomé el libro prometiéndome a mí misma que lo miraría tranquilamente uno de esos días; y

eso es lo que acabo de hacer.

En el álbum no había nada de lo que yo esperaba, es decir, barcas en medio de la tempestad, puentes bajo la bruma, cascadas, cerezos en flor bajo el sol de levante y, como telón de fondo, el inmutable y glorioso Fuji Yama que tanto le gustaba a Pierre Loti. No, es mucho menos pintoresco y bastante más educativo: se trata (dice una etiqueta pegada en el interior, donde está escrita la traducción de los garabatos nipones) del *Libro para la instrucción de los jóvenes casados*. ¿Me lo estará reservando mi tío para el gran día? Lo dudo, pero como estoy a punto de casarme y muy deseosa de instruirme, me he sentido totalmente en el derecho de echar una ojeada al libro.

Querida, querida señora Crisantemo, ¿quién lo hubiera dicho?, ¿quién lo hubiera pensado? ¿Se regalará realmente este libro a los prometidos de su lejano y encantador país, del mismo modo que en el nuestro se les regala *Los esposos cristianos, seguido de conversaciones sobre la moral y la familia*, del reverendo padre de Membreuil? Si es así, están muy bien instruidos, pues si los esposos cristianos carecen de las enseñanzas más elementales (por lo menos hasta llegar hasta la página 27, pues nunca he tenido el valor de ir más allá), los jóvenes casados japoneses no pueden ignorar nada de lo que les aguarda.

Está claro que no es el texto lo que hace que se me abran completamente los ojos y me bulla el cerebro; los dibujos se bastan por sí solos. La señora Crisantemo y el señor, llamémosle Bambú, aparecen en cada página (hay unas treinta) copiados del natural retozando de un modo de lo más barroco, y a menudo muy bien acompañados.

Evidentemente no puedo describirlo todo: me llevaría noches enteras. Pondré como ejemplo una escena un poco refinada: el señor Bambú está confortablemente tumbado sobre unos cojines, al menos eso supongo, porque la señora Crisantemo se ha echado sobre él boca arriba, lo que no deja de parecerme extraño (pero ¿hay algo que no sea extraño en Japón?), como sobre un diván, con las piernas colocadas a un lado y a otro de un… músculo magnífico, que es casi lo único

que se ve del recién casado. No hay duda de que es lo esencial para mis hermanas niponas. Crisantemo lo acaricia con mano persuasiva; su acogedora intimidad ya lo ha engullido hasta la mitad y Crisantemo se contorsiona, los ojos entornados, para hacerlo entrar hasta el fondo, mientras una joven sirvienta, arrodillada a su lado, le sostiene la cabeza y la besa en los labios. Detrás de una columna, un amigo (o un criado) observa la escena y se dispone a proporcionar a la sirvienta, o quizás a la misma Crisantemo, un refuerzo de un grosor y de una rigidez pasmosos…

Todo, absolutamente todo, es harina del mismo costal: uno encima del otro, el otro encima del uno, de pie, sentados, de rodillas, nuestros jóvenes esposos, él siempre glorioso (yo me entiendo), ella siempre en toda su plenitud (también me entiendo), se toman muy en serio su aprendizaje: sin una sonrisa, sin un beso, sin ni siquiera un gesto cariñoso. Al comienzo de las lecciones se contemplan, o más bien contemplan sus encantos respectivos —el del señor Bambú siempre desmesurado, al menos eso espero por Crisantemo— preguntándose, me imagino:

—¿Cabrá toda entera?

El caso es que siempre queda un trozo más o menos grande del joven marido en el exterior, incluso cuando su compañera de ojos rasgados abre complacientemente para recibirlo sus pliegues y repliegues, dibujados con una amorosa pluma.

Por lo que veo, la ocupación más frecuente del sexo débil sería, pues, de un lado al otro del mundo, domesticar el cetro del sexo fuerte. Si realmente es necesario, creo que me conformaré con eso.

El mismo día por la noche

Me olvidaba, he vuelto a ver al burro del molinero, y esta vez también con su aparato fuera. Fue ayer por la mañana; Line me había hecho ir hasta el molino para ver a su Boniface, pero al final no estaba allí. Esta vez me he tomado

todo el tiempo que he querido para mirar y he aprovechado la ocasión para preguntarle si había visto alguna vez al burro «utilizar» su aparato con una burra, pues parece ser que sirve para eso. Sí, tres o cuatro veces. Boniface la avisa siempre que va a casarse, el burro, no él, ya no sé escribir. El aparato entra casi por entero por donde hace falta, me dice ella pasándome la mano por la espalda y empujándome con un dedo para hacerme comprender dónde está nuestro *donde hace falta*. Cuando el burro tiene mucha prisa o no calcula bien a la primera, lanza el chorro antes incluso de entrar y, una vez que ella estaba delante, Boniface se vio obligado a cogerle el garrote con la mano para ayudarle a hacer su asunto.

Y, además, como el molino estaba cerrado, era muy temprano y no parecía que fuera a pasar nadie, la loca y cochina de ella ha pretendido que tomara con la mano el aparato del burro, «para enseñarle a tener paciencia», decía ella. Al burro, no a ella. Decididamente…

Por descontado, he puesto el grito en el cielo. Mirar, todavía puedo permitírmelo, y ya con eso me considero bastante atrevida, aunque me diga a mí misma que no lo hago por placer sino para instruirme. El hecho es que me da mucho que pensar este mecanismo que lanza chorros de no sé muy bien qué (como un escupitajo blanco, me dice Emmeline) y que sólo se queda contento cuando ya ha entrado en la burra. En resumen, gracias a ese aparato sigue habiendo, y siempre habrá, burros en la tierra y, gracias al de los hombres, hay niños en el mundo. Todo esto es obra del Creador, ¡y los sacerdotes deberían decírnoslo en lugar de hacernos creer que la vida se perpetúa gracias a los misteriosos designios de la Providencia y no a otra cosa!

Pero de mirar a tocar va un gran paso. Linette me explica que ella ya la ha tenido entre sus manos. El burro rebuzna como un poseso, pero casi no se mueve. Sí, de acuerdo, pero ¿para qué lo hace?

—Porque me excita, me pone la carne de gallina. Una vez que la he tocado, es algo más fuerte que yo, tengo que encontrar a un hombre en menos de una hora y, cuando lo he

encontrado y me toma, es como si me forzara el burro.

Me dice que eso ya le ha ocurrido varias veces y que intenta encontrar al burro de buen humor cuando tiene que ir a ver a Boniface al molino, para estar segura de que va a tener muchas ganas del aparato de él, lo que en efecto sucede.

Mientras me cuenta estos horrores, nos hemos sentado en el declive, no lejos del objeto de nuestras conversaciones. Le escucho distraídamente, porque sería del todo impropio que yo prestara atención, por poca que fuera, a estas indecencias y porque, por otra parte, estas indecencias se agitan con furia en mi propia cabeza. ¿Por qué estas cosas tan naturales deben estar siempre rodeadas de tanto misterio? ¿Quién lo ha decidido? Podría tener sentido para nosotros: realmente no es agradable que a uno le recuerden que se halla más cerca de los animales que de los *ángeles*, y Dios sabe la de vueltas que le hemos dado al tema en clase de filosofía. Eso sí, ¡con mucho recato!, ¡con muchísimo recato! Pero al final me he quedado con la duda de que tal vez el mundo, la vida, los hombres y las mujeres no sean ese teatro de marionetas tan bien organizado que nos proponen como modelo. En todo lo que hoy le está permitido escuchar a una joven de la buena sociedad, hay tanta oscuridad, tanto *batiburrillo*, tantos silencios repentinos que significan «ya lo verás por ti misma», tantas reticencias crispadas, que incluso la más tonta debería gritar que se burlan de ella; o callarse, no creerse nada y hacerse ella misma su propia religión acerca de este asunto. Y eso es lo que yo estoy decidida a hacer…

Mientras voy por ese camino, o más bien me quedo en él, pues sigo sentada, Emmeline ha pasado a la acción. Toquetea el garrote del burro, que comienza a rebuznar y se agita, pero sin moverse del sitio. Heme aquí víctima de la curiosidad que perdió a Eva: bien, ¡adelante! Es verdad que es caliente, vivo, divertido; que es una impresión muy fuerte y que después de esto creo perfectamente a Emmeline cuando dice que al tocar el garrote del burro le pasa una corriente por todo el cuerpo. ¡Esa descarga eléctrica también me llega a mí y me invade una oleada de calor, casi de fiebre! Pero ¿qué puedo hacer?

Por supuesto no me voy a poner a buscar a Boniface o a un hombre, como haría Emmeline en mi lugar, ¡y como está claro que se dispone a hacer!

Y, además, ya he tenido bastante por hoy. Bastante para acordarme, bastante para contar. Ayer, el burro; este mediodía, el señor Bambú; si tuviera que acordarme de todo esta noche, me volvería loca. Y además, tengo mucho sueño…

Jueves, 12 de julio

Dentro de poco, mi pobre diario va a tener un aspecto horrible. Empecé a escribirlo con mucho cuidado, hace ya, veamos, cerca de un mes, esmerándome en escribir bien, en cambiar de página cada día y en dejar grandes márgenes. Pero como he acabado un cuaderno mucho antes de lo que pensaba, ahora soy menos escrupulosa. El caso es que sólo me he traído tres cuadernos (grandes, eso sí), que no tenía pensado utilizar. Pero ahora veo que no sólo tendré que comprimir las líneas y las páginas, sino también decirle a Linette que me compre otros dos o tres en Remoulins. En cuanto a las plumillas, sólo utilizo las inglesas y no tengo más que una cajita de seis. ¡No hace falta que diga lo mucho que las cuido! Para la tinta también tendré que recurrir a Line y a la papelería de Remoulins. Pero no creo que encuentre aquí una tinta negra tan bonita como la que compro en París. Tendré que conformarme con una horrible tinta violeta.

También empieza a faltarme tiempo para escribir. Desde hace unos días no hago otra cosa que entrar y salir, dar vueltas y correr, pues ha llegado un grupo de invitados. Primero el joven matrimonio de Saint-P.: mi primita Solange y su marido. Ella, completamente rosa, con el aspecto de una gata que ha bebido demasiada leche, me besa encantada en las mejillas, la nariz, e incluso, a hurtadillas, en la comisura de los labios. Él, a quien yo sólo había visto esta primavera, en el día de su boda, es agradable, nada fatuo, con el aspecto de un gato que se echaría a correr por los tejados, no quita

ojo a su adquisición, dividido, me parece, entre el orgullo de que le señalen con el dedo por ser el esposo de una criatura tan encantadora, y la legítima preocupación del propietario que quiere conservar sólo para él el usufructo de estos encantos.

También han venido dos señores a los que no conocía y cuyos nombres apenas recuerdo. Llegan de París, donde, según dicen, ya resuenan los ecos de la triunfal gira que el general ha hecho por Bretaña Les he oído hablar con mi padre del conde D., del Comité, de la próxima vuelta del general y de la aparición jupiterina que debe hacer hoy mismo en el Parlamento. Son, pues, nuestros conspiradores *fin de siglo*.

El más joven tiene encanto. Me parece que ya no se dice «encanto», que es de antes de la guerra. Hoy se dice que un hombre tiene «ángel» o «imán». Pero «encanto» lo entiendo y además no me preocupa no estar a la moda. Así pues, tiene encanto y el aspecto de un príncipe florentino de vodevil: es alto, más bien delgado, tiene unos treinta y dos años, los cabellos oscuros y unos bellos ojos grises. Es una pizca *parisiense*, es decir, vulgar, pero con encanto. La prueba está en que por muy derretida que esté Solange con su gato, no deja de ronronear alrededor del otro.

También ha llegado uno de mis pretendientes: el pequeño vizconde de W., que se desmaya ante la menor agudeza de mi madre, testimonia a mi padre una solícita deferencia de futuro yerno y a mí me hace una corte banal y casi descuidada. Y, por último, otro pretendiente, Géraud de R. B., un gallito amedrentado, arrastrado a los pies de mis padres por su insoportable madre gallina. ¡Dioses del himeneo!

Debido a mis obligaciones como encargada de la vajilla, de las flores, de la ropa blanca, del libro de cuentas, y también a mis pequeñas aventuras personales, este diario, que al principio no debía ser más que una forma de pasar mi tiempo libre, me ocupa, sin embargo, todas las horas que puedo robar a estas obligaciones y a estas aventuras. Además, tengo que tener cuidado de abrirlo sólo en los momentos del día en que estoy segura de que nadie va a descubrirme. ¡Qué

escándalo si alguien lo encontrara, y más todavía si me sorprendieran con la pluma en la mano! ¡No quiero ni imaginármelo! Y, sin embargo, no me decido a abandonar esta singular empresa, de la que no sabría decir con seguridad si sigue siendo un placer para mí o es ya una obligación. La prudencia, y sobre todo el silencio necesario para que florezcan los recuerdos, requerirían que sólo me dedicara al diario por la noche. Pero no vela quien quiere. Durante mucho tiempo me he acostado temprano; a veces, nada más apagar la luz, los ojos se me cerraban tan deprisa que no me daba tiempo ni a pensar «Me estoy durmiendo», pues ya estaba dormida. Todavía hoy, además de la costumbre de la infancia y del cansancio producido por los días demasiado llenos, una inquietud confusa me impide afrontar la negrura de la noche demasiado tarde, como si el hecho de escribir estas páginas cuando todo reposa fuera de la claridad de mi lámpara fuera un sacrilegio. Por el contrario y por suerte, he conservado del internado y de la misa de las seis la costumbre de levantarme pronto, de lo cual hoy me felicito. Gracias a esta costumbre, puedo seguir llevando este diario. Como esta mañana: son apenas las siete ¡y ya he escrito más de tres páginas! Así pues, hasta esta tarde.

Postscriptum

Aunque no me hice la promesa de contar en este diario todo lo que me ocurriera, no sería honesto por mi parte dejar de confesar que ayer por la noche, después de las doce, no pude dormirme hasta que me hube acariciado, y esta vez sin ninguna excusa, sino sólo por la impresión que me produjo tomar entre mis manos durante unos segundos el aparato del burro. Qué fea es esa cosa que no es ni blanda, ni dura, ni marrón, ni violeta, ni nada verdaderamente personal del burro, como los ojos o las orejas, ni independiente de él; es fea, es estúpida, es repugnante, es todo lo que se quiera, pero por el hecho de haberla tenido en la mano no puedo quitarme la impresión (qué loca estoy) de no ser ya «una

jovencita»; es como si se la hubiera tocado a un hombre. El caso es que me he acariciado por primera vez acompañando mi pecado con una imagen muy concreta, la de ese enorme garrote pasando y volviendo a pasar entre mis muslos. Esta *fantasía*, como parece ser que debe escribirse, pues es el *último grito*, me ha proporcionado un placer completamente nuevo y sin duda me valdrá menos reproches de mi madre que el hecho de dirigir una mirada del todo inocente a algún señor interesante. Así que ¿por qué voy a privarme de ella?

Postscriptum 2

¡Hurra, hurra, hurra! La señora de M. ha llegado a las cinco en punto de la tarde en un landó principesco, nada menos que en el de la señora de Uzès, acompañada (ella) y conducido (el landó) por el bello Norbert. Después de una pequeña discusión entre mamá y yo (C. está ahora casi lleno y mamá pretendía alojarla en el presbiterio para quedarse ella con una habitación más), la hemos instalado en una habitación algo pequeña, pero fresca y agradable, que antaño debió de ser el oratorio de una difunta baronesa de C., a juzgar por las vidrieras de las ventanas y el artesonado dorado del techo. ¿Y cuál es el problema? Pues que a este oratorio, en el que hace dos o tres años colocamos una gran cama y una cómoda del país, sólo se puede acceder por el rellano de mi habitación: una contrariedad intolerable para Mathilde, afirmaba mamá, y una molestia para mí. Protesté. Papá zanjó la cuestión a favor de la señora de M., de la que sospecho que siente una gran debilidad, pues le interesa y le divierte. Así pues, se quedará bajo nuestro techo, y en realidad casi bajo el mío. No sé cómo nos las vamos a arreglar Emmeline y yo, ahora que nos hemos puesto de acuerdo en que vendrá a reunirse conmigo todas las noches en que las dos podamos. ¡Bah, ya nos las arreglaremos!

A Emmeline, con quien acabo de arreglar la habitación en cuestión y de poner flores, no parece preocuparle esta presencia. Me dice que, aunque nuestra invitada la oyera

entrar en mi habitación durante la noche, no sería tan mojigata como para ir a contárselo a mi madre.

Viernes, 13 de julio

¡Cataplum, plum, plum! Nada más instalarse en nuestra casa nuestro bello conspirador, al que creo que bauticé con el nombre de «el florentino de los vodeviles», he recibido un parte cifrado (es lo mínimo tratándose de un conspirador) cuyo contenido ha dado mucho que hablar en el castillo. ¡Escuchad, buena gente! Nuestro general-diputado (no entiendo cómo se puede ser las dos cosas al mismo tiempo, pero aquí a nadie le sorprende) ha bajado del tren de Bretaña para subir directamente… a la tribuna de la Cámara de los Diputados. Ha tenido un violento altercado con el señor Méline, que «es más tonto que hecho de encargo», y con el ministro Floquet. El general se ha comportado heroicamente dentro de este tumulto y no nos libraremos de la *disolución*; lo que creo que significa que se mandará a sus casas a los canallas republicanos y que se acerca el momento de la Restauración. Ha acusado formalmente al señor Floquet de ser un «mentiroso», por lo cual nuestro conspirador llega a la conclusión de que el duelo es inevitable. ¡Y estamos a viernes 13! ¡Y en vísperas de ese horrible 14 de julio que la hez del pueblo vive como una apoteosis! ¡Bah! Si el duelo era inevitable, ya habrá concluido mientras hablamos de él y ese civil barrigudo y cobarde estará ahora tumbado en un lecho de dolor, por lo menos.

Entre interesada y divertida, escucho a nuestros boulangeristas darle a la lengua y hacer aspavientos con los brazos en honor de su héroe. El ministro no tiene partidarios declarados en esta peripecia tragicómica, aunque dos o tres de nuestros invitados (los P. W. entre otros) sean antiboulangeristas más o menos declarados. Mi padre, que se adaptaría a cualquiera con tal de que la Bolsa se recuperara un poco y la renta subiera, sonríe débilmente y trata de mantener a nuestros conspiradores dentro de los límites de la

discreción. En cuanto a mí, me pregunto para mis adentros cómo serán mis próximas relaciones con Mathilde de M., y cómo será la cita que he tenido la debilidad de aceptar de Line, mañana, en su habitación, pues se nos pone difícil reunirnos en la mía.

Sábado, 14 de julio

¡Cataplum, plum, plum! Esta madrugada hemos recibido un nuevo parte junto a los periódicos parisienses del jueves que llegan de Nimes por correo expreso. En estos últimos se describen todos los detalles sobre la sesión de la Cámara: el general ha hecho una apelación al país, ha reclamado la disolución y ha presentado su dimisión después de haber llamado cuatro veces «mentiroso» al ministro. En el parte, descifrado febrilmente, llega «la» noticia: ¡el civil, el viejo abogado barrigón, ha atravesado de parte a parte al soldado! Y ante esto, nadie tiene ánimo de echar bravatas ni yo de reír, pues *nuestro* Boulanger está realmente en peligro de muerte. Que esto quede entre mi diario y yo: ¡me había formado una idea totalmente distinta del héroe de la señora de Uzès!

Nada más acabar la comida (durante la cual no se ha hablado de otra cosa que de las posibles continuaciones y consecuencias del acontecimiento), mamá y Valérie se han ido a Nimes; Louis-Armand ha desaparecido; Félicie tendrá mucho trabajo y estos señores no me necesitarán para nada. Así pues, estoy libre durante dos horas, que voy a pasar con Emmeline. ¡Noto que esos malditos días están acercándose y tengo mucha necesidad de caricias!

El mismo día por la noche

Contemos, pues, oh, Musa, en lugar del duelo del siglo, mi tarde en la habitación de Line.

A la hora de la siesta, desaparezco, llego sin problemas

hasta su puerta y llamo discretamente. Line abre en el acto, me besa como lo hace ahora en cuanto nos quedamos solas, cogiéndome por la cintura y apretándome contra sus piernas, y me susurra sin darme tiempo a reaccionar:

—Señorita Agnès, ¿promete no enfadarse?…, estoy esperando a Boniface, vendrá aquí dentro de un momento.

—¿Aquí? Pero está usted loca, Emmeline. Deje que me vaya enseguida, se lo exijo.

Me retiene, me besa otra vez, me hace sentarme en la cama.

—Al contrario, quédese, señorita. Ya me figuraba que usted no querría verlo, ni siquiera escondiéndose bien. Voy a echar el cerrojo y le diré a través de la puerta que vuelva otro día.

—¡Estarás satisfecha! Y yo, ¿qué?

—Lo haremos como usted quiera, señorita Agnès. Si sólo lo quiere ver un poco, quizá pueda usted meterse en el cuartito de la ropa blanca y entreabrir la cortina…

Este demonio lo ha previsto todo. En efecto, me enseña un cuartito sin ventanas, un aliviadero que una gran cortina de tela de Jouy separa de su habitación: lo utiliza como cuartito de aseo y para guardar la ropa blanca del servicio. En uno de los lados hay un armario muy grande donde apila los manteles y las toallas que hay que remendar, en el otro una mesa de aseo con la parte de arriba de mármol blanco, una jofaina y una jarra de agua. Está limpio y la temperatura es agradablemente tibia; huele a lavanda y a ropa blanca limpia, pero ahí dentro estaré como una prisionera y no me imagino pasando una hora de pie en la oscuridad y sin poder moverme. «¿Y si me encuentro mal?», le pregunto a Emmeline. Según ella, estaré muy bien en el rincón, justo delante de la cortina, que sólo tendré que entreabrir un poco para ver toda la habitación. Muy bien pensado, si no fuera porque estoy segura de que a fuerza de mantener la cortina entreabierta y de aplastar la frente contra la pared acabará dándome un calambre. Que por eso no sea, replica mi demonio: haremos dos pequeños orificios en la cortina, justo a la altura de los ojos; como la tela de Jouy tiene unos

colores muy vivos, no se verán en absoluto, y siempre podremos volver a coserlos.

Tengo que meditarlo. Pensativa, vuelvo a sentarme a su lado en la cama, frente a la cortina que me provoca con insolencia. Ese juego al escondite que me propone me tienta mucho, lo confieso. Line está muy emocionada ante la idea de dejarme (o más bien obligarme) a ver y admirar de cerca a uno de sus galanes, y ha *maquinado* todo esto tanto para su placer como para mi instrucción. Debo reconocer que ya antes le había confesado que la escena del granero más que escandalizarme me había interesado mucho; no quiero decepcionarla ni echarme atrás. Por otro lado, la habitación es agradable: a nuestra derecha, el sol entra a raudales a través de unos visillos muy finos y acaricia cálidamente la vieja cama, ancha y baja, colocada sin más sobre un armazón de madera de castaño, mientras que la cortina y mi escondite, al estar un poco retirados, se quedan en penumbra. Pero yo sigo adivinando peligros por todas partes: se me verán los zapatos, la cortina se descolgará, Félicie necesitará a Emmeline y subirá a la habitación…

—¿Y si Boniface se queda durante dos horas en la habitación, Linette? ¿Y si se duerme? Querrá lavarse las manos e irá sin pensarlo al aseo.

—¡De eso nada, señorita! Sabe perfectamente que tengo que trabajar, no me retendrá demasiado tiempo. En cuanto a lo demás, no se preocupe: quiera o no quiera, le pondré en la puerta rápidamente.

Se ríe en voz baja y se deja caer hacia atrás.

—No me gusta perder el tiempo en *cirimonias* —dice «cirimonias», con un tono muy gracioso—. Cuando mi Boniface llega, sólo nos decimos: «¡Hola! ¿Qué tal?». Si llevara toda la ropa interior que llevan las damas como usted, se me pasarían las ganas antes de empezar.

Me ruborizo sólo de pensar que Emmeline va desnuda por debajo de las faldas. Me inclino para sentir a través de la tela el calor de su vientre en mi boca; después mi mano se dirige hacia su falda y se la sube hasta las rodillas, asciende por sus muslos, mientras ella me retiene en sus brazos y me besa

durante un buen rato. Sus piernas se separan y siento bajo mis dedos su chisme, su *coun*, muy húmedo y oloroso. Comienzo a acariciarla, mi dedo va y viene, ella me aprieta más fuerte, después se levanta de un salto y:

—¡No tenemos tiempo! ¡Puede llegar dentro de un minuto! ¡*Léou, Léou*[23], señorita!, ¡cálmese, escóndase!

Obedezco, la cabeza ida, las piernas un poco flojas, mientras ella se dirige hacia la puerta y vuelve al momento con unas tijeras en la mano.

Abre los agujeros de tres tijeretazos. Me pregunta si veré bien: sí, muy bien. Aunque las circunstancias son distintas, tengo la misma sensación que el día del reparto de premios de hace dos años en la Inmaculada Concepción, cuando, con el corazón latiéndome a todo meter, acechaba por detrás del telón rojo la llegada de monseñor y de los padres justo antes de que comenzara nuestra representación de *Esther*. Aman, el cruel Aman, era Sylviane, porque es muy morena y tiene una cálida voz de contralto. Yo, como soy muy rubia y tengo la voz más fina, era la dulce Zares, su esposa, y ensayaba mi papel mientras monseñor volvía a su asiento para asistir al tercer acto:

> Éste es, pues, el maravilloso jardín de Esther
> y este suntuoso salón, el lugar del festín…

Como era mi primera y, a decir verdad, mi única aparición en escena, lo había ensayado todo para llamar la atención: una expresión seductora, caras de susto, miradas de adoración a mi «esposo», que se contenía para no soltar la carcajada bajo la barba de estopa negra adornada con papillotes —parece ser que eso es muy asirio— y que recitaba por su lado exagerando la voz y con ojos furibundos:

> ¡Oh, dolor! ¡Oh, horrible suplicio para el pensamiento!
> ¡Oh, vergüenza que jamás podrá ser borrada!
> Un judío execrable, oprobio de los humanos…

No hace falta que siga, pues todo el mundo se sabe de memoria la continuación. ¿Y si apareciera delante de mis tórtolos declamando?:

> Éste es el sencillo apartamento de Line,
> ¿recibirá en este rústico lecho a su amante…?

¡Qué escena! Vuelvo a revivirlo todo detrás de la cortina: al oír los tres golpes en la puerta, me entra la misma angustia y el mismo temblor de piernas. Por suerte, como estoy muy bien apoyada en el armario, no corro el peligro de caerme en el caso de que me desmaye, y eso me tranquiliza. La espalda de Line no me permite ver a Boniface, de quien sólo distingo su pelambrera pelirroja. Se besan con ardor; Boniface, con las dos manos plantadas en el… trasero de Line, la sube a su altura, la levanta del suelo. ¡Qué buen mozo resulta con su altura y su peso!

¡Vaya! Llaman otra vez, pero esta vez a mi puerta.

Domingo, 15 de julio

Era Mathilde. Sólo me ha dado tiempo a esconder mi diario con el cuaderno de cuentas, el registro rojo, ¡como si por las noches me dedicara a trabajar en él! Como Mathilde es una mujer muy+ bien educada, no corro el riesgo de que me traicione en el caso de que llegara a descubrirme, pero al fin y al cabo casi no la conozco y no quisiera por nada del mundo ponerla en una situación embarazosa.

Ayer fue la tercera noche que pasaba en el castillo. Siempre exquisita y un poco reservada, hasta ahora siempre se las ha arreglado para subir una hora después de mí, cuando ya estoy dormida como una bendita. En cambio, por las mañanas, yo soy la primera en levantarme y en abandonar la habitación sin hacer ruido, mientras ella sigue durmiendo como una bendita. De ese modo, las formas están a salvo. Es igual: ¡preferiría que entre nosotras hubiera menos formas y más intimidad!

Sólo quería pedirme que le arreglara la mecha de su lámpara de petróleo, pues, según ella, humeaba un poco. No he visto que le ocurriera tal cosa, pero he hecho como que me creía la excusa. Unas cuantas frases banales y sabias y después ese beso cada vez menos ambiguo, esta vez más en mis labios que en mi mejilla. Noto perfectamente que dentro de poco va a pasar «algo» entre nosotras: pero ¿qué? Le corresponde a ella, mucho mayor que yo, tomar la iniciativa y afrontar los riesgos de una aventura. Por supuesto que tengo ganas, incluso muchas; pero me siento totalmente incapaz de hacer otra cosa que no sea prestarme a ello.

El mismo día por la tarde

Crónica sucinta de este cuarto domingo del diario. Tengo tantas cosas que contarme, que ahora siempre espero con impaciencia el día del Señor y esa hora privilegiada durante la cual rememoro mis recuerdos más inconfesables entre la cálida luz de las vidrieras y la humareda del incienso. Mi actitud de soñadora en plena inspiración causa una fuerte impresión en mi madre y en Valérie, que piensan que estoy en una mística conversación con los ángeles. Más realistas, mi padre y Louis-Armand están convencidos de que estoy en plena crisis de idiotez, que atribuyen a la edad del pavo.

Es lo mismo que piensa mi tío, que volvió ayer de Marsella muy contento y con un baúl lleno de regalos para todos; a mí, entre otras cosas, me ha traído dos estampas muy bellas de Japón, ya enmarcadas, y, además, «una sorpresa que te daré si eres buena», me ha asegurado. Por supuesto, el día anterior había vuelto a dejar el álbum en el cajón de la cómoda después de haberle echado una última ojeada.

Comida sin ninguna sorpresa y más bien triste. El altercado en la Cámara de los Diputados y el duelo con el presidente del Consejo, Floquet (al que yo me obstinaba en hacer sólo ministro) han pasado a formar parte de la historia. Nuestros boulangeristas no levantan los ojos del plato, nuestros antiboulangeristas se vanaglorian con mucha

discreción, pues todavía no se sabe si el general sobrevivirá a la herida: le han atravesado el cuello, y los primeros «partes facultativos» se muestran reservados. Bajo el jergón de un miserable, un tal Perruchet que mendigaba en la puerta de Saint-Louis
d’Antin
, y que acababa de morir, han encontrado trescientos mil francos en valores. Ya no quedan pobres de verdad, subraya mi padre riendo burlonamente.

El padre Carassus, el hombrecillo de lluvia de este domingo, ha provocado la situación más tensa de la comida, pues ha encontrado la forma de recordarme delante de mi madre que «para una cristiana, las vacaciones no deben significar el olvido de sus deberes», y:

—Vuestra señora madre desaprobará, seguramente como yo, querida hija, que casi no se haya acercado usted al altar desde que tenemos la alegría de volver a verla entre nosotros…

Ay, ay, ay… No me importa confesarme con el padre Dioudonnat, que, como ha decidido por adelantado que sólo me puedo confesar de nimiedades, me escucha dormitando y me despacha con tres padrenuestros y tres avemarías. De hecho, me he confesado con él y he comulgado hace… ¡hace ya tres semanas! Y con el padre Carassus antes, en la primera semana de estas vacaciones, cuando no tenía nada de qué confesarme. Y sin embargo, ¡qué preguntas!, ¡qué obstinación en acorralar mis «pensamientos impuros»!, ¡qué deleite en obtener una revelación susurrada! ¡Es un auténtico inquisidor! No me perdonará mis pecados a menos que pase quince días ayunando y rezando encadenada al altar mayor. ¡Y eso si me limito a confesar los «pensamientos» menos impuros!

Lunes, 16 de julio

¡Qué tristes han sido estos días! He cumplido con mis tareas diarias sin ningún entusiasmo, aparte de que las del

lunes son especialmente fastidiosas, y he estado a la vez irritable y quejumbrosa. Esta noche no me siento con ánimos de escribir. Y, sin embargo, tendría que hacerlo; no puedo dejar a Emmeline colgada del cuello de Boniface y con el… trasero al aire, por los siglos de los siglos.

Por otra parte, soy injusta y me avergüenzo de ello: el tío me ha hecho una visita bastante larga para agradecerme (¡es demasiado bueno!) que haya cuidado sus máscaras y sus bagatelas durante su ausencia y para darme su regalo especial: es… ¡*La primera amante*! ¡No pensaba que pudiera llegar a leer algún día este libro, cuyo título debería hacerme sonrojar! De todas formas un poco apurada, le he preguntado:

—Pero, tío, cree usted sinceramente que puedo…

—¡Vamos, vamos, hijita! ¡Tu madre tiene unas ideas muy extrañas sobre lo que puede leer una señorita de tu edad! ¡Además, lo que entiendas no te enseñará nada nuevo y lo que no entiendas no podrá hacerte ningún daño!

Siento un ligero deseo de hacerle intuir que sé apreciar *todas* las estampas de Japón, incluidas las que un viejo solterón esconde en el fondo de sus cajones, pero ¿para qué? Además, estoy tan cansada…

Otra visita (sin contar con los vaivenes de Emmeline, cuyos… asuntos coinciden casi con los míos, con una diferencia de dos días, y que no está más amable conmigo de lo que yo estoy con ella): la de Mathilde. Seguramente se ha imaginado lo que me ocurre y ha querido ofrecerme lo que yo considero una prueba de interés y casi de afecto. Después de esta visita, en la que ha acabado invitándome formalmente a llamarla Mathilde e incluso a tutearla cuando estemos solas, sé algo más de ella.

Martes, 17 de julio

Esta mañana, en lugar de escribir, y esta tarde mientras esperaba que llegara la hora de dar la clase a Jousè, me he leído el Catulle Mendès que me valió aquella regañina tan severa. Pues bien, no entiendo el virtuoso sobresalto de la

familia. Si está admitido que un hombre tenga amantes, es necesario que alguna sea la primera; y no hay duda de que la amante de Évelin Gerbier (así se llama nuestro héroe) es bastante especial, pero la novela lo exige así. Me imagino bastante bien al querido Géraud, pálido y tímido, en el papel de Évelin, pero me resulta difícil imaginármelo asesinando a Gonzague de A., aunque yo se lo pidiera como en *La primera amante*. Lo que no entiendo es qué le puede ocurrir al pobre Évelin para que esta mujer le embruje desde el primer día.

Pero eso no impide que yo sueñe con escribir un día frases tan bellas como ésta: «Él ve», se trata de Évelin, «sus frágiles caderas inmovilizadas entre dos manos brutales… Sufre en su virginal y frágil nubilidad la violación ávida, frenética, silenciosamente devoradora, de un largo beso infame».

Puesto que Mendès dice: «un beso infame», supongo que no tendría que haber leído esta novela. Pero ¿qué puede querer decir cuando habla de una violación ávida?

El mismo día por la noche

No sé qué les ocurre a todos este verano. ¿Será el tiempo tormentoso? ¿O las hazañas del valiente general? ¿O simplemente que nuestras *feneiris*[24] enseñan demasiado las pantorrillas y el escote al voltear el heno?

El caso es que, después del burro del molinero, fue el señor de A., después de Gonzague, Boniface y, después de él, el mimoso de Jousè.

¡Oh! En cuanto a éste, no ha hecho nada malo. Quizá ni siquiera merezca la pena contarlo.

Jousè había olvidado (u «olvidado» entre comillas, ¿quién sabe?) su cuaderno en mi habitación; decidí llevárselo a la suya, que está debajo del tejado. Llegué a la puerta en pantuflas, no de marta cibelina como las de la Cenicienta, sino de tapicería, y antes de llamar, quise saber si estaba dentro. Es fácil: la pobre puerta, bastante desencajada, sólo se cierra con un cerrojo, y el pestillo pasa por un agujero tan grande como un puño; agujero al que la señorita de la casa

pega el ojo, como lo hacen todos los criados cuando *la señora* recibe.

Y mi casto alumno, con los pantalones bajados, estaba… Sí, no hay duda. Para ser sincera, no veía gran cosa, sólo que se agitaba, con una mano apoyada en la cabecera de la cama y con la otra empuñando su colita, de la que yo sólo distinguía la gruesa punta, cuando salía de su puño. Mientras hacía esto, suspiraba y balbuceaba completamente solo. Y después se dio la vuelta en la cama y yo sólo veía su espalda y su brazo, que iba y venía cada vez más rápido. Jamás he visto a un hombre procurarse placer de esa forma, pero no es muy diferente de lo que yo hago cuando me entrego a un «libertinaje solitario»: la mano frota cada vez más fuerte, hasta que se «goza». Así pues, no necesito ver al detalle lo que está haciendo para comprenderlo. Por otra parte, mientras hago esta pequeña reflexión, Jousè ha llegado ya al final del asunto: lanza unos «¡Ah!, ¡ah!, ¡buff!» y se relaja, siempre dándome la espalda. Yo, muy astuta, me alejo sin hacer ruido, voy hasta el final del pasillo y vuelvo, esta vez canturreando y tosiendo, y doy dos buenos golpes a la puerta. Me abre lívido, con los pantalones recién abrochados, los ojos un poco idos, y retrocede hacia la cama, tan sorprendido por mi llegada que *semblo lou ravi de la Crécho*[25] como dicen las gentes de por aquí. Después, sigue más o menos este corto diálogo:

YO: ¡Jousè, pero qué es eso! ¡Qué poco inteligente eres! Félicie hubiera podido entrar lo mismo que yo, y entonces, ¿qué habrías hecho?

ÉL: Se… seño… señorita…

YO: ¿Qué ocurre? *Vaï, fuguès tranquille, sabi pas ço que fagas, mas dirai rèn á diguntо*[26]!

ÉL: Se… Se…

YO: ¡Pero mira que eres tonto, bribón! ¿Es que te crees que yo no comprendo estas cosas? ¡No soy tu madre ni la mía ni el padre Carassus, y me importa un bledo lo que puedas hacer completamente solo en tu cama! ¡Ten, te traigo tu cuaderno! ¡Intenta no volver a olvidártelo, pues no estoy dispuesta a tener que subir esa maldita escalera tan

empinada!

Diciendo esto, y mientras se tranquiliza poco a poco, me acerco a la cama como para sentarme un instante. No hay duda: ha «escupido» o lanzado su cosa, su jugo, sobre la colcha guateada. Echo un rápido vistazo. ¡Agg! ¿Será esta cosa viscosa lo que ellos llaman «semen», como cuando el señor de A. gritaba a Emmeline que iba a darle «todo su semen»?

No he estado mucho tiempo en la habitación de mi alumno. Es demasiado simple. En una situación así, otro me habría pedido que hiciera algo, ¡para empezar me habría convencido para que yo también me acariciara a mí misma ante sus ojos! ¡Pero al final acabará recibiendo lo que se merece!

Miércoles, 18 de julio

He dormido mucho y bien. Hace muy buen tiempo, pues el calor no aprieta demasiado. He limpiado casi toda la plata con blanco de España ayudada por Félicie, he hecho unos ramos con Jousè y he jugado una partida de *whist* con los P. W., el padre y el hijo: estos señores banqueros han tenido el buen gusto de dejarme ganar ocho francos. Durante la comida he estado encantadora, me he preocupado por la salud del general (está mejor: tomó tres sopas el lunes) y por la de la torre (buena: todo el mundo anima a todo el mundo a mirar con los anteojos cómo avanza el segundo piso).

Sigamos, pues. Veamos… «Boniface, con las dos manos plantadas en el… trasero de Line, la pone a su altura, la alza del suelo. ¡Qué buen mozo resulta con su estatura y su peso!». Emocionada por su entrada, he cerrado los ojos un momento. Cuando vuelvo a mirar con prudencia por detrás de mis gafas de tela, nuestro hombre está completamente tumbado de través en la cama, con las manos cruzadas detrás de la nuca y las piernas colgando. Ha nacido cansado, diría mi padre.

Sentada junto a él, Emmeline habla en *patois* mientras acaricia la guarida de la bestia. Después, se decide, le

desabrocha sin prisas, le baja el pantalón y los calzones hasta las pantorrillas, y él se sube con indolencia la camisa y la chaqueta. Como estoy a una distancia de dos brazos, puedo ver perfectamente a un (¿cómo llamarlo?) personaje, muy en proporción con la corpulencia y la molicie de Boniface: tiene el grosor de mi muñeca y mide una cuarta de largo. Un punto a favor de Emmeline, pues apenas había exagerado el tamaño del utensilio, que ya se yergue hacia ella. Entonces lo acaricia, lo maneja como ya le había visto hacer con el de Gonzague, y después se inclina hacia él, acerca su cabeza, e intuyo que lo engulle delicadamente. Cuando se separa un poco, ya no me queda ninguna duda: lo chupa como un bastón de caramelo de Ruán, consigue meterse toda la cabeza y un poco más en la boca, se lo saca para poder respirar un poco, lo vuelve a coger. No comprendo cómo puede tenerlo un segundo dentro de la boca sin ahogarse… En cualquier caso, el resultado es increíble. Yo creía que ya se había hinchado todo lo que le era posible, ¡pues no! ¡Todavía se ha puesto más tieso!

¿Será porque estoy más cerca? No, está claro que es más largo y más grueso que el de Gonzague. Quizás algo menos… nervioso, quiero decir rígido, pero no se puede tener todo. Es un poco como el del burro o el del caballo: repugnante y a la vez fascinante. Me parece que cuando una ya ha superado la repugnancia, puede llegar a apasionarse por un… objeto tan lleno de vida y de fuerza, ¡pero me pregunto si algún día tendré la valentía de observar «el filomeno», como diría Félicie, de otra forma que no sea de lejos! ¡Y con mayor motivo, me pregunto si tendré el valor de llevármelo a la boca como si se tratara de un espárrago de concurso agrícola! Sin embargo, Emmeline lo hace, y evidentemente con apetito, ya sea para instruirme, ya sea para dar placer a Boniface: seguramente tanto por lo uno como por lo otro; y si lo hace Emmeline, que sólo tiene cuatro o cinco años más que yo, ¿por qué no lo voy a poder hacer yo algún día? No puede decirse: «De esta agua no beberé».

Emmeline está ahora de pie: se desabrocha la blusa y la falda, que desliza hasta sus pies, se desata el corsé con gestos

decididos y se baja las medias de algodón. ¡Ya sólo por eso me gustaría estar en su lugar! Hace un calor de morirse en la habitación y un pequeño reguero de sudor comienza a cosquillearme en los riñones. Vestida tan sólo con una especie de canesú de encaje, mira a Boniface —que se ha apoyado en uno de sus codos y le acaricia la parte inferior de la espalda de forma negligente—, después mira hacia la cortina y finalmente se saca el canesú por encima de la cabeza. Tiene unos pechos magníficos, llenos y firmes; cómo envidio sus anchos pezones y las puntas respingonas que ella acaricia mientras se estira medio vuelta hacia él y pregunta riendo:

—*Est-ce pas bèou, Bounifas? Bendas bièn*[27]*?*

—*Vejo e chaspai Siès tant poulito! Vène léou, Linèto, vène que te le porgè! Ne vols aqui*
n'as
! Tafort[28]*!*

Ríen como niños y a mí me hierve la sangre. Por mucho que admire el vientre y los pechos de Line, o bien la que el maestro Boniface quiere meterle y que él mismo excita con su mano, el tiempo se me está haciendo larguísimo, me hormiguean los pies y tengo un miedo atroz de hacer un movimiento torpe o, peor todavía, de que ese maldito fisgón de Julien llame a la puerta. ¡Menuda escena! Boniface enredado en sus calzoncillos, precipitándose detrás de la cortina en el estado en el que está, junto a mí… ¡Decididamente estoy loca por haberme metido de cabeza en esta ratonera! ¡Que acaben, Dios mío, que acaben de una vez, amén!

He cerrado los ojos por la inquietud y el nerviosismo. Cuando los vuelvo a abrir, Linette está a horcajadas encima de su galán y me impide ver el rostro de él. Tranquilizada, estiro la cortina y pego mis ojos a los agujeros. Ahora es cuando hay que estar atenta. Mi bella criada, inclinada hacia delante, parece comprobar la rigidez de lo que tiene en la mano derecha y después lo hace ir y venir entre sus piernas cada vez más rápidamente mientras gime y se retuerce; después dice a Boniface sin darse la vuelta:

—Vaï bèlement, moun Bouni,
l’as
si lonc, lou monstre, que me tuarès! Espère que
l’arberce
en sou plaço[29]*!*

¿Cómo? Es verdad que cuando acaricio a Emmeline, noto perfectamente cómo su nichito se abre bajo mis dedos; ¡pero no pretenderá esa loca meterse ese aparato de caballo! ¡No es posible, va a gritar, a llorar y a sufrir como una gata pariendo! ¿O es que el aparato va a reducirse hasta alcanzar un tamaño aceptable? Pues no; ella lo guía por delante y lo veo penetrar lenta y majestuosamente, más enorme que nunca.

Inclinada hacia delante, la pobrecita vigila también esta difícil entrada. Cuando el aparato ha entrado hasta la raíz, ella sube apoyándose en los muslos de él, vuelve a bajar, vuelve a comenzar y veo entre una pelambrera castaña y una maleza pelirroja, a ese nervio aparecer y desaparecer, cada vez con más facilidad, cada vez más rápido. El señor Bouni la socorre, la ayuda, la acompaña ciñéndole las caderas con las manos. Linette levanta las suyas hasta sus pechos y se frota las puntas con frenesí. Yo me muerdo los labios para no moverme ni toser, lo que, por otra parte, no tendría demasiada importancia, pues Emmeline lanza ahora unos gritos apenas ahogados, y Boniface unos «uy» de leñador en plena tarea. Finalmente ella se desploma gimiendo sobre él y veo salir de ella, muy disminuido y babeando abundantemente, un gran trozo de carne muy poco apetecible.

Después de esto, no sé muy bien lo que pasó. Me encogí en mi rincón y, replegada y abrumada por el calor y los olores, el tiempo se me hizo eterno hasta que Line vino a liberarme. ¡Si tuviera que volver a hacerlo, estoy segura de que no lo haría!

Jueves, 19 de julio

Es igual, todo esto me «altera» la sangre, como diría Félicie. ¡Contar y contar! ¡Esto no es vida! Si sigo alimentándome de miradas como hasta ahora, me volveré loca de atar.

Pero lo que sí es cierto es que ahora son raras las veces que cierro este cuaderno sin que me haya acariciado mientras lo escribo o lo releo. No siempre llego hasta el final, pero se ha convertido en una costumbre y, algunos días, en un frenesí. Me he dado cuenta de que este frenesí se apodera especialmente de mí la semana en que estoy indispuesta. Vago por el castillo y el parque esperando confusamente sorprender una aventura rápida y brutal del tipo de la del señor de A. con Linette, o incluso simplemente a uno de los lacayos con los pantalones bajados, al burro, o a un caballo como el del Bois. Me entran sofocos, me encuentro a la vez pesada y ardiente, asaltada por imágenes obscenas entre las cuales vuelve irreprimiblemente la del caballo, y llega un momento en que tengo que subir sea como fuere a mi habitación para entregarme al «libertinaje solitario».

El término «libertinaje solitario» no es mío, viene en el diccionario. Primero hay que mirar en «Onanismo», palabra que conocen todas las educandas algo espabiladas de un internado por habérselo oído decir en voz baja a su confesor en alguna ocasión. La horrible Hélène de L. llegaba incluso a alardear delante de nosotras de «entregarse al onanismo en un lugar infame».

Desde «Onanismo», el diccionario me ha enviado a «Masturbación», que está en el mismo volumen, y ahí he encontrado: «Masturbación: libertinaje solitario, perjudicial para la salud». El señor Littré tenía que haber añadido: perjudicial para la salud y que conduce al infierno. Pero parece ser que él era un pagano, un filósofo, y que no creyó en el infierno hasta el día que se encontró en él.

Con respecto a la cuestión (nuestro padre-profesor de filosofía era excelente en este tipo de razonamientos) de ¿qué es más «perjudicial para la salud», el libertinaje o hacerlo en «solitario»? ¿En cuál hay más culpabilidad? Creo que masturbarse a solas es sólo pecado venial, porque no se

escandaliza a nadie, mientras que hacerlo con otro es pecado mortal, porque entonces se arrastra a otra alma al infierno.

Digo «masturbación» porque soy muy culta; pero Emmeline, que no lo es, habla tontamente de «acariciarnos» e incluso, cuando está un poco excitada, de «hacernos una paja». ¡Era lo que la impúdica de ella pedía al señor de A.!, y que ahora me pide a mí: «¡Hazme una paja, Agnès, tórtola mía, hazme una paja, me muero de ganas!». Ayer por la noche, cuando vino a cerrar las contraventanas, volvió a pedírmelo, ¡y no estoy demasiado segura de que nuestra vecina Mathilde no haya oído sus suspiros!

Pero, en fin, volviendo a mis frenesíes, me temo que las caricias de las mujeres no son suficientes. La prueba (pero esto, querido diario, lo mantendrás en secreto a cualquier precio) es que hace algunos días, en el estado febril en que me encontraba, pues se me acercaba la maldita r…, me hice acariciar dos veces por Emmeline en el mismo día: hacia las diez, muy rápidamente, cuando subimos a recoger las sábanas limpias al cuarto de la ropa blanca, y por la tarde, en que me gustó más, pues después me chupó. Y, entre una y otra vez, ¡es horrible!, me masturbé en cinco ocasiones, a veces con un cuarto de hora de diferencia. Por mucho que me mantuve ocupada para olvidarme de esta obsesión e hice todo lo posible para no quedarme demasiado tiempo sola en mi habitación, no me sirvió de nada. Y, sin embargo, confieso esta obsesión, pues me acuerdo de que la madre San Agustín, nuestra «teóloga», decía que la obsesión era diferente de la *posesión* diabólica, del mismo modo que es diferente recibir visitas demasiado frecuentes de un hombre peligroso a que se instale bajo nuestro propio techo.

Quizá yo no bromeaba del todo cuando decía que la locura me acecha: ya no sé muy bien si me entrego a la *impudicia* (ése era el término que empleaba nuestro confesor y comienzo a comprender lo que significa) por el placer del relato que vendrá a continuación, o si cuento estas impudicias para enardecerme para la próxima. Pero ¿cuál será la próxima?

El resultado de todo esto es que mi madre e incluso mi

maravilloso papá, que, sin embargo, es menos suspicaz, de vez en cuando me miran con insistencia en silencio, pero con una expresión que significa a todas luces: «¡Ya va siendo hora de casar a la pequeña Agnès!». Pues está totalmente demostrado que el matrimonio es un remedio infalible, tanto para la melancolía como para el nerviosismo de una jovencita, tanto para su languidez como para su petulancia. Gracias a esta medicina tan eficaz, Solange de Saint-P. se encontró casada nada más salir del convento. Su familia, las amigas y el vicario de Santa Clotilde lo habían decidido así. ¡Aún está feliz de haberse casado con un hombre joven y guapo del que se enamoró nada más verlo!

La generosidad y la previsión de la tía Lydie me libran de tener que casarme pronto y mal. ¡Pero debo tener cuidado, ay, mucho cuidado! Para empezar, diario, debo acoger mejor y no poner malas caras a mis pretendientes aquí presentes, y tener en cuenta unas palabras bastante claras de mi madre a este respecto: «Siempre has sido bastante *lunática*, Agnès», me ha dicho: «Tan pronto un día eres encantadora como al siguiente eres odiosa y, además, nunca prestas atención a lo que haces. Lo que no era irritante en una niña ya no es tolerable en una joven. Piensa en eso y cambia tu conducta en lo que te he dicho».

Esta regañina no ha caído en saco roto. Hay que transigir con las obligaciones sociales para, al menos, poder vivir tranquila hasta el final de las vacaciones.

Viernes, 20 de julio

Los periódicos y los partes dicen que el general está mucho mejor y que se encuentra fuera de peligro. Por supuesto, todavía no puede abandonar la habitación, pues está demasiado débil. Pero no por eso dejará de presentarse a las elecciones que tendrán lugar en Ardéche el próximo domingo y en donde tendrá que competir con un *republicano*. Me ha parecido que nuestros conspiradores no estaban demasiado de acuerdo en ese tema: ¿era inteligente mantener

la candidatura del general cuando el resultado del desgraciado duelo había sido tan perjudicial para su imagen?, ¿cuando en ese departamento no era posible obtener una victoria fácil?, ¿cuando le resultaba imposible hacer una de esas giras triunfales que subyugan a las masas?, ¿cuando sería necesario que no nos faltara ni un voto para ganar, sobre todo el de la Iglesia? Mi padre ha sido el primero en decir delante de mí que era una locura arriesgar tanto para conseguir tan poco, y que un fracaso sería mucho más perjudicial para nuestra causa que el beneficio que aportaría un éxito.

Aunque ahora consigo comprender casi todo lo que se dice delante de mí sobre ese tema, no soy capaz de llegar a interesarme de verdad. ¿Qué más me da que el general Boulanger triunfe? ¿E incluso que restablezca el trono? ¿Qué puedo ganar yo? ¿Y perder?

Pero Largentière y el mismo Privas están a tres pasos de Uzès, y la lucha será reñida. Nuestros señores, con mi «florentino de vodevil» a la cabeza, han salido para Uzès, conducidos por el bello Norbert, para disponer los ánimos a favor del general y distribuir generosamente las cerillas Boulanger, los jabones Boulanger, los retratos de Boulanger en su bello caballo negro y la última novedad en cascanueces, los cascanueces Boulanger; aunque haya muy pocos, porque son bastante caros, seguramente se venderán muy bien en estas ásperas regiones. ¡Que el Dios de los ejércitos les asista y adiós muy buenas!

El mismo día por la noche

Mi alumno está más encantador que nunca. A veces le sale un vozarrón de hombre nada agradable, pero gracioso, y unos gestos de ferviente y palurdo admirador. A razón de tres clases de dos horas a la semana, nos resulta muy difícil seguir siendo dos extraños el uno para el otro. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer? ¡Sea como fuere, no puedo echarme en sus brazos! ¡Pobrecillo, más que ponerse contento se asustaría!

Tengo la sensación de estar formando con él, con Emmeline, Boniface (¿por qué no?) y espero que un día con Mathilde, una especie de hermandad secreta, una masonería sin malas intenciones más preocupada por complacerse que por difundir grandes ideas. ¡Qué estimulante me resulta!

Sábado, 21 de julio

Ayer, misa de Santa Elena, es decir, de mi señora madre, que lleva este nombre tan imperial. En honor a esto, hubo una interminable homilía del padre Carassus durante la cual *rememoré* (¿de dónde habré sacado esta palabra tan antigua?, ¡pero qué bonita es!), rememoré la tarde de la semana pasada cuyo relato me costó tanto acabar. ¿Fue el jueves? No, más bien fue el sábado pasado, el día del duelo histórico, que, por fortuna, no ha tenido consecuencias fatales: el general tomó tres sopas el lunes, una loncha de pollo el martes, un trozo de *foie-gras* y un vaso de oporto el miércoles, y se alimentó como un soldado (como un soldado de café-concierto, especifica riendo sarcásticamente el tío Henri) antes de ayer, jueves. Mis noticias llegan hasta aquí. ¡Francia está a salvo!

¿Y yo? Ni fu ni fa, organizando despacito y con cuidado las semanas que me quedan de vacaciones aquí. El fu son las agrias observaciones de mi madre, las buenas formas, las amabilidades forzadas, el qué dirán; el fa, los momentos de caricias con Emmeline, el burro, mis rozamientos con Jousè, mi deseo de Boniface y, en definitiva, este diario. Así pues, la señorita Agnès de S., se encuentra entre el fu y el fa, yendo del uno al otro sin saber todavía hacia qué lado se inclinará su corta vida: ¿del lado fu o del lado fa?

Domingo, 22 de julio

Día tranquilo y un poco soso. Mathilde se fue ayer a Largentière; Félicie la llevó hasta Nimes, donde debía subir a

un tren muy incómodo, pero, para su gusto, menos incómodo que el *buggy* que le había ofrecido papá. Nuestros héroes, el mariscal de *logis*[30] Norbert Destouches a la cabeza (qué apellido más plebeyo), la esperaban en la estación de Largentière, donde ayer por la noche todo el mundo cenó y durmió en el hotel a costa del Comité Nacional. ¡Comprendo que haya preferido ese plan… de las elecciones a pasar un domingo en el castillo!

La tranquilidad excepcional del castillo me ha permitido descansar algo y poner un poco en orden mis asuntos y mis ideas. De los primeros no tengo nada que decir. De las segundas, mucho, ¡pero me parece que después de cinco semanas me hace falta dejar descansar un poco la pluma! Pues en este momento tengo tal guirigay en la cabeza que me resultaría difícil escribir una sola frase aceptable. ¡Buenas noches!

Postscriptum

¡Qué tontería! Todas mis reflexiones de estos últimos días giran en torno a Mathilde. Pero hace sólo tres semanas no sabía casi nada de la señora de M. Únicamente que tenía una magnífica cabellera pelirroja que llevaba recogida en un soberbio moño, una piel sonrosada (ayer la volví a ver con los brazos desnudos) salpicada de pecas… pelirrojas, como Dios manda, los ojos entre castaños y verdes, extremadamente ardientes, una boca de labios más bien gruesos, carnosos y muy rojos y unos dientes irreprochables. En resumen, lo que se llama una modelo de pintor. También sabía que, además de tantos atractivos, no tenía ni marido visible ni hijos; y menos todavía, no me atrevo a decir la palabra, «un amante» conocido; que no era ni pobre (si lo fuera no la habríamos invitado), ni rica (pues es lo primero que se sabe de alguien cuando lo es, antes que cualquier otra cualidad); que era recibida, por lo que yo podía observar, por la mejor sociedad, pero de forma un poco anónima, en cualquier caso discreta; que recibía mucho, a lo mejorcito y a

lo no tan mejorcito, pero sin *día* fijo. En fin, de ella sólo sabía un *quién es quién* de algunas líneas.

Aún no tengo la confianza suficiente para preguntarle; y, hasta ahora, Mathilde se ha mostrado muy reservada. Sin embargo, por muy reservado que uno sea, siempre se le acaban escapando algunas palabras, alguna frase, algún apellido, alguna fecha. A estas primeras pesquisas he añadido enseguida lo que decían de ella mi padre y mi tío Henri, sobre todo este último. ¿Por qué razón me habla de ella este viejo diablo? No lo sé muy bien. ¿Será que hablar de ella le produce un placer que sólo puede satisfacer con su sobrina preferida, demasiado joven y demasiado poco experimentada para preguntarse sobre los motivos de su interés por esa criatura tan seductora? ¿O quizá piense que a través de lo que me dice de Mathilde, me instruye sobre cómo es en realidad la vida cuando se deja de ver a través de las gafas azules o rosas de la urbanidad pueril y honesta? Seguramente por las dos cosas. El hecho es que, nada más echar el anzuelo, ha picado el pez.

Mathilde tiene treinta y cuatro años. No treinta y cuatro años y «pico» como oí decir bastante groseramente a la señora de V., la esposa del dueño de las pastas V., a propósito de una de nuestras amigas, sino treinta y cuatro cumplidos en marzo de este año. Me he enterado de que es pariente nuestra: mi abuelo por parte paterna, el señor de S., al que apenas conocí, y su padre eran primos hermanos. Cuando nació Mathilde, hija de un segundo matrimonio, su padre ya no era un hombre joven. El tío Henri dice de él que era bastante *tarambana*, lo que no le impedía sentir una gran adoración por su última hija. Murió, seguramente de agotamiento, en los últimos años del Imperio, cuando Mathilde apenas tenía trece años. Por entonces, su madre era todavía joven, creo que tenía la misma edad que Mathilde ahora, y los desgraciados acontecimientos de la época le permitieron gozar de una libertad de la que parece ser que se aprovechó con muy poca discreción; pasando de una relación a otra casi ante los ojos de la propia Mathilde, de la que se negó categóricamente a separarse cuando la familia de su

marido y la suya la presionaron para que la encerrara en un internado del tipo de la Inmaculada Concepción, por lo menos hasta que encontrara un padrastro.

Mathilde adoraba a su madre. Aquí, en su habitación, tiene un retrato de ella, un dibujo hecho a lápiz de cuando debía de tener veinticinco años; parece ser que nunca se separa de este retrato, ni siquiera mientras pasa las vacaciones en Uzès o en nuestra casa. Me gustaría que mi madre tuviera también esa cálida dulzura en la mirada y ese gesto de abandono en la boca que muestra el retrato.

Pasaron los años y Mathilde creció en edad pero no en sensatez. Su madre llevaba una vida cada vez más disipada, pasando de una pasión a otra, sin decidirse ni a volver a casarse ni a llevar una existencia menos… relajada. El consejo de familia comenzó a preocuparse y decidió casar a Mathilde sin más tardanza. Por lo demás, debido a su deseo nada previsor de seguir viviendo en un lujo muy por encima de sus posibilidades, su madre malgastaba el patrimonio.

Por lo cual no podían mostrarse demasiado exigentes con el futuro marido. Se presentó uno, más bien pasado que futuro (esto lo tengo que copiar en mi álbum), pero gracias a eso obtuvo la aprobación del consejo de familia, que, en realidad, no había visto con demasiados buenos ojos confiar a un bigote de moda la infancia de Mathilde y la juventud todavía un poco alocada de su madre. El conde de R. B. tenía cerca de cincuenta años, era viudo desde hacía diez, había situado honrosamente a sus hijos, y, aunque hacía sus calaveradas, no llegaba a sobrepasar los límites de la discreción.

Así pues, el matrimonio se celebró en los agitados años posteriores a la guerra, en 1872 o en 1873, sin que Mathilde ni su madre manifestaran otra cosa que satisfacción, la primera porque ahora tendría «su» casa, «sus» criados y «su» coche de caballos, y la segunda porque sabía que su hija tenía asegurado un porvenir más que honorable al lado de un hombre al que ella conocía y apreciaba en su justo valor, y que les permitiría seguir llevando el tipo de vida al que estaban acostumbradas.

¿Cómo fueron los primeros años de ese matrimonio tan dispar? No lo sé. El tío Henri alude de forma vaga a la incompatibilidad de caracteres para explicar que Mathilde y el señor de R. B. se separaran hace ya diez años, el primero para vivir durante todo el año en Bruselas, donde tenía grandes intereses y seguramente alguna pasión de anciano, y la segunda para llevar una existencia más a su medida y a su gusto en un bonito primer piso de la calle Montaigne.

Durante los primeros tiempos de su separación de hecho, el señor de R. B. iba dos veces al año a ese piso para recibir del brazo de Mathilde a sus familiares y, de ese modo, guardar las apariencias. Hoy es demasiado mayor para trasladarse tan sólo a causa de la opinión pública, que claramente ha tomado partido por Mathilde, que no está ni casada ni viuda y, mientras tanto, no pide ni debe nada a nadie.

Aquí se acaba este cuaderno mundano. A través de estas líneas entreveo muchas explicaciones sobre los sentimientos que Mathilde inspira y encuentro muchas razones para encariñarme con ella. Pero, de todas formas, esto sólo es una descripción superficial.

Lunes, 23 de julio

El grupo «boulangerista» ha vuelto este mediodía, arracimados (incluida Mathilde) en tres vehículos y con los rostros un poco descompuestos, pues aunque ya se conoce el resultado de las elecciones, no se ha hecho todavía oficial. Pero eso no cambia en nada las cosas: ¡el general ha sido totalmente derrotado por el republicano! Las cifras son tan aplastantes que en la mesa ni siquiera se discute sobre ellas. M. N., el republicano, que por lo que he entendido parece ser un hombre digno de estima, ha conseguido casi más del doble de votos que el general Boulanger. ¡Qué asunto más feo!

Los prudentes se vanaglorian modestamente con la cancioncilla que dice:

¡Ah! No tenía, no tenía

que haber ido.
¡Ah! No tenía, no tenía
que ir.

Mi padre la canturreaba al levantarse de la mesa, y se la he hecho repetir para acordarme. Pero, al menos para las mujeres y los señores menos convencidos, el placer de la escapada ha sido mayor que el desengaño sufrido por el resultado.

Ayer por la tarde volví al viejo granero y estuve allí durante un largo rato soñando, sin que esta vez me molestaran vagabundos con mal de amores. Pensándolo bien, soy yo la que tengo mal de amores. ¿Tengo que confesarlo? ¿Se me habrá subido a la cabeza el olor del viejo heno? Creo que más bien han sido los recuerdos de mi hermano, de Emmeline sentada a horcajadas encima de Gonzague, del caballo, que me imaginaba que estaba allí, a unos pasos de mí… El caso es que me he masturbado con un placer inmenso. Me he mojado mucho y mis dedos tenían un olor animal. Creo que, sin darme cuenta, sólo he ido allí para eso. ¿Tendría que cantar yo también la canción?

Martes, 24 de julio

Parece ser que, siempre que una mujer quiere algo, al final lo consigue. Sobre todo si el diablo interviene. En dos palabras (pues tengo que bajar a cenar), ya lo he hecho. No sé si después, antes de dormirme, tendré tiempo para escribir el relato del acontecimiento… Sí, creo que sí, diré que tengo mucha jaqueca o que tengo que copiar las cuentas de estos últimos días en el cuaderno. Así que hasta muy pronto, diario.

El mismo día por la noche

Según cómo se mire, lo que ha pasado hoy puede ser un crimen o un juego. Sería un crimen si Jousè fuera mi hermano, un primo, o incluso uno de mis pretendientes, como por ejemplo Géraud de R. B., es decir, alguien de nuestro mundo. Pero como sólo es un campesinito al que resulta agradable acariciar, se trata de un juego.

Por lo demás, como nuestro primer cuarto de hora de clase ha sido muy tranquilo, comienzo a bostezar. ¡Vamos, hija mía, un poco de descaro! Cierro bruscamente su libro y su cuaderno, y me lanzo a la ofensiva acariciándole el pelo:

—Dime Jousè, siendo un chico tan guapo todas las muchachas de la región te harán la corte, ¿no es cierto?

Se ríe, no demasiado apurado, y protesta débilmente. Yo insisto:

—En cualquier caso, se te ve muy a menudo detrás de Anaïs. ¿Qué tiene de especial esa fresca para que todos los mozos de aquí vayan tras ella como las moscas detrás de la miel?

Silencio, balbuceos. Jousè se pregunta adonde quiero ir a parar y qué debe confesar. De todas formas, pregunta a pregunta, sonrisa a sonrisa, se presta al juego y me explica con una risa ahogada que «la gran Anaïs se deja mirar por

todos los chicos que se lo piden y no lleva pololos, señorita, y, y…».

Algo de eso me imaginaba. En un pueblo siempre hay alguna joven que da que hablar y no le importa. En el nuestro es Anaïs Gratedou, una obrera de la seda de Remoulins que duerme en la fábrica (parece ser que en esa fábrica se organizan buenos escándalos), y vuelve a la región cuando no hay trabajo. La ponen verde, pero ¿y qué?, no se va a poner verde sólo a las ricas. Pasemos a los detalles.

—¿Se deja mirar? ¿Y qué se deja mirar? ¿Sus muslitos de pollo? ¿Y tú?, ¿la has visto?

—Pues sí, señorita, cuando estamos tan tranquilos en la Combeauleu, de pronto se sube las faldas hasta la cintura y se le ve todo.

—¿Todo? Tu Anaïs no tiene ninguna vergüenza.

Después, tras un silencio, y como si se me acabara de ocurrir, le pregunto:

—Pero ¿tú no le enseñas nunca nada a la Anaïs esta? Eso no sería justo.

Se mueve inquieto y se sonroja de nuevo.

—A veces también, señorita. A la Anaïs le divierte verme la colita, dice que parezco un niño Jesús y se burla de mí.

Vamos por buen camino. Acerco mi silla a la suya y me decido, por debajo de la mesa, a pasarle mi mano derecha por el pantalón buscándole el bulto y, al mismo tiempo, le digo:

—¡Qué tonta es! Si me la enseñaras a mí, seguro que no me burlaría. ¡Estoy segura de que eres todo un hombre, Jousè! Además, yo nunca he visto ninguna…

Es mentira. Nunca he tocado ninguna, aunque me apetezca mucho, ¡pero sí que las he visto y seguramente mucho más grandes que la suya! Pero diría cualquier cosa con tal de convencerle. Por otra parte, no me ha resultado muy difícil. Mi buen hombre ya no es tan tonto y, puesto que la señorita del castillo quiere «verla», ¿por qué negarse? Mientras le acaricio el bulto, se echa para atrás y me deja que comience a desabrocharle los botones de la bragueta, pero lo hago con tanta torpeza que tiene que ayudarme.

¡Cucú, soy el lobo! De sus calzones ha salido una colita muy respetable: es larga como un portaplumas, gruesa como una vela de diez perras chicas, muy rosa y más bien blanda, pero ya empieza a levantar la cabeza. Y ahí estamos los dos, mirando la vela como si esperáramos que fuera a ponerse gruesa por un milagro. ¡Adelante, hija mía, no hay que desanimarse!

YO: ¡Jousè, eres todo un hombre! ¡Acércate, bobo, no te la voy a comer! Y dime, seguramente habrás dejado a Anaïs que te la toque…

ÉL (*vehemente*): ¡Oh! ¡No, señorita! ¡Me daría mucha vergüenza!

YO: No se la vuelvas a enseñar a ninguna chica mientras esté yo aquí, déjame tocarla y te recompensaré. *Es?*
d'accordi

En pocas palabras, me acerco a él, se la cojo con la mano y parece que se le pone todavía más gorda. Le saco de los calzoncillos el complemento del juguete, una pelota cubierta de pelos negros y rizados, y después hago surgir un extremo rosa de la zanahoria: es la cabeza de la marioneta; exploro, descubro y me divierto como me lo había prometido a mí misma, aunque con un poco más de emoción. ¡Ya no tengo trece años, esa edad en que muchas niñas hacen lo mismo sin ninguna mala intención!

Se deja hacer sin decir palabra, poniéndome castamente la mano en el hombro, y enseguida siento que el colgante se hincha, se anima, se endurece dentro de mi mano. No es posible, Dios mío, la magia surte efecto. Ya lo he descubierto: hay que mover la mano a lo largo, apretándola bien, cada vez más rápido y con más fuerza, y con la otra hay que manejar suavemente el ovillito. Gracias a eso, mi gallito crispa las manos en mis hombros, levanta la cresta… Presiento que todo esto va a acabar mal. Detengámonos un instante para contemplar nuestra obra: esta vez está derecha como una I, recia y rolliza. No me canso de mirarla. Está más rojo que nunca (Jousè, entiéndame; pero el resto no lo está menos que sus mejillas), pero es de excitación, se retuerce, se crispa y

lanza profundos suspiros, como si no comprendiera lo que le está ocurriendo. ¡Venga, hombre, si es lo mismo que el otro día estaba haciendo a solas en su habitación!

Le ha salido (es un descubrimiento) una especie de pis suave y grasiento gracias al cual mi mano se desliza mejor. Siento su colita (¿colita?) más rígida y caliente. Él balbucea:

—*Ouh là là… Vaï:*
Coum'ès
bon! Anas, anas, mamizèlo… Ouh… Descargui…
M'en
descargui[31]…

Comprendo que va a descargar y bajo la cabeza para ver la cosa más de cerca. Y fruch… fruch… ¡ya está! Veo saltar un escupitajo grasiento y blancuzco y después otro, y después el líquido sigue saliendo un poco más mientras Jousè lanza un enorme suspiro. ¡Ay, Dios mío, se me va a manchar el vestido! En cualquier caso tengo la mano empapada y no sé con qué secarme. Lo olfateo, lo huelo: nada especial, es un olor un poco soso. Acerco la lengua, chupo un poco lo que tengo en la mano: nada especial. Parece la clara de un huevo pasado por agua.

En definitiva, me sorprende estar tan poco emocionada; mucho menos que mi alumno; el tonto de él se seca los ojos lloriqueando y me pide «Perdón, perdón» con una voz de niño a quien acaban de sorprender cogiendo el tarro de la mermelada. ¿Perdón por qué, tonto? Quería hacerlo y ya lo he hecho.

Ahora sólo nos queda secarnos por turno con un extremo de la toalla. No, no me ha caído nada encima del vestido, ni siquiera en el tapiz de la mesa; sólo en su pantalón, en mi mano y en el suelo. Ya sólo me resta tranquilizarle («No, no, Jousè, ¡no has hecho nada malo! ¡Pues claro que tienes que volver el jueves!») y tumbarme durante un cuarto de hora para recuperarme. Pues bien, diario, yo te pregunto: ¿acaso es esto un crimen?

Miércoles, 25 de julio

Hoy es el día del Apóstol Santiago. El Mayor, aclara papá, pues le atañe directamente. Por supuesto hay misa, doble de segunda clase, especifica mi libro de horas, pero asisto a ella y participo con fervor. ¡Porque yo quiero mucho a mi papá, a mi loco y encantador papá, a mi papá, a mi maravilloso compañero! El día de su santo yo me encargo de todo: de las flores, de la tarta, de la carta, en la que le digo lo mejor que puedo todo lo que él significa para mí, y del regalo: este año tendrá dos, pues casi soy rica gracias a mis sisas y a unos envíos de cincuenta francos por aquí y de cien francos por allá de tía Lydie.

Es verdad que el primero de los regalos no me ha costado nada: es un retrato a tres tintas que le he hecho a escondidas, sin que por supuesto haya tenido que posar, pues lo he dibujado basándome en los croquis que le he ido haciendo a lo largo de estos días, y en el que he trabajado mucho para intentar captar ese «algo» en el que me reconozco como hija suya.

El segundo regalo es un alfiler de corbata, un diamante muy sencillo (¡por el que, sin embargo, he pagado más de seiscientos francos!), engarzado en una garra de águila, la misma que figura en nuestro escudo de armas y que recuerda que, desde hace seis siglos, somos barones o baronesas de Serres-Monvy[32]. Estaba tan emocionado por mis atenciones que ha estado a punto de que se le saltaran las lágrimas, y yo no lo estaba menos.

Su speech en el momento de los postres ha sido perfecto. No ha dicho una sola palabra acerca del general Boulanger, ni de la República ni de la disputa de los príncipes. ¡Qué prudente! Pero ha hecho sonreír a todo el mundo describiendo la Francia del próximo siglo (tan cercana), surcada por *automóviles* movidos con vapor o con el petróleo de nuestras lámparas, y que producirán detonaciones, levantarán nubes de polvo y provocarán espanto y admiración. ¡También ha hablado de unos *aeróstatos* dirigibles con motor eléctrico y de unos aeroplanos más pesados que el aire y de no sé cuántas cosas más que surcarán el cielo! No detendremos la marcha del progreso, concluye, ¡y

nuestros hijos vivirán en una época que no podemos ni siquiera imaginar! ¡Dios mío! ¿Y por qué no? ¡El mundo cambia tan rápidamente!

Si esta mañana tuviera tiempo, me preguntaría (en este cuaderno) cómo puedo arreglármelas tan fácilmente teniendo tantas contradicciones: no sé cómo puedo querer tanto a mi padre y no querer nada a mi madre, y no hacer caso ni al uno ni al otro en la forma de llevar mi vida. Por un lado me tomo muy en serio mis pequeñas aventuras, como, por ejemplo, la de ayer. Las calculo, las organizo y, después, hago desaparecer la más ligera huella que pueda poner a alguien en guardia. ¡Pero por otro lado cometo la locura de escribir este diario! Es verdad que, para encontrarlo, tendrían que poner mi habitación patas arriba cuando yo no estuviera. Pero ¿qué pasaría si me sintiera indispuesta mientras lo escribo o antes de haberlo escondido? ¿Y si mi madre decidiera trasladarme de habitación? Después de todo, yo descubrí el álbum de estampas del tío Henri sin haberlo buscado, lo cual no es de extrañar.

Ni Emmeline, ni Jousè me traicionarán, ni siquiera por imprudencia. Saben muy bien lo mucho que perderían si, con sus palabras, dejaran suponer a alguien, incluso muy *indirectamente*, que la señorita de S. no es el cisne blanco que todo el mundo se piensa, y si dieran pie a que la gente pensara que ellos, ella o él, tienen algo que ver en estos deslices. ¡Pero hace falta tan poco para poner en marcha el mecanismo de la sospecha! ¡Bah! Quien no arriesga no gana. La vida no es tan… [*Faltan cinco páginas*]… también! ¡Es tan divertido esa especie de aparato que escupe un chorrito y les hace ponerse rígidos como si tuvieran el baile de San Vito!

El problema es que a esas horas no estamos solos en el castillo, por lo menos hoy. Y como el otro día pensé que hacía bien en pedir a mi madre que viniera a comprobar de vez en cuando los progresos de mi alumno, me mantengo alerta.

Y, además, por algo soy hija de Eva. Una vez que la clase ha terminado, le dejo esforzarse durante un cuarto de hora en hacerme comprender sin palabras que está dispuesto a repetir

su hazaña del martes. ¡Eso espero! Pero yo no estoy dispuesta y, además, no estoy a sus órdenes. En realidad, me gustaría que comprendiera que en este momento tengo ganas de que me acaricie y me chupe; pero estoy segura de que su ciencia no le da para tanto.

Nos quedaremos en este malentendido de mudos. Acaba de irse de la habitación, pero, a fin de cuentas, mañana también tenemos clase.

Sábado, 28 de julio

¡Jamás había trabajado tanto! No paro ni un momento, estoy en todas partes a la vez y, además, consigo escribirlo. Puedo decirlo sin falsa modestia: gracias a mí, la fiesta de papá ha sido todo un éxito. Todos se han quedado extasiados ante los menús que he escrito y decorado, y ante el propio menú: ¡melón de Cantaloup con vino de oporto, tortilla con crestas de gallo, pata de cordero asado al natural (¡no quería arriesgarme a hacer una receta complicada y estropear la pata de cordero!), con estáquides del Japón fritos (el tío Henri ha apreciado la intención), ensalada a la Ronsard y Carlota de frambuesa! Por supuesto, el padre Dioudonnat y el padre Carassus estaban invitados. El primero ha dicho que era una «cocina de ángeles» y el segundo se ha dignado sonreír mientras se atiborraba.

Me han hecho muchos cumplidos acerca de mi saludable aspecto (¡he comido como un ogro y de todo lo mejor que había!), de mi amabilidad, de mi inteligencia… Detengámonos aquí, pues no hace falta que siga. Yo misma,

cuando me examino, no veo
ni hallo nada de lo que
entristecerme…

Emmeline y Mathilde, cada una por su lado, me prodigan todo tipo de gestos amorosos, esbozos de caricias y miradas lánguidas. ¿Sospecharán algo…? Antes o después acabarán descubriéndolo. Por suerte, no creo que ni la una ni la otra

sean celosas por temperamento: me quieren, les gusta hacerme arrumacos embriagadores, pero prefieren a los hombres. Sé que con Emmeline es así, no para de decirlo. En cuanto a Mathilde, todavía es demasiado pronto para opinar. Me ha confesado que me deseaba desde nuestro primer encuentro en París, en el mes de abril (apenas lo recuerdo) y que se había prometido a sí misma seducirme este verano. No tengo ninguna experiencia en estas cosas, pero a juzgar por mí misma, me parece que no tiene por qué elegir entre las mujeres y los hombres. La prueba está en que a mí gozar con las primeras no me impide desear a los segundos, sino al contrario…

El mismo día por la noche

El cielo es testigo de que yo sólo tenía castas intenciones cuando acepté dar clase a Jousè. Era una forma de dejar de aburrirme sin por ello rebajarme, pues por muy noble que se sea, y pertenezcamos a

una estirpe
que puede considerarse noble con
toda la razón,

estamos más cerca de ellos que de algunos burgueses enriquecidos con el azúcar, como el gordo de L., o con el canal de Panamá, como un buen número de nuevos barones con apellidos impronunciables, o con los vinos para el aperitivo, como los N. P. que tienen hartos a todo París, pues no paran de hablar de sus «once criados». Nosotros seremos pobres al lado de los duques del «Caldo grasiento» o de los «Pies-Mojados» (¡hay que oír a papá cuando utiliza su vengativo sentido del humor contra ellos!), pero al menos sabemos quiénes somos y de dónde venimos.

Incluso nuestra gente, Félicie, Julien, Charles, Emmeline y Françoise son superiores a ellos en un aspecto: el de trabajar para una familia noble. Por eso no creo que sea peor utilizar a Jousè para satisfacer mis deseos de tocar y masturbar una

cola de hombre (Mathilde me ha dicho que se utiliza la misma palabra para nosotros que para ellos), o a Emmeline para que me chupe, que pedirles, a uno que vaya a recoger un cesto de fruta al huerto y a la otra que estreche los pliegues de uno de mis vestidos.

En cuanto al primero, me ha parecido que con una semanita de aprendizaje bastará. ¡Sí, con eso bastará! Con esto ocurre lo mismo que con los bailes: una espera febrilmente el día de su primer baile durante tres meses y, nada más probarlo, querría volver todas las noches. Desde el martes, me sorprendo a mí misma mientras paseo, en el salón y por supuesto en mi habitación, moviendo mi mano en el vacío, de delante a atrás, formando un círculo con ella como si sujetara la cola de mi alumno; «masturbando» el cuello de las botellas, el rodillo de cocina, las columnas de mi cama y cualquier cosa que se me ponga por delante; en resumen, comportándome como una auténtica posesa.

Ayer, como ya no aguantaba más, nada más abrir el cuaderno y el libro me decidí a acercar mi silla a la suya, a pasarle mi mano por los muslos sin dejar de explicarle vete a saber qué, y finalmente a deslizar la mano por su bragueta. El canalla se mueve menos que una liebre atrapada en su madriguera, y continúa con su página de caligrafía como si no pasara nada. De hecho, no estaba muy grande, y tuve que manipularla durante un rato para conseguir que se le pusiera un poco más firme. No deja de sorprenderme ese gran pulgar sin hueso que se alarga, se redondea y se endurece al mismo tiempo.

Se lo saco todo, sin mirar y sin dejar de explicarle que, para que las «ees» mudas «hablen», hay que ponerles un acento agudo, grave o circunflejo. Mi teatro de marionetas se halla oculto debajo del tapete de la mesa, que tiene mucha caída; mi mano se mueve con firmeza, bajando, subiendo, haciendo rodar la caperuza bajo mis dedos.

En esos momentos me doy cuenta de muchos detalles útiles. Como, por ejemplo, que no hay que llegar hasta la punta de una sola vez —es un ejercicio demasiado cansado para la manita de una jovencita—, sino que hay que

arreglárselas para hacer una o dos pausas. Y también que mi maniquí se empalma todavía más si me detengo un instante para dejar descansar mi brazo; empalmar, nunca mejor dicho, porque se yergue de verdad como una palmera del jardín.

¡Lo que hace la experiencia! Además, llevo a la práctica lo que mi madre me repite con acritud constantemente: «Cuando se hacen las cosas, se hacen bien, hijita mía». Así que, puesta a hacer que los chicos se empalmen y se corran, y ya que me gusta, hagámoslo bien.

Sólo es cuestión de cogerle el truco. Debe hacerse con guante de seda pero con mano firme, como para llevar un caballo; el movimiento tiene que ser regular y suave, *decelerando* y *rinforzando* hacia el final. Un poquito de leche para el cutis en la palma de la mano culpable debería ayudar al deslizamiento. Lo tendremos en cuenta para la próxima vez.

En cuanto a esta vez, como me parecía que todo el mundo dormía en el castillo, no me he podido resistir al deseo de ver cómo el aparato lanza el chorro. Me he levantado sin soltar el asunto, y he hecho levantarse a Jousé separando nuestras sillas. La polla de mi mimoso está gruesa y rígida, así que con tan sólo tres movimientos de la mano hago surgir el fuego de artificio… psschchutt… psschuut… psschh, dos grandes escupitajos y el líquido continúa saliendo con bastante fuerza durante un rato sobre mi mano.

El primer chorro ha llegado hasta el cuaderno de caligrafía, el segundo, hasta el tapiz. Como mi mano se desliza sola por su cola llena de esa cosa grasienta, vuelvo a repetir instintivamente la operación, y ahí le tienen empalmándose de nuevo y soltando una vez más un fuerte chorro que llega hasta casi un metro más allá por encima de la mesa. Tengo ganas de decirle: ¡Jesús!, como se dice a alguien cuando estornuda. Como exclaman un poco vulgarmente las amigas de mamá cuando hablan de teatro, ¡el último chorro fue el remate de la velada!

Lunes, 30 de julio

Ayer se produjo una especie de pequeña revolución en el castillo: la juventud empuñó el estandarte de la rebelión.

Louis-Armand, Valérie, Géraud de R. B., Pierre-Félix L., Mathilde y yo misma decidimos *fumarnos* (es la palabra que utilizó Louis-Armand) el ritual de la ceremoniosa comida del domingo para hacer un *picnic* al aire libre, en el Bosque de las Mujeres. Para embalar los manteles, preparar las cestas, mantener las botellas al fresco, servirnos, y también para que participaran en la fiesta, nos llevamos a Emmeline y a Jousè. Para guardar las formas y la respetabilidad, al tío Henri (¡no os riáis!), feliz como un colegial a quien se le da un día de fiesta que no esperaba. Y, para llevarnos hasta allí, el ocho-resortes, conducido por el mariscal de *logis* Norbert y el *buggy*, conducido por Louis-Armand. El tío montará a *Pébrado*, pues no le da miedo. De menú, llevamos jamón de York con gelatina, salchichón de Arles, patés, galantina de gallo de brezal con trufas y pasteles; vino de Frontignan y, ¡qué locura!, un vaso de champán Dumeny para cada una y cada uno. Todo preparado medio en secreto desde hace una semana bajo mis órdenes y comprado con los pequeños ahorros que, como pago a mis responsabilidades, vengo haciendo desde hace un mes. ¡Como se puede ver, no nos faltó de nada!

La regente protestó mucho por esta infracción de las costumbres dominicales; pero como Valérie, Mathilde y el tío también querían ir, conseguimos acallar su protesta con nuestro entusiasmo. El caso es que nunca había hecho una escapada tan agradable.

A fin de cuentas, todos nos comportamos alegremente y de un modo irreprochable. Sin embargo, los coqueteos no se hicieron esperar: el tío Henri con Mathilde, ante la mirada más bien divertida de Norbert y ante el visible placer de ella, que acogía con algo más que complacencia las galanterías de ese *viejo verde* consagrado en cuerpo y alma al amor.

Soy injusta con el tío Henri: quizá sólo sea unos quince años mayor que Mathilde y, además, no veo que le falte casi ninguna cualidad. Seguramente se adaptaría muy bien a esa parte un poco *bohemia* de Mathilde, ¡a la que, además,

añadiría la suya! ¡Un matrimonio bohemio en nuestra familia! ¡Me río por adelantado al verles hacerse arrumacos!

También se produjo un coqueteo, pero que ya rozaba los límites del decoro, entre mi hermano y Emmeline. Con el pretexto de ofrecerle su ayuda para llevar las cestas de las botellas, le hace bromas, la roza, la mira con ojos ardientes. Y la desvergonzada se presta encantada. Yo la he mirado con ojos furibundos para prohibirle que se dejara pervertir por mi hermano, y mucho menos aún que le pervirtiera. Y, finalmente, el coqueteo entre mis dos pretendientes y yo. Opto por exagerar el papel de anfitriona de esta comida campestre —que me corresponde por derecho— yendo del uno al otro, y repartiéndome tanto y de tal forma entre todos que ni Géraud ni Pierre-Félix podrán decir y ni siquiera imaginar que tengo preferencia por alguno de ellos. ¡Uf!

En cuanto a la vuelta, hemos acordado que yo me iría en el *buggy* antes que *el alegre grupo* para poder llegar al castillo a una hora razonable y volver a asumir mis tareas de hija de la casa. Ante mi sorpresa, Mathilde se inventa enseguida diez excusas extravagantes para que vuelva sola con nuestro suboficial, bajo su égida y responsabilidad, de ese modo —dice— Norbert podría volver a traer el *buggy* al lugar del *picnic* antes de que anocheciera y recogerles a Jousè y a ella. El arreglo ni me gusta ni me disgusta: me atrae y me intimida. Pero ¡que sea lo que Dios quiera!

Así pues, aquí nos tienen en camino y a buen trote, él muy feliz, en su papel de militar de permiso, y yo un poco afectada, como debe estarlo una joven preocupada por mantener las distancias y el equilibrio en el asiento traqueteante del cabriolé. Me contaba con gracia, y yo le escuchaba encantada, cómo el mismo general le había puesto al servicio de la señora de Uzès durante esas semanas, servicio que él apreciaba mucho más que el del cuartel. Me dice con cierta emoción lo que supone para él, un parisiense, suboficial de ordenanza del general, y que hasta entonces nunca había ido más allá de Rambouillet, haber descubierto mi Provenza; incluso me pregunta con familiaridad sobre mis vacaciones, sobre mí, sobre el castillo. En pocas palabras, no

me estaba aburriendo nada y he visto aparecer la granjita de Mautourné, que está a medio camino entre Uzès y C. con un poco de melancolía.

Nuestro pequeño ruano tenía mucho calor. En la subida de Auberzan, que no es muy empinada pero sí muy larga, se puso al paso. Propuse a mi húsar que nos bajáramos para aligerar al pobre animal y por el gusto de poder caminar por la hierba del margen del camino.

—Pero se va a torcer un tobillo, señorita.

—Me dará usted el brazo.

—La cuesta es larga. Se cansará mucho.

—¿Usted cree? Tengo el aspecto de un pajarito, pero no hay que fiarse de las apariencias.

—De un pajarito no, digamos más bien de una alondra. Su voz…

—¡Qué galantería más sosa! No le guardo rencor por ello, pero concédame este capricho. Por otra parte, su caballo no puede más.

Mi compañero de camino sonríe, salta al suelo, me tiende la mano, anuda las riendas y dice a *Marqués*:

—Vamos, bonito mío, despacio, muy despacio…

Y después a mí:

—Tiene usted razón, Alondra. A *Marqués* no le gusta el sol y le he hecho trabajar demasiado esta mañana. Pero se me ocurre una idea: hacia la mitad de la cuesta, tomaremos el camino del Bosque de los Templarios. Aunque no es demasiado bueno y creo que supone media legua más, el *buggy* irá bien y nosotros estaremos a la sombra y al fresco. ¿Qué opina usted?

Yo no opinaba nada. La escapada por el bosque me encantaba. Pero ¿cómo confesarlo sin pasar por una inocente… o por una joven demasiado experimentada?

—Supongo que no se pueden discutir las órdenes de un mariscal…

—Ahora es usted quien me halaga. No soy más que un mariscal de *logis*, y el muy indigno vasallo de la señorita de S.

—De *logis* o de lo que sea, no deja usted de ser un mariscal. A su edad, no espero que sea mariscal de Francia,

pero no se desanime.

Y ahí nos tienen a los dos en medio de un ataque de risa como si fuéramos dos colegiales. Estoy encantada de haber hecho una broma tan ingeniosa, y él, de tener una interlocutora que está tan al tanto del tema militar. Aunque hubiera sido el ayudante de campo de mi tío abuelo el coronel, mi ferviente admirador también me habría gustado. No es fatuo, pesado ni feo; no le faltan ni inteligencia ni encanto; le sienta muy bien el uniforme; con una charretera y un apellido noble, aunque fuera poco importante, e incluso sin fortuna, sería un pretendiente muy aceptable para mí, pues tengo nobleza y fortuna para los dos. Bah, no soñemos y tomémosle tal como es.

A un tercio de la subida comenzaba, apenas visible, el Camino de los Templarios, una bóveda de sombra fresca y perfumada. Introdujimos a *Marqués* en el camino mientras hablábamos de sus perspectivas de ascenso: ¡las de mi húsar, por supuesto, no las del caballo!

—¿Y por qué no? Teniente, coronel, mariscal, eso está hecho. Pues, al fin y al cabo, todos los militares tienen un bastón que puede convertirse en bastón de mando.

—Pero hace falta sacarlo, Alondra —replica él con una sonrisa malévola que no comprendo, pero que me deja un poco confusa.

Entonces se produce un silencio bastante largo del que salgo con una pirueta:

—No me llame usted Alondra, señor mariscal de *logis* Norbert Destouches. No soy de esas a las que se despluma. Mis amigos me llaman Agnelle o Belagnou, y a partir de ahora usted forma parte de ellos.

¡Tocado! Enrojece, pierde su desenvoltura un poco ficticia y murmura:

—Gracias, Belagnou…

Se produce un nuevo silencio, pero ya no resulta tirante, sino lleno de emoción. Cómo me gusta, Dios mío, ¡cómo me gusta…! Perdería la cabeza y ahora comprendo que tantas otras la pierdan en situaciones como ésta. Pero, pero, es *tan* imposible.

Mientras tanto, seguimos avanzando por la cálida arena del sendero. Detrás de nosotros, *Marqués* retoza resoplando de alegría.

—Si usted me lo permite, señorita… Perdón, Belagnou, voy a dejar a *Marqués* descansar un poco y comer dos o tres hojas. Así aprovecharé para cepillarlo. Después de la parada, volverá a tomar el trote y, a fin de cuentas, ganaremos tiempo.

La parada me conviene bastante: corro el mismo peligro sentada cómodamente en el musgo, a la sombra de las encinas, que a pleno sol, en el asiento un poco duro del cabriolé.

—Hágalo, querido, hágalo. Parece ser que un buen caballero piensa en su caballo antes…

—¿De pensar en su amante? ¿No es así? Eso depende: un buen caballero piensa en su amante al ocuparse de su caballo, mientras que un mal caballero hace lo contrario.

—¡Eso es demasiado complicado para mí, señor Norbert!

—Mis amigas me llaman Norbert, señorita…

Vuelve a pasar un ángel. No quiero que la cosa se quede ahí y continúo:

—¿Y el caballo? ¿En quién piensa primero? ¿En su amo o… en su yegua favorita?

—¡Pero qué cosas tiene, Agnelle! Los caballos del Ejército no tienen una yegua favorita, cogen lo que se les da. En cuanto a *Marqués*, de todas formas…

—¿*Marqués*? ¿Qué tiene de especial?

¡Dios mío! ¡Me abofetearía a mí misma! El desgraciado está viviendo un auténtico suplicio. Para no soltar la carcajada delante de mis narices, se da la vuelta y se aleja para atar un poco más allá al dulce *Marqués*, principal causante de mi metedura de pata, a quien acaricia con una fuerte palmada en el cuello. Debe de estar diciéndose para sus adentros: «¡No, no es posible que sea tan ingenua!».

Me digo esto nada más hacer la pregunta, pero opto por reírme. Después de todo, si realmente fuera una ingenua no habría hablado de «yegua favorita» y, aparte de la torpeza final, no puedo quejarme de mis réplicas. Cuando vuelve

hacia mí, me dirige una sonrisa cómplice y una mueca que significa bastante claramente: «No nos equivoquemos el uno con el otro, valemos más que nuestras palabras».

Pero, como gato escaldado huye del agua fría, a partir de ese momento, me limito a decir banalidades de lo más prudentes sobre la viña (asolada por la filoxera), la siembra (que se anuncia muy buena), las columnas del antepatio oval (para las que no tiene suficientes palabras de admiración) y las construcciones del parque, que desgraciadamente amenazan ruina. Pero, de todas formas: ¿por qué tenía tanto empeño Mathilde en que volviéramos juntos?

Martes, 31 de julio

Esta mañana hemos recibido un lote de periódicos inhabitual: *La Gazette de Nimes*, por supuesto, y la *Gazette de France*, que lee mi madre, pero también *Le Petit Parisién* y *La Cocarde*, sin contar con un *Le Fígaro* e incluso con un *Gil Blas*; todo un montón de hojas añadido a nuestro querido *Gaulois*. Así pues, hay periódicos para todos los gustos y de todos los colores, incluso para el prudente tío Henri, que, dependiendo de con quién esté, grita: «¡Viva el rey! ¡Viva la Liga!».

Ha sido una amabilidad de uno de estos señores, que volvió a París hace unos diez días y quería hacernos saber que el general Boulanger, que se recupera de día en día, hizo el sábado pasado su primera aparición en público en el Bois de Boulogne. Todavía un poco pálido (dice *L'Intransigeant*, del que me había olvidado), pero sonriendo y saludando a los numerosos amigos que salieron a su encuentro, dio lentamente la vuelta al lago seguido de veinte coches y aplaudido por centenares de parisienses. Dice mi padre que ese éxito es una muestra de simpatía de la gente, pero no una victoria.

El mismo día por la noche

Me pregunto cuántas veces al día el aparato de un hombre puede ponerse duro y escupir. A Jousè, sé que por lo menos dos veces. Hoy, en cuanto ha llegado a clase lo hemos hecho una vez. Después, hace un momento, ha vuelto a mi habitación, cuando yo acababa de subir para volver a peinarme. Según él, ha subido a pedirme prestadas unas tijeras para su madre. Pues bien, ¡creo que ya estaba empalmado cuando ha llamado a la puerta! En cualquier caso, se ha atrevido por primera vez a desabrocharse la bragueta él mismo mientras me contaba la historia de las tijeras, y se la ha sacado diciéndome:

—¡Mire lo que me pasa, señorita Agnès! ¡Estoy otra vez totalmente dispuesto porque he estado pensando en usted! Si usted quisiera, ¡es tan agradable con su mano!

¡Qué audacia la suya! ¿Se creerá que a partir de ahora le bastará con enseñármela para que yo le complazca como si fuera una de esas hermanitas de la Caridad que cuando pasan junto a un enfermo le dan una palmadita en la mejilla? Eso es lo que digo ahora, pero en ese momento fue más fuerte que YO: no pude dejar de acercar la mano y aproximarme a él. Estaba como embrujada, incapaz de decir una palabra, de pensar en otra cosa que no fuera en ese irresistible deseo de tocarla, de rodearla con mi mano, de sentirla sobresaltarse y tensarse… ¡Señor mío Jesucristo! Me importa un bledo Jousè y basta que saque *eso* de sus calzones para que me comporte como si fuera mi amo… Y lo que es peor: cuando comenzaba a subir y bajar mi mano, me decía a mí misma que sería mil veces mejor sujetar la del burro. Pues si lo único que me interesa de un hombre es eso, lo mismo me da cogérsela a un burro o a un caballo…

No sé si es que lo hago mejor, o si es que por la noche él tiene más, el caso es que ha soltado bastante jugo en mi mano y en mi cama. ¡Casi había un charco!

Bueno, basta de decir tonterías por hoy. Son las siete y tengo que bajar.

Miércoles, 1 de agosto

Me despierto de pronto de un sueño tan confuso (no recuerdo haber tenido nunca sueños totalmente claros) y al mismo tiempo tan barroco que no puedo volver a dormirme. Casi es de día. Deben de ser las cinco.

Hace un día gris y yo camino por el campo hacia un bosque que distingo a lo lejos. Ando con dificultad entre las cañas y las altas hierbas, porque voy vestida con una especie de uniforme de soldado que me está demasiado grande, y sobre todo porque voy muy mal calzada: llevo botas altas, la del pie derecho me está demasiado ancha y la del pie izquierdo demasiado estrecha. Sé que tendría que cambiármelas de pie, y que entonces podría caminar más deprisa, pero no me atrevo a detenerme. Entonces voy cada vez más despacio y con más dificultad, y es horrible porque me sigue un hombre con un abrigo muy grande, o con una caja de peregrino, y un sombrero en forma de pan de azúcar: se acerca a mí amenazándome con una pistola.

Cuando está a punto de alcanzarme, me doy cuenta de que no peso casi nada y de que cada paso que doy se convierte en una especie de zancada de varios metros, ¡y que me muevo como un gran pájaro!

Después hay un agujero, una laguna, y me encuentro en un claro del bosque. Sigo vistiendo esa especie de dolmán, que me da demasiado calor y me roza la piel, pero ya no llevo ni botas ni… pantalón de uniforme. Me siento terriblemente incómoda porque voy medio desnuda por debajo, entonces me abrocho tontamente el dolmán para cubrirme al menos el cuello y me bajo las mangas para cubrirme las manos.

Hay unos hombres en el claro, parecen unos fantasmas; los intuyo pero no los veo, y no hacen ningún ruido. Me arrastran hacia un árbol que está aislado en medio del claro, un roble podado como el que figura en forma de palio en nuestro escudo de armas: el árbol es dos veces más grueso que yo, pero sólo un poco más alto que un poste, y apenas tiene algunas ramas. Los dos hombres, que me llevan cada uno de una mano, me obligan brutalmente a pegar la cara contra el árbol, al que me abrazo. Están delante de mí, pero

no los veo, y me atan las dos muñecas juntas dando varias vueltas a la cuerda y arrancándome la piel. Ahora estoy pegada al roble, la corteza me raspa los muslos y el vientre, pero me froto contra él y me resulta bastante agradable.

Durante ese tiempo, oigo que, por encima de mi cabeza, otros hombres están rompiendo las últimas ramas que le quedaban al árbol. Sé que el hombre de la pistola está ahora detrás de mí, sin dejar de empuñar su arma. No lo veo, pero lo sé. Y sé también que hay lobos en el bosque, y que se acercan a mí. Tengo un miedo horrible. Me retuerzo contra el árbol para intentar soltarme, pero lo único que consigo es que la cuerda se tense aún más. Entonces pienso que si pudiera pegarme completamente al árbol, entrar en él, estaría a salvo de los lobos y del hombre de la pistola. Pero no me es posible y me despierto.

El mismo día a las cinco

Mathilde y yo acabamos de pasar a solas dos deliciosas y provechosas horas. Como mujeres, puesto que tiene la indulgencia de considerarme como tal, y como amigas. Hemos estado muy tranquilas, pues mis padres y la mayoría de nuestros invitados se han ido a Nimes con un almuerzo frío. Mathilde ha rechazado la invitación alegando una jaqueca y yo he dicho que no tenía nada que hacer ni nadie a quien ver en Nimes, mientras que aquí no pararía de hacer cosas.

Le he dicho lo agradecida que le estaba por haberse hecho cómplice de mis descubrimientos, y lo mucho que la seguía necesitando. Ella me ha respondido que sólo ha sido el motivo de estos descubrimientos, pero que los llevaba en mí…

—Has nacido claramente para el placer, Agnès, del mismo modo que otros nacen para la música o para la guerra. Hace ya dos años que lo adiviné y esperaba que llegara el momento en que pudiera ayudar a conocerte. Las mujeres y los hombres que llevan dentro de sí esa inclinación fatal se

reconocen y se descubren muy rápidamente. Son tan poco numerosos… Oh, por supuesto, hay muchos hombres que siempre están más o menos al acecho de una aventura. *Mariposean* en torno a nosotras, quiero decir en torno a aquellas que les parecen accesibles, hablan mucho, nos dicen que están locos por nosotras en el primer baile y en realidad sólo desean una aventura.

»Pero si se la ofreciéramos en bandeja sería muy decepcionante para nosotras.

»Los otros, en cambio, son otra cosa. A menudo son más bien torpes, poco habladores, disimulados, poco coquetos. En resumen, nunca te los imaginarías como conquistadores, como donjuanes irresistibles. Pero de pronto, sorprendes en ellos un gesto, una mirada ardiente, que te desnuda, llega hasta el fondo de tu cuerpo, y te deja con las piernas flojas y a su merced.

»Pero a ellos les ocurre algo muy parecido con nosotras, ¿sabes? No sirve de nada ser guapa, espiritual, encantadora…

»Las que poseen eso, pero sólo eso, tienen éxitos, amantes por vanidad o por interés. Yo, querida Agnès, tengo hombres por placer, poco delicados, a veces *perversos* en el amor, como decimos entre nosotras. Pero éstos no te traicionan jamás, nunca cometen una imprudencia, nunca nos hacen dos veces el amor de la misma manera. Cada vez que se *jode* (así es como ellos denominan al amor, ya ves que no tiene mucho que ver con los sosos arrumacos de las novelas), ¡cada vez que se jode con ellos es como un primer encuentro! ¡Y los primeros encuentros de estos hombres con nosotras y de nosotras con ellos no se hacen esperar!

El hecho es que, al menos con Mathilde, las cosas han ido muy deprisa. Era la noche de la fiesta de papá y quizás habíamos bebido demasiado champán, por lo menos ella. Entró en bata en mi habitación cuando yo casi acababa de apagar la lámpara y, un momento más tarde, ya estaba en camisón dentro de mi cama cubriéndome de besos y diciéndome que desde hacía dos semanas tenía muchísimas ganas de tenerme entre sus brazos. Resumiendo, aquello fue un huracán de ternura y de caricias, y de palabras cada vez

más obscenas que ella me murmuraba al oído…

Hace un momento (es decir, ahora mismo), me ha dicho que es bastante fácil de adivinar que Emmeline y yo… Que mi doncella no es lo bastante prudente y que, si la despiden, es asunto suyo pero que debería ser más cuidadosa en consideración a mí. Y ha añadido que sospecha que se entrega al primero que llega a cambio de medio luis. Lo sé demasiado bien, por lo menos en lo que se refiere a Gonzague de A., ¡pero a Boniface no creo que le haga pagar sus favores!

Mathilde, que me ve enrojecida y soñadora mientras me cuenta los excesos de mi doncella, *me tira de la lengua*, y heme aquí contándole la aventura del viejo granero (que no le parece nada interesante) y la de Boniface. En cambio esta última le despierta mucha curiosidad y me hace repetir, imitar y representar la longitud y el grosor de «la de Boniface» tomando mi brazo como referencia. Intuyo por sus comentarios que no le parece conveniente que Emmeline se reserve tal prodigio, y que ella ya se ha… [*Faltan dos páginas*].

Jueves, 2 de agosto

Después de lo que ayer entreví y medio entendí, estoy dando más vueltas que nunca en mi pobre cabeza a las ideas que tenía sobre las cosas de la vida. ¿Es una suerte o una desgracia haber sido arrastrada de Emmeline a Jousè, de Jousè a Mathilde y me temo que algún día de Mathilde a Boniface o a Norbert? ¿Soy realmente un monstruo? ¿O seré *una exaltada*, como la señora de la T. F., de la que he oído decir que no se contenta con tener aventuras en cierto modo banales con los hombres de nuestro mundo, sino que por lo visto se siente enormemente atraída por los jóvenes portadores de telegramas, por los repartidores de ultramarinos, e incluso, parece ser, por un cochero de coche de punto? Y todo eso con el consentimiento de su marido, quien (pero se trata tan sólo de un rumor, de comentarios oídos a derecha e izquierda que no comprendo demasiado

bien) parece ser que saca provecho a la situación.

Está claro que ni Emmeline ni Mathilde, ni seguramente muchas otras, se limitan a mis juegos sáficos o infantiles. Y, sin embargo, no parecen temer la catástrofe que supondría para ellas el *gran inconveniente*, el deshonor de un niño. Incluso Emmeline, que es tan sólo una doncella, arruinaría su vida: su familia renegaría de ella, la echarían de todas partes y ya no podría casarse con un mozo de cuadra. En cuanto a lo que eso significaría para Mathilde, no puedo ni imaginármelo, pues, aunque sea libre y todo París sepa que vive separada de un marido incierto, sigue estando casada. Y para mí…

Sin embargo, cuando pienso en todo eso, no es quedarme embarazada lo que me da miedo. Lo veo como algo remoto, demasiado, ¿cómo diría?, quimérico, extravagante. Y además no soy tonta y he aprendido mucho en pocas semanas. Sé que para que eso ocurra es necesario que el hombre te meta su asunto en el vientre, como he visto que hacían el señor de A. y Boniface a Line, y que suelte dentro el jugo que le sale a Jousè cuando le masturbo, el «semen», como decía Gonzague.

Y, para meter el semen, el asunto tiene que entrar por delante. Por detrás no importa, no se tienen niños por eso. Entonces me quedaría embarazada (en mi diario es como si reflexionara en voz alta), me quedaría embarazada si un hombre al que amara de verdad, locamente, me pidiera que le dejara metérmela por delante y yo tuviera muchas ganas… Por suerte, por ahora no me apetece nada: me da miedo. Cuando intento meterme un poco el dedo, encuentro una especie de barrera y me hace mucho daño, ¡así que cómo sería si me metieran un chisme del grosor de mi muñeca! ¡Uf…! Tendrían que pasar por encima de mi cadáver.

Seguramente eso no hará daño siempre, es decir, cada vez. Al menos no se lo debe de hacer a Emmeline, ni a Mathilde, ni a Solange de Saint-P. quien, a mi edad, ya ha pasado, si no me fallan las cuentas, cien noches en los brazos de su marido y no parece que esté nada harta. ¡Las noches de las recién casadas no deben de ser tan horribles como nuestras madres y las monjas intentan hacernos creer!

Sea lo que sea, el miedo a que me duela, añadido al miedo a la catástrofe, hace que aún esté muy lejos el día en que me entregue a un hombre de esta manera. La mano, bueno; y quizás algún día, cuando sea más atrevida, incluso la boca u otra cosa. El resto, ¡no y no! Además, lo único que me gusta de verdad es ver y tocarles el asunto cuando están bien empalmados, y notar que van a lanzar el jugo. Por esto sí que sería capaz de cometer locuras.

A veces se me ocurren algunos desvaríos, como, por ejemplo, conocer un día a un hombre que la tuviera tan gruesa y tan larga como la del caballo del Bois de Boulogne, de forma que tendría que masturbarle con las dos manos hasta que me lanzara un buen chorro encima de las enaguas y de los pantalones de batista, que yo habría dejado encima de la cama, delante de él. O también quedarme desnuda enfrente de él para recibir todo el chorro en mis pechos y que se deslizara suavemente a lo largo de mi vientre. ¡Verdaderamente estoy para que me encierren!

Viernes, 3 de agosto

¡Qué día más memorable! *Dies albo notanda lapillo*[33]! Estoy todavía colorada de vergüenza, un poco dolorida y completamente encantada, y transcribo esta misma noche mis impresiones aún frescas, ¡y tengo mis razones para decir lo de frescas! Mi familia volverá tarde de Bagnols, donde están invitados a cenar en casa del arcipreste, de manera que todo el mundo se ha dispersado por aquí y por allá. Me he subido de la cocina un trozo de pastel de paté, una gran ala de pollo trufado y una garrafita de vino de Tavel, y he dado cuenta de este festín íntimo en un santiamén (estaba muerta de hambre), mientras recordaba las horas que acabo de vivir.

Esta mañana, me he debatido como un diablo, o, mejor dicho, como una diablesa, para no ir ni a Uzès ni a casa del arcipreste: mi vestido de falla estaba descolorido y no tenía nada que ponerme, no estaba Emmeline para peinarme, etcétera. Lo único que pedía era que me dejaran pasar

tranquilamente la tarde en casa cosiendo y leyendo.

Me he guardado mucho de decir que a Jousè no le había dado vacaciones, como hubiera debido hacer… Nada más quedarme sola, subo de excelente humor a mi habitación. Como hace mucho calor y, aunque me sienta un poco culpable, me doy el gusto de darme un baño de agua fría; después me pongo encima de la camisa un sencillo salto de cama de muselina inglesa y ya estoy vestida, ¡si es que a esto se le puede llamar estar vestida! Tras acabar de ensayar algunas posturas lánguidas delante del espejo y de arreglar la habitación «para dar clase», llega mi alumno, con su chaqueta de ratina debajo de un brazo y los cuadernos escolares debajo del otro, y tan bello como el ángel de la Anunciación. Cuando le veo así en el umbral, esperando educadamente a que le permita entrar, me muerdo los puños por mi mentira de por la mañana y sobre todo por mi extravagante vestimenta. ¿Y si mi señora madre, cansada o asaltada por una sospecha, volviera de improviso? ¡No!, ¡es imposible! Y, además, a lo hecho, pecho.

Hemos llegado a un pequeño acuerdo entre los dos. Primero trabajamos seriamente durante diez minutos. Después empezamos a juntar nuestras sillas, a lanzarnos miradas de reojo, y a dejar caer nuestras manos desocupadas, yo en su muslo y él en mi rodilla, pero sin atreverse a subirla.

Como soy mayor que él y además la señorita del castillo, me corresponde a mí ser más audaz. Froto con suavidad en el sitio adecuado y se hincha en un santiamén. Las primeras veces tuve que sacársela yo misma para poder masturbarlo. Pero el martes pasado probé a dejarle que tomara la iniciativa, para ver qué ocurría: acaricié su polla por encima del pantalón y, aunque ésta cada vez se hinchaba más, no hice nada más. Así que tuvo que decidirse a desabrocharse él mismo el pantalón para liberar el *objeto de mi pasión* y dejarme continuar la operación.

Ayer, decidida a ir más lejos, no satisfice su deseo y me contenté con dar vueltas a su alrededor durante el primer cuarto de hora de clase para que comprendiera que, además de mis manos, tenía muchas más cosas que ofrecerle. Pero no

creo que tenga ni idea de lo que podría hacer conmigo, aparte de magullarme el brazo o el muslo cuando está a punto de «irse», lo que en su lenguaje debe de querer decir «¡más rápido, más fuerte!».

Está muy bien querer algo de un hombre. Pero también hay que sabérselo pedir. A los hombres de verdad, a los que tienen experiencia con mujeres, basta con excitarles y dejarles hacer, pero ¿cómo se hace con Jousè?

Incómoda, comienzo mi clase con mi ridícula vestimenta de pecadora novicia. Pasan diez minutos. Por supuesto, no comprende las razones de mi cordura, sobre todo sabiendo tan bien como yo que estamos, por así decirlo, solos en el castillo y habiéndome visto correr el cerrojo detrás de él. Pero ¿cómo puedo hacerle comprender lo que deseo, antes de que sea demasiado tarde? Vamos, intentemos hacer algo:

—Y dime, Jousè, esa *pougau* de Anaïs, ¿te deja por lo menos que te acerques a ella cuando se levanta las faldas delante de ti? ¿Te deja que la toques?

Encendido como un tomate, murmura:

—Sí, señorita Agnès. Quiere que la toque por todos los lados, incluso entre las piernas. A veces me dice que le haga una oración, y me hace colocarme detrás de ella y besarla hasta que ella se da la vuelta. Dice que es muy agradable. Mire, es así, señorita.

Se levanta de un salto, se pone de rodillas con las manos cruzadas detrás de la espalda y hace como que da unos besos glotones haciendo un ruido muy gracioso con la boca. No sé muy bien cuáles son sus intenciones, pero las mejillas me arden al verlo. De pronto me levanto y le digo:

—Estás muy gracioso haciendo tu oración. Quédate como estás, por favor. Y mantén los ojos bien cerrados.

Después me acerco a él de puntillas y, dándole la espalda como la descarada de Anaïs, me subo el salto de cama hasta el pecho y murmuro:

—Puedes abrir los ojos, Jousè. Mira con atención y dime si mi trasero no es más bonito que el de tu Anaïs.

No es que esté celosa de esa campesina. Supongo que no hay comparación posible entre *las mías y las suyas*, pero esta

historia de la oración me ha excitado de una forma prodigiosa.

Jousè se ha vuelto tarumba con este desenlace, ha lanzado un grito de sorpresa e intuyo que se va a levantar. No tan pronto, señor mío, no tan pronto.

—Haz el favor de quedarte de rodillas, jovencito. Mira con atención y, si te gusta, hazme una larga oración, como se la haces a Anaïs.

El jovencito no se hace de rogar. Noto en mis riñones un rostro ardiente, unos labios que al principio son un poco tímidos pero que después se animan, van, vienen, empujan, devoran. Es verdad «que es muy agradable». Anaïs no es nada tonta. A los pocos segundos yo me aprieto a mi vez contra sus maravillosos labios, gimo, separo los muslos y murmuro:

—¡Ve más adentro, Jousè, hazme una oración hasta el fondo, ve por todas partes!

Cómo me gusta, cómo me gusta esa boca que curiosea incansablemente entre mis… nalgas, puesto que es inevitable decir la palabra; me gusta tanto, que no aguanto más. Mi mano derecha (con la otra me sujeto el salto de cama) desciende sola y me acaricio el vientre y el coño, sensible y muy húmedo. Las manos de Jousè me cogen las nalgas, las separan: mi agujerito, tan injustamente despreciado, está entreabierto, se redondea, se abre, y mi pastorcito se apodera de él con frenesí. Por desgracia, como estoy muy mal colocada me tiemblan las piernas y estoy a punto de caerme.

Me siento, pues, dejando caer mi peinador. Él se levanta, se frota las rodillas y se sienta también en su taburete de escolar, visiblemente incómodo, por lo que acaba de hacer porque le aprieta el pantalón. Para tranquilizarnos (?), pregunto: «¿Es más bonito mi trasero que el de Anaïs?». La respuesta es «¡Sí!». ¿Y es mejor hacerlo conmigo que con ella? La respuesta es otra vez «Sí». Y «¿Te gusta hacerme la oración?». Oh, sí, sí, huelo tan bien por todos lados, tengo la piel tan suave, muevo tan bien el trasero… Quiere volver a empezar enseguida, todos los días.

—Eres muy amable, Jousè, y si nunca dices nada, nada de nada a nadie, volveremos a empezar, te lo prometo.

Y dicho esto, me entran una ganas locas de hacer otra cosa. Jousè ya no es un niño pero tampoco es del todo un hombre: justo lo que me hace falta. Me digo para tranquilizarme que yo soy quien dirige el juego y que por lo tanto, podré ponerle fin cuando quiera, y que, además, no me arriesgo a nada demasiado malo con él. Si me hace daño, paro y le digo que se vaya. Si es agradable, volvemos a empezar. Y si, como mi hermano, no lo consigue,

tendré al menos el honor de haberlo intentado.

Mientras hago estas reflexiones, le desabrocho mecánicamente el pantalón como lo hago cuando lo quiero masturbar (que seguramente es lo que espera), y se lo bajo hasta los muslos. ¡Uf! El aparato estaba tan oprimido que casi me salta a la mano. Tanteo con prudencia… hasta dónde llega su ignorancia. Sabe a la perfección que «sirve para las chicas», pero no puede o no quiere decir nada más. Me hago la sabia:

—Sirve para hacer una oración todavía mejor, Jousè. Una oración que te dará mucho gusto y a mí también.

Hablo de oídas, por supuesto. Además, no puedo dejarle que se vaya en ese estado, pobrecillo. Sopesemos los pros y los contras: son casi las cinco, todavía nos queda más de una hora. Si Félicie vuelve al castillo, creerá que su hijo está en los carrascales.

Y, además, a mi edad, seguro que hay muchas chicas que ya lo han hecho. De todas formas, ya va siendo hora, señorita de S., de que actúe por su cuenta y de que espabile un poco. Sobre todo por una razón: me cosquillea y me raspa tanto donde Jousè me ha estado besando hace un momento, que no puedo aguantarme más. ¡Ya lo he dicho!

Él está ahí, sigue ahí, un poco aturdido, esperando educadamente mis instrucciones, los ojos bajos, mirando su cola, que no he dejado de acariciar distraídamente.

—¿Es cierto que nunca lo has intentado con ninguna, Jousè?

Hace un gran gesto con la cabeza: no, no, no, sí, sí…

—¿Te gustaría probar conmigo? Te diré cómo se hace. Pero te detendrás enseguida si me hace daño, ¿prometido? ¿No harás ruido? ¡Y, sobre todo, júrame que no se lo dirás a nadie, ni a tu madre, ni a Anaïs, ni a los curas!

Sábado, 4 de agosto

Cómo me gusta contar todo esto… Tengo que decir que todo el mundo ha regresado ya y que estamos a sábado. Apenas he dormido, pues ayer por la noche, entre que recibía a los recién llegados y oía sin prestar mucha atención el relato de las desgracias del arcipreste, me dieron las doce; y, hoy, como había dejado abiertas las contraventanas, me he despertado al amanecer. Me echo un poco de agua por la cara y otro poco también en el campo de batalla de ayer por la tarde, ¡y cojo la pluma!

¿Dónde estaba? Ah, sí, en la polla (Mathilde fue quien me enseñó la palabra, parece ser que es la más habitual y la más… golosa), en la polla que había que intentar hacer entrar

En mi agujerito, tiro, tirolito,
En mi agujerito, tiro, tirolito.

Me cuesta creer que pueda hacerse. Si Jousè fuera Boniface o el señor de A. es evidente que no me arriesgaría, me moriría de dolor. Pero me parece que la suya no tiene nada que ver con la de ellos. Y ahora que la conozco un poco y sé que es más bien puntiaguda y sólo algo más gruesa que una vela, pero poco más, pienso que puedo intentar la aventura. Pero ¿y él? ¡Tampoco tengo que hacerle daño! Por suerte (¡qué rápidamente se les ocurren las ideas a las jovencitas con mal de amores!), tengo aquí un bote de crema grasienta y suave que está pidiendo a gritos que la utilicen…

Me atareo alrededor de Jousè, me contoneo más que nunca; apoyada en los pies de la cama, me acaricio de tal modo que siento que me sube el placer. Ha llegado el momento soñado:

—Fíjate, Jousè, me la vas a meter por el agujero de atrás… El otro está prohibido, pero no importa, estarás mucho mejor en el que me has estado besando. Ven, voy a ponerte un poco de pomada para que no nos duela.

Se deja hacer, aprovecha para mordisquearme los hombros y el cuello, y se arriesga incluso a besarme como un niño los cabellos. Si de aquí a dos años éste no vuelve locas a todas las chicas del país, es para desesperarse… Me vuelvo a poner en mi sitio, separo lo mejor que puedo mis nalgas, y:

—Vamos, Jousè, vamos, angelito, acércate, entra…

Y ¡maravilla de las maravillas! La siento titubear un poco y encontrar el lugar exacto. ¡Ay, Jesús mío, qué gruesa me parece de repente! Él empuja, yo empujo. ¡Ay, ay, ay! El primer momento es horrible, me muerdo los labios para no gritar, pero dura muy poco, lo que un relámpago, y justo después es maravilloso. La siento entrar de una forma muy clara y muy suave, y abrirse paso dentro de mí, y me gustaría que llegara muy dentro, muy profundo…

Al principio me ha dolido tanto que me he contraído, y él se ha detenido al intuir o sentir mi dolor. Pero tengo tantas ganas de volver a tener esa gruesa y cálida vida dentro de mí, que le animo:

—No, no te salgas, ya no me duele, al contrario… Me da mucho gusto. Entra bien, Jousè. Vamos, vamos pues… Y a ti, *calignaire, aco de bon antau? Qué siès dedins?*

t'es

n'en

—*Hoù bon, mamisèlo, sieù*

n'au

fin founs… Es boun que noun sail[34].

¡Lo que hace la perseverancia! Ya está dentro, dentro del todo, por lo que dice y, sobre todo, por lo que siento. A medida que me relajo, que me abro más a esta maravillosa colita tan dura y a la vez tan suave, la quemadura desaparece. Enseguida comienza por instinto a moverla dentro de mí, se retira y vuelve cada vez con más fuerza, y compruebo que puedo apretarme o abrirme alrededor de ella. La saca del todo dos veces, pero empujo, le ofrezco bien mis

nalgas y entra con mucha facilidad: es el momento más delicioso, pues ahora penetra deslizándose con suavidad, adaptándose totalmente a mí. Me ha cogido por las caderas, él suspira, yo gimo.

Por desgracia, o quizá por suerte para mí, mi gallito ha llegado al final de su hazaña tras diez o doce movimientos de riñones. Siento su polla hincharse dentro de mí, endurecerse todavía más, y soltar por fin un pequeño y tibio aguacero. Yo no he conseguido gozar del todo y me siento un poco decepcionada; no puedo retenerla en mi vientre, se escapa, se retira con suavidad, y yo escapo deprisa al rinconcito de mi habitación, pues las consecuencias de esta… incursión son las que tenían que ser. Al menos eso supongo; para la próxima vez ya lo sé.

Pero son pequeñas nubecillas en comparación con la gran alegría que me invade cuando vuelvo a su lado. ¡Ya soy un poco menos niña, casi una mujer! Este pequeñín tan gracioso habrá vivido su primera sensación de hombre, no entre mis brazos, como dicen en las novelas, ¡sino entre mis nalgas! Y mal que bien, ha sido algo exquisito.

El pequeñín no comparte mi felicidad; sentado en su taburete, con la cabeza apoyada entre las manos… el tonto de él llora en voz baja. Le beso, le consuelo y, para acabar de animarle, le llevo al aseo y le lavo un poco. Este monstruo se ha ensuciado todo y, además, de todo lo habido y por haber. Tengo la sensación de estar jugando con una muñeca babosa. Después de lavarle, me despido de él:

—Vete a tu habitación enseguida y acuéstate, mimoso mío. Dirás que te dolía el estómago. No olvides tus cuadernos. Y no vuelvas jamás con la Anaïs, ¿entendido? *Diguès rèn, mai pas rèn, aux abbats*[35]. Y mantente limpio por todos los lados para hacerme más oraciones cuando vuelvas. ¿Prometido?

Una vez que Jousè se ha ido, me tumbo durante más de una hora; estoy deliciosamente excitada y cansada. ¡Qué aventura, Dios mío! ¡Qué aventura! Decididamente descanso mejor si estoy boca abajo y con la camisa subida. Ya no me duele nada, y lo bien que lo he pasado casi me ha hecho

olvidar ese momento de dolor. Estoy segura de que cuanto más lo haga, mejor será; estoy tan segura, que ya tengo ganas de volver a hacerlo enseguida, y separo las piernas como si el Jousè y, ¿por qué no?, el señor Boniface (¡qué avaricia la mía!) hubieran entrado a la chita callando y se hubieran colocado detrás de mí, sin decir ni una sola palabra, para clavarme a la cama. Sólo de pensarlo me entra tanto gusto que se me escapa un poquitín de pis; me acaricio las nalgas con la mano y, es más fuerte que yo, descubro que moviendo bien mi dedo pulgar puedo sentir bastante placer. Ya está, he encontrado un buen recurso para los días de lluvia. ¡Pero como aquí llueve tan pocas veces tendré que quedarme con las ganas!

Lunes, 6 de agosto

Desde hacía algunos días, Mathilde se burla de mí *chinchándome* amablemente a propósito de Jousè. A veces eran comentarios de este tipo:

—Tu alumno me parece bastante guapo. ¿A ti no? Y, además, debe de estar muy *bien provisto*. ¡No hay más que mirarle el pantalón! Es tímido, pero le sienta bien. ¿Sabes? Me extrañaría que ya se hubiera espabilado.

Como me lanzaba preguntas a las que yo respondía con evasivas:

—Pero vamos a ver, ¿te ha intentado rozar alguna vez, aunque sólo sea un poco, ese papanatas? ¿No te dirige miradas cariñosas? ¿Es que no te gusta? ¿Te parece demasiado rústico? ¡Te aseguro que conmigo aprendería muchas otras cosas aparte de escribir sin faltas!

Ayer por la noche, cuando me dijo: «Me parece que hoy estás muy acalorada. ¿No será tu alumno quien te pone en este estado?», me decidí a contarle el tipo de clase suplementaria que dábamos. Lo de «la oración a la Anaïs» le divirtió mucho; el hecho es que con ese nombre de diosa egipcia la devoción resulta mucho más atractiva.

Dudaba en contarle la continuación. Después de todo, era

una continuación que se me había ocurrido sobre la marcha, una invención a fin de cuentas, y quizá fuera algo tan sucio que incluso Mathilde se indignara. Pero después, a medida que la veía sonreír y que me bombardeaba a preguntas, me armé de valor y le confesé todo mostrándole incluso cómo me había colocado yo, cómo me había subido las enaguas por detrás, cómo había separado las piernas, etcétera. Mathilde estaba en la gloria:

—¡Y no me decías nada, querida mía! ¿Te daba vergüenza? ¿O es que temías que me riera de ti?

Poco a poco, tuve que contarle todos los detalles: ¿La tenía larga?, ¿y rígida? ¿Me había hecho daño? ¿La había sentido bien? ¿Cuál había sido el mejor momento?

No me dio la posibilidad de que yo la interrogara a mi vez. Lo que le parecía sorprendente no era el hecho en sí, sino que yo hubiera tenido que esperar dieciocho años para tener una experiencia que para muchas jóvenes de mi edad, por lo que intuyo, ya no es una experiencia. Me dijo que ella había hecho eso mismo a los catorce años con un primo suyo que tenía dieciséis. Tenía muchas ganas, pero no sabía que eso se pudiera hacer, es decir, le pasaba lo mismo que a mí el día que el bobo de mi hermano me arrastró al viejo granero, pero, como para Philippe (su primo) no era la primera vez, todo salió bien, tan bien que Mathilde quiso recomenzar al día siguiente; después esta experiencia se convirtió para ella en una costumbre, pero siempre con su primo. Más tarde, cada vez más satisfecha y no pudiendo estar tres días sin hacerlo, pasó de su primo a los amigos de éste, y en especial a un chico de casi veinte años (Philippe tenía entonces dieciocho y ella dieciséis), medianamente «provisto», me dice ella, pero que *descargaba* muchísimo, (¡comienzo a acostumbrarme al vocabulario!), y sobre todo que era capaz de volver a empezar un cuarto de hora después de haber descargado. Una tarde se lo había hecho tres veces seguidas y con tanto jugo que cuando ella bajó a cenar, una hora después de la primera «descarga», ¡todavía lo sentía correr por sus muslos!

También es cierto que Mathilde estudiaba como alumna

libre en las Damas de Auteuil y que vivía sola con una madre que llevaba una vida bastante desordenada y a quien le importaba muy poco saber por qué había siempre tantos «primos» y «amigos de primos» en la habitación de su hija mientras ella iba de tiendas o a los *five o'clock*.

—¡Está claro que Philippe y sus *amigos* del liceo estaban totalmente al corriente de este tejemaneje, e incluso supongo que se repartían los días de visita! Durante el año anterior a mi matrimonio, no pasé ni una semana sin estar con alguno de ellos. También con ellos aprendí a chupársela a los chicos. ¡Ya ves, Agnou, todo lo que te queda para ponerte al día!

¡Sí, bueno! ¡Cada día tiene su afán! ¡Y, además, yo sólo tengo a Jousè al alcance de la mano! ¡Pero mi pensamiento ya ha ido mucho más allá! Me pregunto, mientras me habla, si esta… forma de hacerlo es sólo un juego que una olvida cuando se casa porque entonces se puede hacer algo mejor, o si… Mathilde me responde sin demasiados titubeos que todavía sigue haciéndolo con gusto:

—Depende. Depende del hombre, de la ocasión, del humor que tenga y, sobre todo, del humor de mi… entradita. Cuando ella no quiere, no se puede hacer nada para forzarla, es una tortura. Pero cuando quiere, quiere mucho. ¡Qué contenta me pongo los días que lo puedo hacer sin que me duela! *Ratita que sólo tiene un agujero, pronto es cazada*, querida Agnou…

Todo esto es bastante complicado para mis entendederas: ratita que sólo tiene un agujero… ¡Ah, ya lo entiendo!

—Y… ¿los hombres? No me refiero a Jousè, que es un niño y quizá no haya notado la diferencia; sino a los hombres acostumbrados a las mujeres, Mathilde, ¿les parece bien hacerlo así?, ¿les… gusta?

Según ella, depende. La mayoría ni siquiera se imagina que se pueda utilizar esa sortija de la misma forma que se utiliza el brazalete, y ni siquiera conseguiría de ellos que me metieran el dedo. Otros se hacen los despistados, se aventuran a entrar y se baten enseguida en retirada. Otros (lo

sé de buena tinta) también juguetean con ella y la excitan con el dedo y la lengua, y es delicioso. Los verdaderos amantes, siempre según Mathilde, juegan con ella divinamente. En cuanto a los que sólo saben alojarla allí, en la habitación de los invitados, son odiosos y siempre acaban prefiriendo a los hombres.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¡Qué horror! ¿Entonces hacen a otro hombre lo que me hizo Jousè? Pero eso es repugnante y horrible. Mathilde, te aprovechas de mi ignorancia para tomarme el pelo.

Pero no, parece ser que es algo muy corriente y que todos los días me cruzo, sin sospecharlo, con esos combatientes de la retaguardia, algunos de los cuales son célebres y conocidos en todo París, como, por ejemplo, el pequeño vizconde de B…, al que mi madre tiene la inconsciencia de proponerme como pretendiente.

Entonces… Estoy sofocada, indignada. A Mathilde, aunque sienta horror por ese tipo de hombres, le divierte mi indignación y me hace ver que nosotras dos… que Linette y yo… en pocas palabras, que soy injusta, pues estos señores tienen el mismo derecho que nosotras a divertirse entre ellos. Entonces paso por alto mi indignación y opto por reírme como ella. Por otra parte, los nombres relacionados con este tipo de retozos me hacen mucha gracia: *la entrada de los artistas, la capilla, la habitación de los invitados*, a partir de ahora tendré que hacer un gran esfuerzo para no sonrojarme al oír a la gente decir estas palabras.

Hemos hablado durante mucho tiempo, casi dos horas, y aunque estábamos muy excitadas por lo que decíamos, el cansancio nos ha podido. No puedo evitar bostezar hasta desencajarme la mandíbula. ¡Vamos, tengo que irme a la cama! Mientras me levanto, Mathilde me pregunta:

—¿Y… piensas dejarte dar por el culo a menudo por tu pastorcito?

—¿Dejarme… qué?

—Dar por el culo, querida mía. ¡Qué quieres! Hay que llamar a las cosas por su nombre. Ésta, para mi gusto, es la forma más sencilla y tierna de decirlo. ¿No querrás que diga

sodomizar? ¡Es un término de médicos y de curas!

YO (*bostezando más que nunca*): ¿Sodo qué?
ELLA: ¡No! ¡Dar por el culo!
YO: (*haciendo un último esfuerzo*): De acuerdo, «dar por el culo». ¡Y que mi pastorcito me dé dos veces por el culo a la semana, si puede!
ELLA: (*empujándome maternalmente hacia mi cama*): ¡No te canses demasiado, loca! ¡Ya lo estás bastante! ¡Tu madre va a sospechar algo! ¿Tantas ganas tienes?

¿Que si tengo ganas? ¡Qué pregunta! Ayer por la noche no las tenía, pues apenas tuve fuerzas para desnudarme antes de acostarme, pero, esta mañana, por supuesto que sí. Estoy segura de que es mejor, mil veces mejor en la iglesia que en la capilla, como dice Mathilde, pero todavía no puedo elegir y los peregrinajes a la capilla me ayudarán a tener paciencia. Así que a Jousè le esperan bastantes momentos agradables… Mañana a más tardar. Esta semana sólo tiene clase ese día.

Miércoles, 8 de agosto

Las cosechas han comenzado en medio de un calor húmedo que hace que tenga los nervios a flor de piel. Acabo de llegar de V., donde el señor de A. nos pidió que nos quedáramos a comer. Me he comportado lo mejor que he podido y hasta he fingido interesarme por el tambor desgranador de vapor que ha adquirido y que pondrá en funcionamiento este mismo verano. Gonzague no ha cambiado prácticamente nada, aunque ahora me parece que casi ha abandonado la idea de «adquirirme» como se hace con una máquina de desgranar el trigo. He pretextado que me aguardaban múltiples tareas en el castillo (además, en ello había algo de verdad, y mamá, que estaba presente, me ha dado la razón y se ha unido a mi petición) para pedirle que me llevaran al castillo una vez que hubiéramos degustado el café. Lo tuesta él mismo, y el caso es que tiene mucho más aroma que el nuestro, que se lo compramos al torrefactor de

Nimes. ¡Y aquí estoy! La más importante de esas famosas tareas —¿por qué voy a engañar a mi diario?— es hacer que Jousè me sodo-no-sé-qué por segunda vez. Confío en que no se haga de rogar. En cuanto a mí, me he quitado las enaguas y el pantalón nada más llegar a mi habitación y, tras pensármelo bien, me he embadurnado por donde hacía falta con un poco de crema, que ya estoy notando cómo se derrite entre mis nalgas mientras garabateo estas líneas. Así me encontrará dispuesta para la faena. Si tiene la mitad de ganas que tengo yo, nos lo vamos a pasar en grande.

El mismo día por la noche

Parece ser que sí que las tenía. Mathilde me aconsejó que no le fatigara para no despertar las sospechas de Félicie. Pero ¿qué quiere decir «no fatigarle»? ¿Hacerlo una vez al mes, a la semana o al día? Tal vez llegue a escocerle un poco, lo mismo que a mí (en realidad, apenas lo noto), pero no veo lo que puede tener de «cansado» el jugar al escondite como lo hicimos. ¡Creo que a mí más bien me da vigor!

¿Y él? ¿No estaría haciendo teatro el martes pasado al mostrar tan poca iniciativa antes y tanta confusión después? ¿No estará acostumbrado a hacerlo con los muchachitos de la región que se presten a ello? Y, además, estoy segura de que siempre debe de tener a su disposición a alguna de esas desvergonzadas chicarronas que se pasan los días enteros en los carrascales con los mozos para conseguir unas cuantas bellotas o una gavilla de leña menuda. Y, por otra parte, me extrañaría mucho que la Anaïs se haya limitado a hacer con Jousè lo que él me ha dicho y no le haya entrado la curiosidad o el deseo de llegar hasta el final del juego. Realmente no veo lo que hubiera podido retenerles, ni a él ni a ella. ¿Me habrá mentido? ¡Qué asunto más feo! ¡Lo importante es que no vuelva a hacerlo! ¡Me lo reservo para mí!

¡Dios mío! ¡Las seis pasadas! ¡La Sagrada Familia volverá de un momento a otro de V. y no hay nada preparado para

cenar! Tres últimas líneas para decir que todo se desarrolló sin problemas: le desabroché y se la sobé un poco, pero no habría hecho ninguna falta, pues él estaba deseando metérmela dentro para correrse. Como yo tenía tanta prisa como él en sentir su polla dentro de mí, sólo tuve que subirme el vestido de percal y colocarme lo mejor posible para que se presentara en… ¡la entrada de los artistas! Ahora comprendo que Mathilde se haya prestado a hacer esto tan a menudo con los chicos sin hacer un mundo de ello: a esa edad, no la tienen todavía lo suficientemente grande como para hacernos daño. La de Jousè, la he mirado más de cerca cuando la acariciaba, es pequeña y puntiaguda, y con ayuda de la crema, mi agujero se la ha tragado sólo con unos pocos movimientos. Por lo único que resulta cansado y un poco doloroso es porque estamos de pie. Como soy un poco baja de nalgas en relación con él, hemos tenido que compensar esta dificultad, él doblando un poco las piernas y yo poniéndome de puntillas.

Ahora sí que bajo. Oigo los coches en el paseo.

Jueves, 9 de agosto

Más todavía que pasar la noche con ella para *gougnotter* (así es como las iniciadas un poco libres llaman a los placeres sáficos), me interesa que Mathilde me enseñe lo que de forma tan cuidada (y tan tontamente en mi opinión) se nos ha ocultado hasta ahora sobre la vida matrimonial. Yo no debería ser tan ignorante respecto a ese tema, pues la primavera pasada mamá me regaló de un modo muy confidencial y con mucha solemnidad el libro (muy bonito, y de al menos ocho francos) del M. RP. J. M. L. de Monsabré sobre el matrimonio cristiano[36]. Me aclaró que me hacía un gran favor, pues era lo más nuevo e inteligente que se había escrito en relación con el tema, hasta el punto de que el párroco de Santo Tomás de Aquino aconsejaba que el libro se regalara sólo a las personas casadas, o por lo menos que estuvieran a punto de hacerlo. Lo que, por supuesto, no es mi

caso, ¡gracias a Dios!

Pero ¿cómo no perderse en medio de ese fárrago? Supongo que en el libro se dice todo lo que deben saber unos esposos o unos prometidos cristianos, pero está expresado en unos términos tan cuidadosamente sopesados, tan alambicados, que aunque me lo haya leído a conciencia desde la primera hasta la última página, y con mucha atención, lo único que he podido imaginar de las alegrías y las penas del matrimonio es que, después de una vaga «contorsión», el marido y la mujer «hacen un niño». ¡Evidentemente, yo ya sabía lo de la contorsión antes de leer al padre Monsabré! Pero ni siquiera me atrevía a suponer que pudiera practicarse fuera de los vínculos del matrimonio, ¡qué candor el mío!

Se ha dado el caso de que después he visto *fornicar* (la palabra estaba en una vieja traducción de las Epístolas de san Pablo que las mayores un poco espabiladas enseñaban apasionadamente a las nuevas) tres veces: dos a Emmeline y una a Mathilde, aunque de forma fugaz. ¡Y no tiene nada que ver con lo que nos enseñó Véronique de la P. en la Inmaculada! ¿No será que los esposos cristianos *fornican* de una forma especial, que tal vez les enseñe el padre Monsabré, y las parejas que viven en el pecado de otra?

Pero tendrá que llegar el día en que fornique por primera vez, esa «primera vez» que tanto temo y de la que nada sé. Por supuesto, comienzo a tener ganas y, además, sin primera vez no hay siguientes veces; aunque todavía me da mucho miedo. No me gusta nada sufrir, y con esto menos aún; sólo de pensar que tengo que pasar un «mal momento» me quedo paralizada. Casi preferiría volver a la Inmaculada Concepción, donde al menos estaría al amparo de esa primera vez y de las siguientes. ¡O mejor todavía!, me limitaré durante el resto de mi vida a hacerlo como lo hago con Jousè, con quien, además, no me dolió demasiado.

Por suerte, la Providencia ha puesto en mi camino a la mejor y a la más infalible de las maestras: Mahilde. ¡Alabada sea la Santísima Virgen María, que se ha encargado de que nos conociéramos! Así pues, ayer por la noche, después de haber hecho todas estas reflexiones y de haberla acariciado

como a ella le gusta, me atreví a confesarle la causa de *mi tormento*. Me arrodillé a sus pies, la cabeza cariñosamente apoyada entre sus piernas, y murmuré:

—¿Sabes, Mathilde? Te voy a parecer muy poco valiente, pero tengo mucho miedo a la primera vez, tanto que me pregunto si algún día llegaré a decidirme. ¡Y, sin embargo, tendré que hacerlo, y no precisamente dentro de diez años! Duele mucho, ¿verdad?

Sonríe con afecto, me acaricia los cabellos, y me responde que ella no es la más apropiada para hablarme del tema, puesto que su marido era casi impotente cuando ambos se casaron.

—¿Impotente?

—Sí, es decir, que ya no se empalmaba casi nunca, o para que lo entiendas mejor, ya no se le ponía dura, o si se le ponía era sólo durante un momento. De ese modo, mi primera vez transcurrió en pequeñas etapas…

»Necesité varios días para darme cuenta. Logró disimularlo la primera noche y las siguientes porque se empalmó de un modo casi aceptable y porque la tenía muy gruesa. Como te puedes suponer, yo interpretaba lo mejor posible mi papel de recién casada (acababa de cumplir dieciocho años) colocándome como se colocan y dejándome separar las piernas con moderadas protestas. El hecho es que estaba más divertida que preocupada, pues me parecía que mi marido era incapaz de hacerme daño. Estaba intacta, no hace falta que lo diga, Belagnou; bueno, casi intacta. Medio virgen si quieres, pero por el lado bueno.

—¿Por cuál? —No me lo dice.

—La primera noche, *fue un fiasco*. Mi amo y señor se tumba encima de mí, se coloca, me acaricia un instante, se ayuda con la mano, empuja, se pierde, vuelve, empuja de nuevo y haciéndome mucho daño, me hace levantar un poco las piernas cogiéndome por debajo de las rodillas, intenta de nuevo forzar esa barrera, muy real, suelta finalmente un chorrito y se derrumba vencido a mi lado balbuceando las excusas de rigor: la emoción, la fatiga de estos días de fiesta, mi «estrechez», ¡qué sé yo! Demasiado feliz de haber salido

de la situación sólo con algunos rasguños, le expreso con términos muy castos mi admiración por esos instantes de felicidad y un momento después me quedo dormida. Al día siguiente por la mañana, le vuelve un vigor de juventud que se apresura a utilizar en mi beneficio o en mi detrimento, no sabría decirlo. Esta vez, descansada y un poco enardecida, pues yo también tenía ganas, me presto menos secamente a la operación, levanto yo misma las rodillas para darle más facilidades, espero con paciencia, suspiro un poco para animarle. ¡Que suenen las trompetas! ¡Me penetra lo que es el ancho de un dedo!

»Te ahorro sus intentos posteriores. Quince días más tarde, uno de los intentos se vio finalmente coronado por el éxito; fue una mañana que tuvo la feliz y buena idea de masturbarme mientras yo dormía hasta obtener la suficiente humedad como para permitirle entrar casi con holgura, o al menos sin llamar demasiado tiempo a la puerta. No fue una *revelación*, pero este difícil éxito se repitió algunas veces más y, aunque yo no llegaba realmente a gozar, me gustaba cada vez más sentirme llena de ese grueso trozo de carne un poco flácida que ya no me hacía ningún daño; pues, como supe más tarde, yo no era nada estrecha.

»Su buena disposición duró muy poco tiempo. Creo que nunca se le pasó por la cabeza dejarme encinta y yo, por mi lado, no sé por qué, estaba convencida de que nunca me quedaría embarazada de él. Casi siempre descargaba en la puerta, como los molineros —añadió ella riendo— y yo no gozaba. Y después, a medida que fueron pasando las semanas, mi campeón dejó completamente de correrse. Todavía se empalmaba, pero sólo durante los primeros minutos y luego se deshinchaba de forma penosa nada más entrar.

»No tardé mucho en darme cuenta de que las bellas apariencias del comienzo eran tan sólo el efecto de los *diabolinos* que tomaba sin ninguna moderación y cuya…

—Mathilde, te lo ruego, ¿cómo quieres que te siga? ¿De qué has dicho que era el efecto?

—De unas pastillitas excitantes, a base de cantárida, y que

los iniciados llaman los «estimulantes del vicio». Pero podrías habértelo imaginado… Continúo. Los sacaba, al final de la cena, de una caja que llevaba en el bolsillo. Renunció a ellos por motivos de salud, pues la cantárida es un veneno. En cualquier caso, como comprendí después, los auténticos estimulantes del vicio están en las cabezas.

—¿En tu cabeza?

—Un poco en la mía. Pero sobre todo en la suya. Un día, cuando yo casi empezaba a renunciar a que él me sirviera honrosamente y estaba de mal humor a la vista de que lo único que él conseguía con sus intentos era que se me encendiera la sangre…

Esta vez no interrumpo el relato de Mathilde, sino la narración que, lo más fielmente posible, hago de él. Esta mañana me he levantado muy temprano para tener presentes en mi mente sus propias frases, sus palabras, su gracia; pues Mathilde, cuando quiere, cuenta las cosas de un modo admirable, ¡y no me extraña que el *Gil Blas* se haga eco de sus gracias! Pero ya son las ocho pasadas y no puedo dejar que pase más tiempo sin aparecer por el piso de abajo.

Viernes, 10 de agosto

Durante años, mi madre y las monjas me han repetido hasta la saciedad que yo estaba loca de atar. ¿No tendrían razón? Si no, ¿por qué demonios me oponía siempre a todo lo establecido y sólo veía a mi alrededor hipocresía y mentira, con muy pocas excepciones?, y ¿por qué yo misma me comporto hoy con un disimulo del que nunca me habría creído capaz?

Desprecio a los hombres que siento merodear alrededor de mi millón y de mi cintura, y para los que sólo soy una cabeza de chorlito con la que piensan que podrán hacer lo que quieran. Me gustan las mujeres que se parecen a mí, de las que intuyo que son tan egoístas como yo y todavía más implacables en su búsqueda del placer: Mathilde, Emmeline. Pero me parece que sólo las quiero como ellas me quieren a

mí: en la complicidad de las aventuras y en el placer de la cama; y este placer espero tenerlo sobre todo con los hombres, lo mismo que ellas.

Pero de los hombres no puedo hablar con conocimiento de causa, pues por ahora sólo he estado con Jousè, que aún no es del todo un hombre. Es encantador, pero, seré franca, sólo quiero de él lo que tiene dentro del pantalón. Por otra parte, es lo único que me interesaría de Boniface, de Norbert o de cualquier otro, si llegara el caso. Por lo demás, les «honro o les honraré, masturbándoles…».

Si me casara con uno de esos señores tan sensatos que se apiñan a mi alrededor, ¿qué sería para mí, un juguete o mi dueño? ¿Qué prefiero? No lo sé muy bien. ¿Encontraré algún día a un *Belami* que trate de someterme a su ley? Lo dudo. Por suerte, soy rica, soy guapa y no soy una *pava*. Quiero placer, cada vez más variado, cada vez más completo. Nunca me faltarán mujeres u hombres que me lo den y callen. El dinero lo permite todo, lo oculta todo…

He aquí unas reflexiones muy serias y quizás un poco amargas. Pero ¿para qué serviría un diario si uno no intentara verse honestamente a sí mismo tal y como es?

Sábado, 11 de agosto

Amor con amor se paga. Hace algunos días Mathilde me habló del tío Henri; según ella, no hace ascos a ninguna mujer, sea cual sea su origen, lo mismo le da que sean amarillas o blancas, campesinas o condesas ávidas de exotismo, sin contar con las mujeres de los puertos; y está casi segura de que, a la chita callando, debe de llevar una vida de *tarambana*. Así que aproveché la ocasión para decirle algunas palabras acerca del álbum de estampas, primero de una forma muy, cómo lo diría, indirecta, después a las claras. De pronto se hizo obligado, dejando a un lado todo lo demás, que yo fuera a buscar dicho álbum. Pero no me fue posible hasta antes de ayer: lo hice aprovechando que el tío se había ido a Aviñón, ciudad comercial y llena de placeres un poco

«libertinos», subraya Mathilde.

Así pues, se lo acabo de prestar ahora, dando las dos por sentado que no lo veremos juntas (seguramente querrá masturbarse sola mirando las imágenes como yo misma lo he hecho antes de confiarle el libro) y me ha prometido religiosamente que me devolverá el cuerpo del delito antes de cuatro días hábiles, estilo notarial, para que yo lo vuelva a dejar en su sitio con toda discreción.

Para no ser menos, ha sacado del fondo de su maleta un grueso sobre atado con un cordel, y me ha hecho prometer que sólo lo abriré en mi dormitorio y después de tomar todo tipo de precauciones. Y añade que me dejará algunas «buenas lecturas» para cuando ella esté ausente. Entonces ¿lo que hay en el sobre no es para leer?

Esta noche no hemos tenido ni charla ni caricias, porque Mathilde se va mañana al amanecer a Nimes para tomar el tren de la mañana; la llevará Norbert, como está mandado. ¡Qué prudente! No estoy disgustada, pero sí muy nerviosa porque dentro de uno o dos días tendré la r… y no tengo ganas ni de Mathilde ni de Emmeline ni de Jousé. Me gustaría estar sola. Una vez al año no hace daño.

El mismo día por la noche

Por lo demás, dejé a medias el relato que Mathilde me hizo de sus noches de boda; relato que ella misma ha tomado y retomado al menos diez veces y que yo arreglo lo mejor posible. Así que un día, cuando ya estaba aburrida de los *fracasos* del cincuentón de su marido…

—Me anunció a la hora del desayuno que ese día no iría al club, que tenía que hacer algunas compras (¡No me olvidaré de usted, querida amiga!), y que estaría de vuelta hacia las cinco, feliz de dedicarme la velada —en el caso de que usted quiera concedérmela, querida amiga.

¿Por qué no? Algo intrigada, le esperé *mano sobre*…, y con la puerta cerrada. Y llegó, puntual, seguido de un joven recadero al que ordenó que depositara una caja de cartón de

una tienda de modas en la poltrona, y de un segundo recadero que dejó una cesta de vituallas sobre mi mesa; los despidió, cerró misteriosamente la puerta detrás de ellos, y sacó un estuche del bolsillo de su redingote. Reconozco que había hecho bien las cosas: se trataba de un aderezo de zafiros, el que me viste en Uzès, ya sabes, tallados en forma de tableta y rodeados de brillantes. ¡Una baratija de al menos tres mil francos! Y mientras me extasiaba y le daba las gracias vehementemente —sabes, Agnou, en el fondo es el mejor de los hombres, y su único defecto nunca fue otro que el de querer complacer demasiado a menudo y durante demasiado tiempo a las mujeres—, desenvolvió una botella de oporto, un pastel de paté y una galantina, en resumen, el piscolabis perfecto para dos jóvenes enamorados.

»Yo, como puedes imaginarte, me pregunté sobre las razones de su generosidad. Y devoré y empiné el codo esperando la continuación. La continuación era la caja de la tienda de modas que el recadero había traído. Te ahorro las precauciones, las caras y los remilgos con los que me presentó la sorpresa: un par de guantes de seda negros, muy bonitos, exactamente a mi medida, y que me llegaban hasta el hombro o más. Pero más que guantes, eran mitones: no cubrían los dedos, al menos más allá de la falange. Los tengo todavía en París, ya los verás.

»Después de los guantes, las medias; también de seda y, por supuesto, también negras, pero con cuadritos blancos, muy bonitas, que se sujetaban con unas ligas de encaje negro. Y unos botines, exactamente de mi número, con botones y muy finos.

»Yo miraba ese cotillón de lugar de mala fama sin saber muy bien qué decir ni qué hacer: ¿enfadarme?, ¿reírme?, ¿fingir que se había equivocado de persona? Estaba un poco achispada, lo confieso, y opté por reírme y esperar. Tuvo que explicarse. Quería, Agnou, quería, me suplicaba por nuestra felicidad, *mi desnuda*
ch'io
y me pusiera las medias, los botines y los guantes. Solamente una vez, ¿por qué no? ¡Y además estaban los zafiros!

»No te costará creerlo: ¡nunca me había desnudado delante de un hombre! Después le tomé gusto; pero ¡son tan pocos los que prefieren la excitación de ver cómo te desnudas lentamente a la satisfacción inmediata de sus necesidades! Y el proverbio tiene razón cuando dice: “A viejo verde, virgen lasciva”. Tanto es así, que me presto del todo a su juego y me pongo las medias, me las sujeto con las ligas, me calzo los botines y me meto los guantes como yo imaginaba que debían de hacerlo en ese tipo de casas cuyas orgías van acompañadas de esta clase de espectáculo. Pero sólo más tarde, mucho más tarde, comprendí que lo único que quería de mí era esto: volver a ver un espectáculo que un día se le había subido a la cabeza. ¡A la cabeza, yo me entiendo, querida Agnou! Él me acariciaba, me palpaba, me daba la vuelta, me volvía a dar la vuelta, me estiraba una media, un guante, y no paraba de hacer cumplidos sobre la blancura de mi piel (es cierto, ¿no te parece?), la belleza de mis… nalgas, ¡y yo qué sé cuántas cosas más! ¡Era el Cantar de los Cantares en su versión finisecular! Una versión un poco libre, pues se había desabrochado y se *la meneaba a todo meter*, pero sin mucho resultado, mientras detallaba mis encantos. “Vaya”, me decía yo, sigue siendo Mathilde la que habla, “así que esto es su nuevo diabolino, ¿algo para empujarlo al vicio? ¡Por lo menos éste no le sentará mal al estómago! ¿Conseguirá hacerlo al menos después de unos preparativos tan costosos? Pues bien, querida Agnès…”».

Agnès se está quedando dormida encima de su cuaderno. Rápido, mientras todavía tenga fuerzas, el cuaderno a su escondite y yo a la cama.

Domingo, 12 de agosto

Undécimo después de Pentecostés. Santa Clara, virgen. Oración *Veni sponsa*, misa solemne, de la que acabo de llegar. Misa rezada, destilada por un horrible vicario nuevo, y a la que he asistido nada más levantarme. Pero así podré dedicar una hora a mi diario.

En efecto, «él» lo consiguió, pero de una forma completamente inesperada para Mathilde en esa época, y para mí hoy. Le pidió («Querida amiga, sería usted tan buena, etcétera») que se sentara cómodamente en una poltrona alta —cada una de las piernas apoyada en uno de los brazos de la poltrona («Muy separadas, querida amiga, si no le importa»), las manos enguantadas colocadas en lo alto de sus muslos («*Carissima*, si usted quisiera, por favor, liberar esa adorable joya de su estuche. Sí, así…»)— y cerrara los ojos. Ella los volvió a abrir cuando sintió su aliento, después su boca, y después su lengua en la susodicha joya.

—Nunca me ha *follado* como es debido, Agnès, y no cuento las veces en que… ha fracasado. Pero ningún hombre me ha vuelto a chupar tan bien como él. Además, era algo completamente nuevo para mí: a los chicos y a los hombres jóvenes no les gusta hacerlo y tampoco tienen la paciencia necesaria. Él, eso era evidente, tenía una experiencia sin igual en el tema. Lo había calculado todo para provocar mi placer: ¡mi postura, la exquisita cena, los botines, y toda esa puesta en escena tan barroca!

»Mientras yo tenía los ojos cerrados, se había quitado los pantalones y se había arrodillado delante de la poltrona. Cuando me sintió enardecida, me pidió ("Adorable amiga, podría usted, se lo ruego…". ¡Es un hombre educadísimo, Agnès!) que tocara generala en sus hombros con mis botines. Todo funcionó muy bien: ¡cuanto más golpeaba yo con los pies, mejor me chupaba él y, cuanto mejor me chupaba, mejor le golpeaba! Tanto y tan bien que gocé delante de sus narices por primera vez, después por segunda, ¡y hasta por tercera! Tenía orgasmo tras orgasmo… ¡Dios sabe lo que debió de tragar! Pues bien, el resultado de este libertinaje fue formidable: se le levantó y esta vez se empalmó como un Hércules. Ante ese golpe, la barrera no resistió ni un solo minuto y yo estaba tan excitada que apenas sentí una pequeña quemadura. Y eso que la tenía realmente enorme.

»Sospecho que esa noche echó un poco de su infernal cantárida en nuestro vino: yo creía que ya estaba agotada tras mis tres o cuatro primeros orgasmos. ¡Pero qué va! Todavía

me proporcionó otros tantos. ¡Esa noche, por primera vez en mi vida, y una de las pocas, me jodieron como a una reina! ¡Ay! ¡Si hubiera continuado así! Pero el pobre ya no tenía veinte años, ni siquiera cuarenta; y había jugado con fuego…

Poco a poco (abrevio aquí los sucesivos relatos de Mathilde), los éxitos se hicieron más escasos, los fracasos más irritantes. Puesto que había hecho descubrir a Mathilde su temperamento de bacante, aceptó muy galantemente cerrar los ojos ante sus aventuras a cambio de una gran complacencia por parte de ella en los juegos cada vez más extravagantes que él inventaba o reconstruía para volver a recuperar, dos o tres veces al año, la firmeza de carácter y la elevación de espíritu de su juventud, cito aquí las expresiones de la propia Mathilde, que le hacen reír a carcajadas; yo también me río, aunque tarde algunos minutos en reaccionar. ¡Qué buen público soy!

Uno de los juegos que más les divertía, tanto a él como a ella, era *mi desnuda*
ch’io
, pero completamente, Agnelle, y que corriera… a cuatro patas delante de él por el salón principal lanzando mugidos de vaca en celo… ¡imagínate la continuación, Agnès! Cuando me alcanzaba, él también a cuatro patas y mugiendo, me [*Faltan dos páginas*] [aprovecha]do el último día antes de que me venga ese maldito periodo para que Jousè me preste sus servicios a escondidas y en su habitación!, lo que me excitaba aún más. Ahora estoy tranquila y cansada. ¡Se acercan las fiestas del 15 de agosto en un momento de lo más oportuno! ¡La r… me evitará por lo menos pecar el día de la Asunción!

Lunes, 13 de agosto

Mis libertinajes se están volviendo cada vez más organizados. No diré que se hayan hecho monótonos, pero las sorpresas del comienzo son cada día más escasas. Por ejemplo, todos los lunes y jueves, a la hora en que más aprieta el calor, me reúno con Linette en su habitación, se

supone que para zurcir, lo que hacemos rápido y mal. El tiempo que ganamos lo empleamos en masturbarnos y en chuparnos bien y con toda tranquilidad.

La última ocurrencia de Line, y a la que no renuncia, es hacerme participar en sus juegos con Boniface.

—Qué ideas tienes, Linette, no sabes lo que dices. Y, además, ni siquiera sabrías cómo hacerlo.

Se ríe con disimulo, con esa risita tímida e hipócrita que tiene cuando se le ocurre algún, «horror», y se tumba a mi lado con las enaguas levantadas hasta el pecho.

—*Mai que venès, me fa pas de marrit sang*[37]… No me digas que no, gatita…, me vuelvo loca sólo de pensarlo… su gruesa…, su gruesa polla dentro de mí, mientras tú… tú me chuparías como ahora… Y nos verás… nos verás tan bien…; verás lo tiesa que se le pone… y cómo… cómo abre mi coño… oh, me estoy corriendo, Agnès, ¡me estoy corriendo!… y ya no es por tu lengua, sino sólo de pensarlo… ¡Oh, cómo gozo…!

En efecto… goza sin parar, con contracciones, y un momento después me siento aspirada, devorada por esa boca que busca mi botoncito y consigue ponerlo duro entre sus labios. ¡Ay, Dios mío, qué gusto!

En cuanto a lo que me propone, no digo categóricamente que no. Desde que los vi, no hago nada más que lamentar que no me lo propusieran ese mismo día, pues con la excitación que tenía no habría sopesado el peligro, mientras que ahora sí lo hago. ¡Sería ponerme la soga al cuello! Me retendrían y me obligarían hacer lo que ellos quisieran.

Sin embargo, Boniface… Su gruesa… gruesa… cola… Si se masturbara sobre una de mis enaguas… La tiene casi tan gruesa como la del burro. Estoy segura… Y debe descargar mucho más lejos que Jousè… Mucho más fuerte… Ay, qué bruja es y qué ideas más locas tiene…

El martes, el jueves y el viernes, tengo clase con mi pastorcito. ¡Qué relajante me resulta tenerle como intermedio entre esas dos posesas de la carne! Y, además, no temo nada de ÉL: ni chismorreos, ni brutalidades, ni frases hist… Si me apetece algo, me basta con comenzar a hacerlo. Si no, me

contento con acariciarle la bragueta diciéndole: «No, no, Jousè, hoy no», y enseguida vuelve a ser el alumnito demasiado aplicado de los primeros días.

Tengo una hucha destinada a él en la que meto mi propio dinero; al final de las vacaciones me deberá el saber leer bien, escribir bien, y contar bien, y tener en su bolsillo cerca de cien francos (quizá mamá redondee la cifra), que le supondrán un buen comienzo en la vida. Yo le deberé haber perdido, debo confesar que divirtiéndome, algunas de mis inocencias, y saber más o menos cómo hacerle una paja a un hombre. Quizás algún día me sirva para algo. Podré inscribirme en los álbumes de sociedad como: «Srta. A. de S., masturbadora a domicilio», pues como dice mi madre en otra de sus máximas: «No hay oficio estúpido, sino personas estúpidas».

¿Y Mathilde? A veces me he preguntado si era más loca o más sensata que Emmeline. Pero está claro que es más sensata. Ambas van detrás de los hombres y de las mujeres como las moscas con la miel, pero mientras que Emmeline lo hace a la buena de Dios, Mathilde sabe calcular y esperar.

Martes 14 de agosto

Todavía no he abierto el sobre que Mathilde me confió hace ya algunos días. No es que no me importe: viniendo de ella, seguramente me será provechoso lo que haya dentro, ya sean cartas, libros o dibujos. Pero todavía no he encontrado el tiempo y la tranquilidad necesarios para verlo. Ésta es la época del verano en que más invitaciones hacemos y casi todos los días tenemos ocho o diez invitados, aparte de la familia. Y, lo que es más, estamos en plena cosecha y he tenido que aceptar que Jousè no viniera a clase esta semana. Pero también es verdad que, levantándose antes de salir el sol y acostándose al anochecer el pobrecillo no iba a estar demasiado animado para hacer sus ejercicios de caligrafía, y menos todavía para nuestros recreos.

Como si no bastara con los invitados y los segadores para

hacerme trabajar, a nuestros curas les ha entrado un gran fervor: este año quieren celebrar por todo lo alto el día de la Asunción y de la Santísima Virgen María, protectora de Francia:

> No hay más que guirnaldas, no hay más que astrágalos,

en todo el pueblo y sobre todo en nuestro parque. Y yo, apremiada por mi madre y el padre Carassus, corro de un palio a otro, de los centros de flores a los canastillos de pétalos de rosas, y de un niño a otro para hacerles repetir machaconamente las letanías a la Virgen en un francés aproximativo. Quiero decir que si mi pluma y lo demás están inactivos, no es por culpa mía: no se puede estar en misa y repicando.

Sé perfectamente que la religión es necesaria para el pueblo, sobre todo en estos tiempos tan difíciles que nos ha tocado vivir, en los que los radicales y los socialistas alzan la cabeza ¡y ya ni siquiera temen pregonar su ateísmo en sus reuniones, aplaudir el anarquismo y prometer la próxima llegada del régimen *igualitario*! La prueba está en los desastrosos resultados de las elecciones del mes pasado.

¡La Virgen María nos libre de tal catástrofe, pues volveríamos a los terribles días del triunfo de la Comuna! ¡La Santa Virgen y el Sagrado Corazón de Jesús! ¡Y el general Boulanger! ¿Qué sería de la propiedad si no hubiera curas ni soldados?

A mal tiempo buena cara. ¡No queda más remedio! Nada de diario mañana y casi nada pasado mañana, día después de la fiesta, que, al ser de primera clase y con adornos blancos, irá seguida de una misa de acción de gracias el jueves y de unas vísperas. Después habrá que trabajar para dejarlo todo en orden.

Por ahora tengo que ir obligatoriamente a confesarme para poder comulgar mañana. Por suerte el padre Dioudonnat se encarga hoy de las confesiones, pues el vicario está dedicando sus jóvenes fuerzas a la construcción de los palios.

Confesaré mi acostumbrado pecado de negligencia o de frialdad durante mis ejercicios píos, la gula, la falta de diligencia a la hora de obedecer a mis padres, e incluso, para no parecer demasiado niña, el haber disfrutado demasiado tomando un baño desnuda y haberme quedado en él durante más tiempo del necesario. Es un pecado, ya lo sé, ¡pero no saldré demasiado mal librada! Me voy ahora mismo.

Jueves, 16 de agosto

Padre, me acuso de haberme entregado hace un momento a tocamientos impúdicos sobre mi persona y de haber disfrutado mucho. Y todo por la culpa, por la culpa, por la grandísima culpa de esa cochina de Mathilde y de los daguerrotipos que me entregó a cambio del álbum japonés; como esta mañana me he salido de misa en el *Ite missa est* y he conseguido así tener media hora para mí antes de que mi madre volviera al castillo y de que comenzara el ajetreo de una comida de doce invitados, me he decidido a tomar conocimiento (estilo notarial) de estos daguerrotipos nada más subir a mi habitación para cambiarme de vestido, cosa que por otra parte no he hecho. Cuando digo «hace un momento», me refiero a «esta mañana», ¡pues estamos en la hora de la siesta!

No sé exactamente si se dice «*el*» o «*la*» daguerrotipo. Además, es una palabra que utiliza la gente mayor: hoy los aficionados hablan de «pruebas fotográficas» o incluso de «fotografías».

Las de Mathilde son realmente especiales. Hay ocho y, colocadas en orden una detrás de otra, cuentan la historia de un recluta que va a decir adiós o buenos días a su paisana, que debe de trabajar como nodriza en casa de unos burgueses. El soldadito viste el uniforme del Regimiento 69 de húsares. Lleva un 69 muy visible en el cuello y otro en el quepis. Dentro del estilo campesino, es un chico más bien guapo. Ella, una gruesa y guapa muchacha vestida con una camisa, le recibe sin ningún remilgo en su habitación,

sentada en una especie de cama baja. En la segunda fotografía, le ha sacado la polla del pantalón del uniforme y él se ha quitado su dolmán y lo ha dejado en el respaldo de la única silla.

En la tercera, la polla del guapo militar se ha hinchado en la mano de la nodriza, de donde sobresale un buen trozo. El pantalón se le ha bajado hasta los pies. En la cuarta, ella se ha subido la camisa hasta los pechos y se dispone a engullir el trozo de polla que sobresalía de su mano hace un instante. Abre la boca como si estuviera en el dentista, y él se sujeta la polla con la mano derecha para hacer la ofrenda. En las dos siguientes (hay unos números escritos a lápiz en el dorso de las pruebas), ella está sola y muestra al fotógrafo su naturaleza o su «tienda», con las piernas muy abiertas. Para que no nos equivoquemos acerca de sus intenciones, abre el vello del pubis y todo lo demás con las dos manos, como a Mathilde le pedía su marido que hiciera. ¡Dios mío! ¡No me imaginaba que se pudiera tener tan grande y tan abierto! ¡Casi se ve el interior!

Después del delantero, el trasero. ¡Cara y cruz! ¡El escenario y los bastidores! Esta vez se halla de rodillas en el borde de la cama y casi no se ve nada más que su enorme trasero, cuyos hemisferios también separa con las manos, hacia atrás, de modo que el fotógrafo ha podido tomar desde muy cerca una sorprendente panorámica del «valle»: ¡siempre esa enorme pelambrera y el sexo colgando tontamente! ¡Es casi tan grande como el de una yegua! Y encima un agujerito (no tan pequeño, por otra parte), muy negro y lleno de pliegues.

Aquí me detengo un momento y reflexiono. ¿Puede una mujer rebajarse a hacer tales cochinadas, por mucho que su marido o su amante se lo pidan, por muy enamorada que esté?

Hace sólo dos meses mis conocimientos se limitaban a las «revelaciones» del dormitorio de la Inmaculada Concepción, es decir, era tan inocente como un recién nacido. Cuando el predicador nos hablaba durante la Cuaresma del pecado de la carne, yo intentaba imaginar a qué se refería exactamente.

Durante mucho tiempo creí que era comer carne el viernes. Después me imaginé que era quedarse demasiado tiempo en el cuarto de baño y disfrutar haciendo pis o caca (¡perdón, diario!, después de esto te quemaré al final de las vacaciones) y que eso era un pecado mortal. La prueba estaba en que nadie había visto nunca a ningún cura ni a ninguna monja entrar en el cuarto de baño o salir de él, por lo tanto no iban: Dios les había concedido una gracia muy especial que les evitaba cometer este pecado.

Después comencé a comprender que el pecado de la carne era «algo sucio» como el caballo del Bois de Boulogne o el burro del molinero. Hace tres semanas estaba ya un poco más adelantada, pero después he aprendido mucho más. He hecho bastantes de esas cosas sucias, y he visto y oído muchas más. ¡Pero en todo caso no eran tan sucias como esta doncella abriéndose de piernas para que la polla de su trovador entre mejor!, supongo.

Por cierto, me había olvidado de él. ¿Estará mirando también mientras fotografían a su amiga? ¿Le excitará? ¿Excita eso a los hombres o les repugna? Esta muchacha tan gorda parece una vaca esperando a su toro mientras mastica heno. ¡Mucho peor, pues una vaca no se abre de piernas!

Pues bien, el soldadito vuelve a aparecer precisamente en la penúltima… prueba. Se puede ver que se la coloca a su paisana más o menos como se la colocaría a una vaca, totalmente de pie detrás de ella, que está a cuatro patas en la cama. Es interesante e instructivo: nunca lo había visto hacer de esta forma, ni en el álbum japonés, ni a Gonzague, ni a Boniface. Tendré que probar con mi pastorcito, ¡pero en el otro agujero, por supuesto! Seguro que se puede.

La prueba de que se puede es que justamente ahí es donde el soldado presenta su arma en la última escena fotográfica. El fotógrafo se ha debido de acercar, y se ve claramente que el arma ha comenzado a entrar. ¡Pobrecilla! ¡Espero que la disfrute! Porque la tiene tan gruesa como la de Boniface, al menos en las fotografías, e igual de tiesa. Es cierto que la nodriza no es una delicada señorita como yo, sino una palurda que seguramente no es la primera vez que lo hace.

Pero eso no quita para que…

Ya está. De repente el agujero comienza a picarme con rabia y no tengo otra cosa para meterme que el dedo anular, y lo muevo tantísimo ahí dentro que ya no puedo escribir. Hasta la…

Viernes, 17 de agosto

Ha llegado el momento de las grandes despedidas. Sólo quedaban aquí dos de mis pretendientes. Georges P. W., del que con mucho esfuerzo he conseguido que deje de fruncir el ceño dos o tres veces durante su estancia, y Géraud de R. B. En cuanto a Georges P. W., nos separaremos del mismo modo que nos hemos *frecuentado*: una elegante indiferencia. Mi pequeñísima fortuna no es un objetivo para él, y está claro que, aunque no lo diga, le parezco demasiado alocada para poder ser la mujer de un banquero.

En cuanto a Géraud, es otro cantar. Mi «pequeñísima» fortuna es un objetivo importante para su madre, y para él, por muy poco interesado que sea. ¡Y mi humilde persona le parece la octava maravilla del mundo! Si todavía alberga alguna esperanza sobre nuestro futuro en común, mi deber es quitársela. Le he dicho claramente a mis padres que dejen que yo me encargue de quitarle las esperanzas. Hemos quedado en que lo haré mañana, durante nuestro último paseo, en el que Emmeline irá de carabina. He acordado con Emmeline que nos dejará completamente solos, cara a cara y durante media hora, en el rincón más desierto del bosque de Maures, y que vigilará para que no nos molesten. ¡Porque yo tengo mis propias ideas sobre cómo debe ser una despedida como Dios manda a un pretendiente!

Sábado, 18 de agosto

Esta noche no he cenado casi nada: el paseo con Géraud me ha quitado el apetito. Como tengo el rostro

resplandeciente, al círculo familiar le ha extrañado que no comiera, y cuando he cometido la torpeza de decir que estaba mareada —a pesar de que he atribuido mis náuseas al tiempo tormentoso—, he sorprendido un brillo asesino en los ojos de mi madre. Vamos, vamos, mamá, tranquilidad. No va a ser Géraud quien me convierta en una joven deshonrada, sobre todo comportándome como me comporto. De todas formas, el niño ya está soñando con los angelitos. En cuanto a lo demás, mañana veremos. Por la mañana diré que estoy enferma.

Domingo, 19 de agosto

Si Catulle Mendès está en lo cierto, he aquí al querido Géraud esclavizado para el resto de su vida por el «beso infame» que le he dado a probar; pues estoy segura de que he sido su «primera amante». Y heme aquí convertida al mismo tiempo en una heroína de novela, y en una devoradora de vírgenes nubilidades, como diría el autor. Sin embargo, no tengo la sensación de haber cometido un crimen demasiado grave; solamente he dado a Géraud el pequeño regalo de despedida que se merecía por su constancia, y al mismo tiempo me he entregado a una sabrosa experiencia, nunca mejor dicho lo de sabrosa.

Nuestra escapada se ha desarrollado tal y como yo lo había previsto con Line. Nada más irse ella, el pobre muchacho se ha mostrado más amedrentado que nunca al encontrarse solo con la señorita de su vida en un marco tan encantador. He juzgado más honesto y prudente no eternizar las explicaciones:

—Géraud, no espere que me case nunca con usted. No estamos hechos el uno para el otro. Es usted el más delicioso de los enamorados, pero seguramente yo le haría muy desgraciado, etcétera.

Una vez que, sin demasiados lloriqueos, he acabado la tarea de la ruptura, le conduzco pérfidamente hacia un rincón del valle que conozco desde hace años, una especie de hondonada cubierta de hierba que no puede verse desde el

sendero, pues la ocultan unos arbustos de espino. Me siento de cuclillas en la cálida hierba e invito con un gesto a mi decepcionado pretendiente (no tan decepcionado: tengo la sensación de que nunca se había hecho demasiadas ilusiones con este matrimonio) a que se siente enfrente de mí, en una gran roca cubierta de musgo. Como veo que duda, insisto:

—Ha estado usted tan a menudo a mis pies, Géraud, que es justo que ahora yo lo esté a los suyos. Además, prefiero la hierba al musgo. Venga usted aquí y charlemos como buenos amigos, porque seguimos siéndolo, ¿no es cierto?

No me parece nada mal la forma en que nos hemos colocado. Mientras Géraud se seca furtivamente los ojos, gesto que (piensa él), se impone en estas circunstancias, me acerco lenta, imperceptiblemente, a sus rodillas, sobre las que coloco mi cabeza como si yo también estuviera postrada por el dolor o como si tuviera la intención de jugar con él a «pío, pío, que yo no he sido». Tímidamente intenta levantarse y alejarse. Le retengo con firmeza y me sitúo junto a él.

A partir de ese momento, todo ha transcurrido de la forma más agradable del mundo, sin demasiadas palabras ni gritos. A pesar de sus ahogadas protestas y de sus respingos no me ha costado nada sacar de su pantalón una prueba consistente de su capacidad marital. Creo que es así como lo dicen los notarios.

Es un poco más gruesa que mi pulgar y algo más larga que el ancho de mi mano, pero es recia y fuerte, una auténtica polla. Unos cojones muy redondos y un vello rubio adornan la joya. La inspecciono con curiosidad, pues es sólo la tercera o cuarta que veo, sin contar con la del asno, mientras que Mathilde, por lo que me ha dicho, está a punto de llegar a la número cuarenta.

Me enternece. Hago deslizar muy suavemente el capuchón que me impide admirarla por entero. ¡Dios mío, qué bonita es! No me hace falta acariciarla para excitarla, pues el calor del sol y el de mis dedos la han hecho endurecerse lo suficiente (¡seguramente a pesar suyo, pobre tonto mío!) como para poder jugar con ella, y no lo bastante como para asustarme.

Primero la animo, jugueteo con ella dándole unos delicados lengüetazos, como le he visto hacer a Emmeline, después lamo con aplicación esa gruesa ciruela roja. Estos entremeses me han excitado muchísimo. Noto que ya me estoy humedeciendo y que, si pudiera masturbarme, me correría al mismo tiempo que él. Con la condición de que él se corra, por supuesto, y que la emoción y la novedad no le quiten la respiración o hagan que el placer le llegue demasiado pronto. ¡Pero no! Cada vez está más empalmado y parece resignado a dejarse violar.

¿Y yo? ¿Y si fuera incapaz de llegar hasta el final después de haber soñado tanto con este momento? ¿Y si de pronto me entra asco? Después de todo, lo que estoy haciendo es medio por gusto, medio por educación, pero la tercera mitad, la de mis ganas, no llega. Y, además, ahora que he pasado la prueba con éxito puedo escribirlo: tenía miedo. «La de Géraud», como diría Line, no es enorme; pero yo no tengo la boca tan grande como para que me quepa entera… ¿Podré respirar una vez que la tenga dentro? ¿Y cómo evitar hacerle daño con los dientes?

Para empezar me meto en la boca el capullo. Su polla huele agradablemente a muchacho recién lavado y tiene un sabor dulzón nada desagradable. Soy muy sensible a los olores, a los sabores: de la fruta madura, de la nata demasiado batida, de los caballos, del musgo húmedo, del heno amontonado… Antes de conocer a Mathilde, es decir, en la Inmaculada Concepción, me fascinaba olerme durante un buen rato los dedos después de habérmelos pasado y vuelto a pasar entre los muslos. El olor a axila de Linette me extasía, el sabor a animal salvaje del coño de Mathilde me enloquece.

El hambre entra comiendo, y me enardezco: me meto más polla en la boca, todo el capullo y un poco del resto, y meto la lengua y trato de colocar los labios de una forma que no le haga daño. Las manos de Géraud se crispan en mis cabellos, primero para intentar apartarme sin convicción, después, por el contrario, para aplastar casi brutalmente mi rostro contra su vientre. Balbucea:

—No, no, Agnès, es una locura, ¡déjeme!

Pero lo quiera o no, se le agranda y se le endurece en mi boca, llena de esa presencia palpitante. ¡Es realmente agradable! Me meto todavía un poco más. Hacer una mamada es menos difícil de lo que pensaba: el único secreto es que te guste. Subo, bajo, y a cada descenso me parece que chupo más y más polla. Tan pronto acelero el movimiento como lo ralentizo para respirar un poco y sentir mejor después cómo el capullo va entrando cada vez más en mi boca. ¡Y siento también cómo se aproxima su orgasmo! El pobrecillo —no levanto los ojos hacia él, pues estoy muy atareada con mi asunto— debe de estar sufriendo una exquisita tortura…

Empiezo a cansarme de tanto movimiento y de mantener la boca tan abierta, cuando, por suerte, siento por el ardiente endurecimiento de su polla y por la convulsión de sus manos en mis hombros que nos acercamos al clímax. ¡Prodigiosa sensación que por desgracia no dura! Entra una última vez y de repente descarga en mi boca con un ardor y una abundancia que nunca habría imaginado. Continúo chupando con frenesí y me trago sin vacilar una buena parte de ese chorro untuoso y repugnante… y, metiéndome una mano por debajo de las faldas, comienzo a masturbarme para gozar intensamente un instante después al sentir cómo él se corre.

En cualquier caso, el semen de hombre es agradable… Mathilde dice que le gusta mucho «tragarse el humo»: yo estaba asqueada, pero creo que a mí también me gustará, con la condición de que no sea demasiado abundante. Es agradable, pero no por el sabor (no se parece a nada que yo conozca, a nada bueno por lo menos), ¡sino por la sensación de que el líquido de otro cuerpo entre en mi propio cuerpo! Me he debido de pasar de la raya, pues estoy al borde de una crisis de nervios, y Géraud…

¡La campana! ¡El desayuno! ¡Rápido, rápido! ¡Continuaré dentro de un momento!

El mismo día a las cuatro

… y Géraud se había simplemente desmayado, con gran inquietud por mi parte. Pierdo la cabeza y, llena de náuseas, le zarandeo y le doy algunos cachetes, pero no consigo que recupere la conciencia: ¿no estará fingiendo que está desmayado para evitar tener que dar explicaciones? Al final, la llegada de Line nos saca del apuro. Se acerca, nos mira a los dos, y sólo se le ocurre decir lo siguiente:

—*Et bè mamisèlo, a pas trop l'ér gaïlard, ce pôbret! L'avès mangé ou quoi*[38]*?*

Me echo a reír como una loca y Géraud vuelve en sí con aspecto de encontrarse un poco perdido (yo lo estaría con menos), baja los ojos y descubre que ha sido violado en toda regla y que el objeto del delito cuelga tristemente ante los ojos de Linette, que, por otro lado, no se emociona nada al verlo. Se acerca a él mientras yo me levanto, se sube la falda hasta los muslos y le suelta:

—¿Y a mí, señor Géraud, no me quiere hacer el amor a mí también? ¡Me he excitado tanto al verle!

¡Será capaz! ¡Qué desvergonzada! Pero no parece que él esté muy dispuesto. Por lo demás, debe apreciar muy poco el tipo de diversión que ella le propone, pues farfulla dirigiéndose a mí, al mismo tiempo que se arregla torpemente:

—¡Usted, Agnès, usted, a quien yo tanto idolatraba! ¡Usted, a quien esperaba hacer mi esposa! ¡Qué bajo ha caído! Y esta chica…

¡Qué ingratos son los hombres! Linette se ríe a carcajadas, pero yo me tengo que contener para no abofetearle. Bah, los dos estamos cansados y nerviosos, ¡y con razón! Me contento con replicarle:

—Calma, querido, calma. ¿De qué se queja usted? ¿De no casarse conmigo? Pero, pobre Géraud, le habría sido infiel delante de sus narices a la semana siguiente de nuestra boda. ¿Eso es lo que usted deseaba? Para consolarle, le he hecho gozar, le desafío a que me diga lo contrario, como

seguramente nunca había gozado y como, por supuesto, no tendrá muchas oportunidades de gozar en su vida. ¿Por eso me censura?

Me mira con espanto, como si hubiera hablado en zulú, y masculla mirando a Line:

—Lo que usted está diciendo es espantoso. Esta joven la ha pervertido hasta el alma y todavía se atreve…

—Se atreve ¿a qué? ¿A ofrecerse a usted, que no se la merece, y que la rechaza groseramente? ¡Es usted un tonto!

Ante esto se calla, taciturno, y emprendemos el camino de vuelta después de hacerle comprender que si hace la más ligera alusión a lo que ha pasado, le deshonraré para siempre. Les cojo del brazo a él y a Linette y volvemos al castillo siendo tan buenos amigos como cuando salimos.

Da igual, se ha ido esta mañana sin que le haya vuelto a ver, pues estoy «enferma». Pero no estoy enfadada con él. Es tan fácil que a uno se le escape alguna palabra torpe… Dejo mi pluma por hoy. Aún no he acabado de digerir el semen.

Lunes, 20 de agosto

Estas vacaciones, mis primeras vacaciones de mujer, llegan poco a poco a su fin. Hace apenas dos meses descubría al lado de Line la estaca colgante del asno de Boniface. En estos dos meses (nueve semanas exactamente, y otros tantos «domingos después de Pentecostés») la curiosa y no demasiado tonta señorita (esa suerte tiene), pero totalmente formal, que comenzaba a descubrir la vida, se ha convertido, digámoslo sin rodeos, en una joven prácticamente perdida en todos los aspectos, salvo en uno, que al fin y al cabo es el único que me importa: aquel que, según la sociedad y mi libro de misa, diferencia a las «vírgenes» de las «esposas». Pero ¿y yo? ¿A qué misa, a qué oraciones tengo derecho? ¿A la de las Vírgenes? ¿A la de las Esposas? No sabría decirlo y menos todavía podría preguntárselo a mi confesor. Utilizando el proverbio de Mathilde, a mi futuro esposo sólo le queda apoderarse de uno de mis agujeros, pero, para ello deberá

sacarse del nido un pájaro de una especie rarísima. Estoy segura de que ni siquiera se le pasará por la cabeza que los otros agujeros ya hayan podido recibir acogedoramente al primer recién llegado, o casi.

Yo con Emmeline, Jousè, Mathilde, Géraud… Linette con el señor de A., Mathilde con Norbert, Line de nuevo con el tío Henri, Mathilde también con Jousè, estoy segura pero me importa un bledo, y quién sabe, quién sabe, Emmeline con Mathilde, Norbert con mi doncella (¡eso sí que me pondría realmente furiosa!), el pequeño vizconde con Julien, el general Boulanger con la República, ¡y el padre Carassus con la Santísima Virgen! *Chi lo sa?*

Durante estas vacaciones habré descubierto algo mucho más importante que el placer físico: la conspiración del silencio y del secreto en la que tantos hombres y tantas mujeres participan para ocultar sus placeres, ocultándolos en mayor medida cuanto más reprensibles son. ¡El mundo perdona todo lo que ignora! Y si esta conspiración no fuera tan general, ¿quién compraría esas fotografías *eróticas* de las que yo sólo conozco una muestra, pero que, según Mathilde, se venden a cientos y casi abiertamente? ¿Quién leería esos libros de los que ella tiene un gabinete lleno en París, y que se ofrece a prestarme cuando yo vuelva allí?

A propósito de estos libros, ayer por la noche llegué con una mezcla de interés y de desagrado, sobre todo de lo segundo, hasta casi la mitad del que me dejó hace una semana encima de la mesilla de noche con las mejores intenciones del mundo, pues son unos *Diálogos destinados a la educación de las jóvenes señoritas* con una advertencia que dice: «La madre prescribirá la lectura a su hija». ¿Ah, sí? ¡Más bien tendría que decir que se la «proscribirá!».

He tenido la dicha de haber comenzado mi aprendizaje por mí misma, con mucha suerte y no poca curiosidad, y, en buena parte, gracias a mi diario y a haber abierto este libro sólo después de haber hecho completamente sola mis primeras reflexiones sobre la singularidad de las cosas referentes al sexo, que nuestros padres y nuestros educadores se ponen de acuerdo en mantener envueltas en una oscuridad

impenetrable, cuando un poco de apetito, de ese que entra comiendo, nos las descubre tal y como son en realidad: bastante fáciles y sencillas.

En estos *diálogos* ocurre todo lo contrario: la conjura no consiste en ocultarlo todo, sino en decirlo todo casi de golpe, sin que a la encantadora Eugénie —que, según el libro, tiene como mucho quince años, y a quien se trata de espabilar y de hacer mujer—, le dé tiempo a experimentar ningún tipo de estupor ni a hacerse ninguna pregunta. ¡No! En el primer cuarto de hora sabe mucho más de lo que yo he aprendido en seis meses de observaciones y de reflexiones. ¿Dónde está el placer?

Y además, no me gusta nada que el héroe de la historia se limite a ser un adepto de «las delicias de Sodoma». ¡Si sólo lo hiciera con mujeres…! Pero las mujeres sólo son para él una forma de salir del paso, una excepción en su regla de conducta. ¡Si yo supiera eso de un hombre, por muchos encantos que tuviera para hacerse amar por todas las mujeres y por muy locamente enamorada que estuviera de él, me produciría horror! Podría perdonar a Jousè que se hubiera «divertido» un poco con los muchachos de su edad antes de conocerme, ¡pero si ahora lo siguiera haciendo no se lo toleraría!

¿Y para qué tanta maldad, tanto látigo y tantas blasfemias? Son demasiados quebraderos de cabeza para, al final, llegar al mismo resultado.

Espero que Mathilde no tenga esos gustos, es decir, que no tenga nada que ver con ese tipo de hombres y con ese tipo de amores. Pero, eso sí, me apuntaría encantada a los caprichos libertinos ideados por la ardiente imaginación (en esta «filosofía» es donde he encontrado la expresión «caprichos libertinos») de su señor marido. ¡Son mucho más divertidos que malvados y más coquetos que sucios!

El mismo día por la noche

¡Qué peripecia! ¡La novela-folletín del general vuelve a

estar de actualidad! Este mediodía han recibido un telegrama en Uzès que ha producido aquí el mismo efecto, pero en el sentido contrario, que el que anunciaba la derrota del general en las elecciones de la Ardéche: en el norte, en el Somme, y en la Charente-Inférieure, «nuestro» Boulanger ha ganado con bastante diferencia a los republicanos. Es un triunfo para la señora de Uzès, que nunca ha dejado de creer en su gran hombre a pesar de todos los reveses. Esta vez, hasta mi padre está emocionado. Se ha limitado a decir que no se podía hacer nada contra tal huracán de locura popular; que, ya que estábamos en un régimen «democrático», había que aprovechar las ventajas y sufrir los inconvenientes, pero que presentía que después no iba a suceder nada bueno; que por supuesto era necesario un sable para prevenir la amenazadora vuelta de la anarquía, pero que el del general le parecía muy curvo. Después ha añadido que, si en vísperas del golpe de Estado, el emperador era un sable de acero en una funda de tela, el general podría perfectamente no ser más que un sable de hojalata en una funda de cartón. Me pierdo. A fin de cuentas, ¿por qué me iba a preocupar por entenderlo?

Mis pretendientes ya se han ido. Los volveré a ver dentro de un mes o dos en París, solícitos pero no apremiantes, lo mismo que yo. Esperan a que sea rica gracias a la donación de la tía Lydie, lo cual es un secreto a voces que conocen todos los cazadores de dotes de París. La presa ha salido de su guarida, de acuerdo, pero el acoso no comenzará antes de seis meses. Y, una vez dueña de mi pequeña fortuna, deberán pasar unos cuantos meses más antes de que comiencen a repartirse mis despojos.

Hasta entonces me aprovecho y me aprovecharé del tiempo que aún tengo por delante, y no me quedaré con hambre si el Cielo me concede mis deseos y Mathilde me ayuda. Me gustaría poder reunir a estos señores, a los cinco o seis que pretenden oficialmente mi mano, y decirles:

—Señores, sólo uno de ustedes será mi esposo, y yo soy quien lo elegirá. La elección no dependerá de su dinero, pues yo lo tengo por dos; ni de su nobleza, la tengo por tres; ni de

su encanto, lo tengo por cuatro. No, señores, dependerá de la única cosa que ustedes tienen y yo no… Presenten… ¡armas!

¡Qué espectáculo! Pobre Agnès, decididamente estás loca de atar. ¿Te los imaginas a todos sacándose el «arma» del pantalón a la voz de mando y afanándose por levantarla más tiesa que la del vecino pensando en mis granjas y en mis «torre Eiffel»? Es posible que las cosas funcionen así entre los cafres o entre los zulús, pero nuestro *fin de siglo* les da una apariencia más decente.

Miércoles, 22 de agosto

Ayer, jornada totalmente *deslavazada*. Regreso de Mathilde y partida de casi todos los parisienses, unos decepcionados por mi poca prisa en dejarme colocar el anillo en el dedo, y otros para encontrarse lo más pronto posible bajo la mirada del próximo rey de Francia, pues ya nadie duda de que después del inesperado acontecimiento del domingo, la República de los canallas está herida de muerte. Sólo es cuestión de semanas, de días, dicen los más apasionados, para que se disuelva la Asamblea, se forme una nueva y se promulgue una nueva Constitución que nos devolverá a nuestros príncipes.

¡Sea como fuere, este año no habremos hecho otra cosa que ir a las urnas! ¡Cuando digo *habremos*, es una forma de hablar! ¡Tendría que escribir *habrán*!

Papá también se ha ido: según él, para «vigilar la Bolsa» y especular un poco con las rentas; el tío Henri está más marsellés que nunca y mamá se ha ido con Valérie, Emmeline y Louis-Armand a la feria de Beaucaire. Van a elegir unas telas (que, según ellas, son mucho más bonitas y menos caras que en París) para volver a hacer las cortinas del salón principal y tapizar un sofá, pues mi madre ha decidido hacerse en el saloncito un rincón provenzal, una *radassiére* muy agradable como la que tenemos aquí. No será una excursión corta pues aprovechará para visitar, con mi hermana y mi hermano, a todos los parientes que viven a uno

y a otro lado del río.

Dentro de un momento tengo clase con Jousè, y también la semana que viene, ¡y después, adiós muy buenas! ¿Echaré de menos a mi mimoso? Me temo que sí. ¡Una joven con mal de amores no encuentra fácilmente en París un enamorado tan discreto, con tan buen carácter y tan guapo!

El mismo día por la noche

Lo más difícil de los recreos que, cada dos páginas de caligrafía o de cuentas, nos tomamos mi alumno y yo, y que estoy segura de que no conocen en las escuelas sin Dios de Jules-Ferry-Tonkin[39], ha sido siempre conseguir una hora de absoluta tranquilidad. Si sólo le masturbo, le da tiempo a subirse los pantalones antes de que yo abra la puerta. Una de las cláusulas de nuestro amigable y tácito acuerdo, como diría mi notario, es que, si estoy dispuesta a hacer algo más, echo el cerrojo y me pongo un vestido muy ligero. En caso de máxima alerta, debe meterse debajo de la cama; lo demás corre de mi cuenta, aunque no sepa muy bien cómo.

El hecho es que nunca se ha dado el caso. Sólo en dos ocasiones en que estábamos muy poco presentables, Mathilde ha dado unos golpecitos a la puerta para avisarnos de que los pasillos le parecían poco seguros.

Hace un momento estábamos con el cerrojo echado, como debe ser, y yo llevaba un vestido de muselina azul muy ligera, el de los días de canícula; este vestido no tendría nada de censurable si me hubiera puesto las enaguas, las medias ¡e incluso los pololos!, es decir, si no fuera desnuda debajo de la gasa; pero, dejando de lado otros comentarios, ¡qué a gusto me encuentro!

Con un niño como Jousè (pero ¿es realmente un niño o sabe mucho más de lo que quiere aparentar?, ¿será que es tímido?) tengo que hacerlo yo todo. Sólo tiene buena voluntad, y la buena voluntad no sustituye a la experiencia. No es que yo tenga mucha más que él, ¡pero yo investigo!, ¡me las ingenio!, ¡preveo!

En mi condición de dueña de la casa, he enviado a Julien al final del parque y a Félicie al fondo de la huerta. Así que ¡dispongo de una hora de tranquilidad! Llama a la puerta, voy a abrirle. Como es tímido pero no tonto, al ver el castillo desierto, mi vestido y el cerrojo, ha debido de hacer los mismos cálculos que yo, aparte de que él lleva más de una semana de ayuno forzoso que le ha descansado y le ha abierto el apetito, al menos eso espero. Sí, exactamente una semana: nuestro último recreo lo tuvimos el viernes antes de la Asunción y fue todo un éxito. A las pollas les debe de ocurrir lo mismo que a las piernas de los mocetones del Cyclist's Tourning Club, del que mi primo Raoul de S. es un ferviente admirador: se ensanchan y se endurecen con el ejercicio… El caso es que aquel viernes le tuve que pedir que interrumpiera su entrada en escena para echarnos bastante crema los dos, pues me costaba mucho dejarla entrar. Es cierto que pensando que «el aburrimiento nació un día de rutina», se me ocurrió acostarme boca abajo en la cama, con la cabeza apoyada en la almohada y el vestido subido hasta los riñones, e invitarle a colocarse encima de mí «¡como lo hacen las personas casadas, Jousè!». Con la única diferencia (pero él no se inmutó) de que las mujeres casadas no se tumban boca abajo sino boca arriba, como nos enseñaba Véronique de la P. en el cuarto de la ropa blanca de las mayores, en el tercer piso de la Inmaculada Concepción.

Esta vez no era la flacucha de Véronique quien se movía encima de mí, sino ese muchacho te que, aunque pesa ciento veinte libras, no es nada torpe sino, por lo que he podido juzgar, bastante delicado: una vez untado de crema, tuvo mucho cuidado de entrar suavemente por donde había que entrar y no «en otra parte», como si «esa otra parte» no existiera para él. También es cierto que, cuando me la hubo metido del todo, comenzó a aplastarme con sus movimientos de riñones, pero habría hecho mal en quejarme… Era la primera vez que me sentía forzada por un hombre, que me sentía (pero no me atreveré nunca a escribir la palabra, es demasiado repugnante)[40]…, que me hacía daño y que tenía

ganas de que me lo hiciera, que quería sentirme… como una yegua, y que yo me [*la parte inferior de esta página y la superior de la siguiente han sido tachadas con tinta*] he vuelto a levantar, me ha chorreado durante un rato por los muslos.

Pero me lío, divago como la anciana señora de V., que se va tanto por las ramas que nunca ha conseguido, que yo sepa, llegar hasta el final de un relato; no paro de dar rodeos. ¡Pero son tan pocas la veces que puedo escribir tanto sin que me molesten!

Volvamos a hoy. Recordemos su apetito, el mío, el vestido de muselina y el cerrojo echado. Y el calor, que en mi habitación se hace bastante soportable. Recordemos también las fotografías del soldadito de la semana pasada…

A causa de ellas he querido asegurarme de que por la tarde tendríamos una clase que podríamos alargar todo lo que quisiéramos. Desde hace cinco días tengo la cabeza llena de fantasías, me hierve la sangre, ¡me entran unas fiebres que no podría calmar ni con diez tabletas de antipirina, pues me imagino a nosotros dos representando al natural las escenas de las fotografías! Sin fotógrafo, está claro, ¡pero todavía estará más claro si lo digo! ¡Ay, diario, diario! ¡Qué locuras no me habrás hecho cometer…!

Esta mañana he vuelto a mirar las escenas de las fotografías chupándome el pulgar, como un niño que mira un libro de imágenes, para acordarme bien del orden que debo seguir. ¡Pues no es cuestión de enseñárselas a mi *partner*! El uniforme del Regimiento 69 le sentaría bien, pero nos contentaremos con su blusa de sarga negra y sus pantalones de tela de Ales. En cuanto a mí, me merezco diez veces más que esa gruesa moza que me fotografíen con mis enaguas de nansú blanco, que me pondré dentro de un momento. Pero no importa, jugaremos a las fotografías sin fotógrafo.

Es tarde, duermo un poco, paso por alto en este diario el asombro de Jousè, su buena voluntad para dejarse quitar completamente los pantalones y colocarse como yo le pido, dejando su chaqueta en el respaldo de una silla, para meterme de lleno en los episodios de esta… reconstrucción que tanto me excitaba cuando me la imaginaba. ¡Oh, estoy

loca, completamente loca!

Para ser fiel al orden de las escenas, primero he tenido que… hacerle una mamada a Jousè, ¡que nunca había disfrutado tanto! Sólo quería hacer un simulacro, pero ¿para qué me iba a detener estando tan bien encaminada? La tiene más gruesa que Géraud, y diré que más resbaladiza, más, sabrosa y más carnosa, aunque quizás un poco menos rígida. Si me pidieran mi opinión a este respecto, la diría, pero es muy poco probable que me la pidan. ¡Pero no! ¡No diré nada! ¡*No se habla con la boca llena*!, ¡y yo la tengo llenísima!

Las personas mayores tienen razón, ¡la experiencia siempre tiene su lado positivo! Gracias a la mamada que había hecho al memo de mi pretendiente he sabido interrumpir mi… mamada antes de que Jousè se corriera en mi boca. Era el momento: pues no sólo no había digerido aún del todo el semen de Géraud, sino que además había visto que este tipo de crisis los deja abatidos e incapaces de recomenzar enseguida. Además, no era de los entremeses de lo que tenía ganas, sino de la escena final.

En cuanto a enseñarle mi «tienda», lo he hecho con gusto. «Mirar no cuesta nada» como dicen los dependientes, y, además, todo el mundo tiene derecho a mirar. Mientras le mostraba el lado cara, confieso que me sentía más bien confusa. Ahí estábamos los dos, él a la vez fascinado y terriblemente intimidado por lo que yo le enseñaba, y yo, leyendo en sus ojos, antes de que los bajara hacia mi vientre, su fascinación y su temor; él seguramente preguntándose qué clase de criatura del diablo tenía por amante y respondiéndose que por debajo de la cintura todas las mujeres son criaturas del diablo; yo recordando lo que me había dicho Mathilde y preguntándome si Jousè, lo mismo que su marido, no iría a caer a mis pies para hundir su cabeza entre mis muslos y sintiendo no tener ni medias negras ni botines… Me pareció que todo eso duraba una eternidad… Cuando lo más probable es que sólo hubiera durado tres o cuatro minutos. Pero ¿qué es el tiempo en esos momentos?

Después de cara, cruz. Estaba a la vez más y menos

turbada: menos turbada porque sentía la mirada de mi alumno fija en mí, yo diría que hipnotizado por lo que veía, como yo misma me había quedado ante esa horrible fotografía que me mostraba el mismo espectáculo; pero su mirada expresaba también el sobrecogimiento, la vergüenza y la sobreexcitación; emociones que hace mucho más intensas el exceso en el que se participa, del que se es al menos el posible protagonista y no el *voyeur* solitario y en alguna medida separado de la vida y refugiado en su parodia inmóvil. Pero aunque yo pudiera sentir todo eso, no me afectaba directamente, pues esa mirada, que podía ser tanto la de un perverso como la de un loco, no iba de sus ojos a los míos, sino tan sólo a mis nalgas, que no es poco. Y también más turbada porque me hallaba en una postura extraña, y, para qué negarlo, *animal*, en la que yo misma me había colocado por gusto y casi con la frialdad «clínica» (es la palabra preferida del profesor Tarcaut, condiscípulo del tío Henri en el Liceo Louis-le-Grand y nuestro médico de cabecera, que no deja de emplearla a cada momento y aunque no venga a cuento en la conversación), de una enferma observada demasiado a menudo como para sentir cualquier tipo de incomodidad; postura que, por otro lado, dejó de causarme inmediatamente la menor turbación de esa clase para procurarme, por el contrario, una embriaguez de los sentidos de la más baja pero de la más intensa calidad.

Estas distintas escenas se desarrollaron en muy poco tiempo y con muy pocas palabras, pues yo puedo hacer esas cosas, pero me siento incapaz de acompañarlas y menos todavía de realzarlas con comentarios obscenos como hacen Mathilde, Emmeline e incluso ese patán de Gonzague. Sin embargo, se me ocurrió que si en ese momento *Miss* Julia se hubiera encontrado por arte de magia en el lugar de Jousè, no hubiera dejado de murmurar, y esta vez con mayor motivo, su acostumbrado: *How shocking!*

Por mi parte, me contento con preguntarle una vez más a mi mimoso si no le parezco mucho más bella que Anaïs Gratedou, quien, por otra parte, seguro que nunca le habrá enseñado tanto ni tan complacientemente. Y él se extasía en

efecto ante mis encantos traseros y denigra, ¡qué ingrato!, los de la charlatana de Anaïs.

Me acuerdo de la repugnancia que sentí al ver las dos últimas escenas de la comedia fotográfica y que entonces confié a mi diario. Pero ahora, la muchacha gorda que espera a su soldado como una vaca espera a su toro (creo que éstos son los términos que utilicé), masticando heno como mastico yo ahora la tela del cojín, soy yo, Agnès de S…, y separo mis muslos como ella para que mi campesino me meta su polla o su falo, como Mathilde me ha dicho que se la llama sobre todo en nuestro mundo, del mismo modo que se la metería a una vaca de su establo…

Pero hay una gran diferencia dentro del mismo acto, que en efecto es innoble porque es animal sin tener la justificación de la animalidad, si no es la que llevamos dentro de nosotros y que nos negamos tan obstinadamente en reconocer y en satisfacer a nuestro gusto dependiendo de que esté más o menos cercano a nuestra animalidad del momento. Ese acto, evocado detrás de una cortina de palabras convencionales (el pecado de la carne, esas prácticas que van «contra la naturaleza» y de las que el autor de la *Filosofía* afirma por el contrario que van a favor de ella porque vienen de ella, o esa «sodomía» que tanto divertía a Mathilde), provoca en nosotros un horror sagrado, pero que sólo es el efecto de una palabra que nuestro cuerpo no conoce, ni siquiera presiente. En una conversación más bien «libre», como las que he tenido con Mathilde o Emmeline, sobre todo si se ve interrumpida con caricias, la evocación de ese mismo acto apenas sorprende un instante, y sólo resulta estimulante si es alusiva, y excitante si es más concreta. ¡Es un germen depositado en nuestras locas cabezas!

El dibujo o la fotografía nos lo hacen más cercano; el germen se calienta, crece, se refuerza. Puede suceder, como me ha sucedido a mí hace un rato, que la posibilidad de su realización se nos presente en un momento en que nuestra animalidad triunfe sobre la repulsión que siente nuestra mente, y que esta misma repulsión se añada a nuestro placer. No nos basta con ser amados, necesitamos que nos amen de

un modo sucio. ¡Ay, qué lejos estoy ya del asco que sentí hace dos meses cuando vi por primera vez amarse a una mujer y a un hombre…!

Por eso los sacerdotes tienen razón en mantener entre esas cosas y nosotros una auténtica muralla china de ignorancia. Una joven que no llegue al matrimonio completamente idiota, es una joven perdida.

Y está claro que una mujer que no continúe siendo durante su matrimonio tan idiota como lo era de soltera, también está perdida… Si un descuido permite a nuestra inteligencia concebir de un modo un poco más real, y esto se puede aplicar a nuestro propio cuerpo, lo que debe permanecer para nosotros desconocido y prohibido, ese germen de realidad crecerá dentro de nosotros consiguiendo arrastrar a la más protegida de las jóvenes, atada de pies y manos, hasta donde yo he llegado: ¡a rebajarse a tales cochinadas, como yo misma me decía hace sólo una semana! A gozar, me digo hoy. Y por eso me coloco y me vuelvo a colocar en el gran diván de mi habitación, que me sirve para descansar por la tarde y que he elegido hoy para estos retozos porque es mucho más bajo que mi cama, mostrando constantemente a Jousè, sin dejar de hacer oscilar y ondular, como lo haría una gata en celo, ese lado cruz que él descubre en este momento bajo su mejor aspecto y que espero, sin verlo, que le haga empalmarse como un toro. En efecto, siento que se acerca a mí, que se coloca entre mis piernas y toca mis nalgas, y le animo sin volver la cabeza:

—Vamos, grandullón, vamos, acércate, no temas… Sí, sigue avanzando… Colócate bien tú solo… Sí, vamos, ahora… Híncala… ¿Estás bien? ¡Ay, ay!, me estás desgarrando… No, no te salgas… Vuelve… Cógeme las caderas… Así… ¡Más!… ¡Más!…

Lo hace, y ahora es él quien me fuerza a dejarme empalar más profundamente con cada sacudida. Y…, sí, tendré el valor de escribirlo: paso la mano hacia atrás, entre mis piernas, para cogerle el falo en el momento en que sale, y le hago ir y venir suavemente un poco más abajo, a lo largo de mí. ¡Qué maravilla! Después lo he vuelto a colocar en su sitio

y, acto seguido, se ha corrido dentro de mí. Mucho.

Jueves, 23 de agosto

Hace un calor de morirse, lo que me impide lanzarme a largas consideraciones filosóficas como las que escribí ayer tan tarde y tan compendiosamente. Por lo demás, hace algún tiempo que cumplo muy mal con mis deberes caseros; nos falta petróleo, cerillas, jabón de Marsella, trípoli, cera para los zapatos, crema para las manos, aparte de la tinta y de muchas otras cosas más. Por eso, Julien, Félicie y yo nos vamos inmediatamente a Nimes y estaremos fuera todo el día.

Pues sí, estuve jugando con Jousè a la vaca y al toro, y a frío, frío, caliente, caliente. ¡Y me enardeció! ¡Y me dolió y me gustó que me doliera! Sin embargo, no demasiado: ¡gracias, crema! ¡Y también me comporté como la más desvergonzada de las criaturas! Y todavía peor, porque las que se prestan a eso o lo desean no se vanaglorian de ello. Y yo lo he hecho.

Me olvidaba de que hoy ha habido una noticia de mucho impacto: el general Boulanger parece haber desaparecido por completo de París desde el lunes o el martes. Sus oficiales y sus tropas se hacen preguntas al respecto, pero sin demasiada inquietud. Estará entre las faldas de alguna conquista.

La otra noticia proviene de Mathilde. Dios sabe qué medios habrá empleado, pero estamos las dos invitadas en el mayor de los secretos a ir mañana a visitar el molino.

Viernes, 24 de agosto

Acabamos de volver de nuestra alocada expedición y ahora tenemos una hora por delante para estar tranquilas en mi habitación, hasta que suene la campanilla de la cena. He salido de la expedición sana y salva, ¡pero en qué estado! Mathilde no deja de abrazarme, de tranquilizarme y al mismo

tiempo de reírse como una loca recordándome algunos detalles un poco atrevidos, como por ejemplo:

—Pero ¿has visto cómo se ha corrido, Agnès? No sé si podrás volver a ponerte ese vestido…

Me es imposible contarlo todo esta noche, pues estoy temblando y no puedo sujetar la pluma entre los dedos.

Sábado, 25 de agosto

San Luis, rey y confesor, fiesta doble, especialmente grata a nuestros corazones. Por muy grande que sea mi afecto por nuestros príncipes y mi respeto por la memoria de Luis XVI, no voy a misa. Esta mañana tengo un poco de fiebre: la tendría por menos de la mitad de lo que hice. Aprovecho mis dos horas de tranquilidad para escribir deprisa y corriendo un relato fiel de los hechos, un «reportaje», como dice el señor Goncourt en *Querida*, que leí el año pasado a escondidas y que entonces me pareció un poco fuerte. ¡Lo que ha llovido…!

Este relato no estará lleno de sol, de molinos y de cigarras como los de Daudet. Si tuviera que describir Provenza siguiendo el estilo de este autor, cogería manía a esta región, si eso fuera posible. Con un poco de retraso, porque estuvimos a punto de caer en los brazos del notario Duponchel y de su esposa (que iba con sombrilla, capellina y vestido de seda color malva), de los que pudimos escapar escondiéndonos como dos colegialas detrás de unas cañas, antes de ayer nos encontramos, pues, en el umbral del molino, donde nos esperaba el señor Boniface, que nos hace entrar a toda prisa y cierra con dos vueltas de cerrojo la puerta de abajo. Está muy amable y comprendo que sea el objetivo de todas las *maridadouros*[41] de la región.

Por el momento, no se jacta de nada y Mathilde lleva todo el peso de la conversación. Lo hace de maravilla, relaja a nuestro molinero, en cuyo brazo se apoya sin ningún apuro para no tropezarse (dice), y se escapa enseguida con él al piso de arriba después de que yo haya farfullado que estoy

cansada y que, además, ya conozco el molino. Debo dejarles solos unos diez minutos, según las instrucciones de Mathilde, y después entraré en escena. La continuación corre de su cuenta.

Una vez transcurridos los diez minutos, subo y me detengo en el descansillo presa del pánico, pues de pronto soy consciente de la locura que me dispongo a hacer. Mathilde se dejaría matar para encubrir mis locuras; su calma y su audacia me tranquilizan, pero ¿y Boniface? Y además,

> no todo consiste en beber, es necesario salir de aquí.

Ya he bajado dos escalones, dispuesta a huir, cuando una vocecita interior me murmura: «Qué tonta eres. ¿Qué puede pasarte? Boniface no es tan necio como para ir pregonando sus aventuras a voz en grito, y mucho menos las que tiene con las damas del castillo. De todas formas, el mal ya está hecho. Piensa más bien en lo que te espera…».

Y etcétera. Me escucho con complacencia y, además, lo confieso, desde que vi a Boniface haciendo el amor con Linette me siento dominada por una idea fija: domesticar yo también esa máquina regia, sentirla hincharse en mi mano, ante mis ojos, en mi boca si es necesario… Adelante, ya está decidido. Empujo muy despacio la puerta, echo una mirada furtiva y les veo enseguida en el fondo de la habitación, junto a la ventana: Boniface, que me da la espalda, besa ávidamente a Mathilde y le hurga entre las faldas. Me acerco, tan emocionada como cuando hice mi aparición en el salón principal el día del baile de mi presentación en sociedad, y ya estoy justo al lado de ellos, cuando él va y se da la vuelta. Sorprendido, deja a Mathilde y, con los brazos caídos, balbucea:

—Ah, está usted aquí, señorita Agnès, estábamos mirando el Ródano, pero ahora bajamos; bajamos enseguida.

¡Qué torpe! Por suerte, Mathilde, que nos ve petrificados a los dos, me sonríe y retiene a Boniface por el brazo.

—¿Qué es eso de irte, tontorrón? Hace un minuto no

decías eso. ¿Es que ya no me deseas?

Como no responde, ella se contonea y él pone un gesto tan teatral que nos echamos a reír los tres, ella abiertamente, nosotros todavía un poco apurados. Y Mathilde prosigue:

—¿O es que le da miedo la señorita Agnès? ¡Con lo buen mozo que es usted!, ¡qué tontería! ¿No le daré miedo yo?

Se aprieta contra él, le desliza la mano a lo largo del pantalón y, mientras se atarea con sus pantalones de nankin azul, le dice:

—Parece ser que tiene usted la cola más bella de toda la región, señor Boniface. Eso es lo que hemos venido a admirar y no la vista sobre el Ródano, ¿no es cierto, Agnès?

Boniface, colorado como un tomate, se ríe neciamente, y yo, igual de colorada que él, asiento con la cabeza. Pero de todas formas me acerco, sin atreverme a proponerle a Mathilde mi ayuda, y una vez que ella ha acabado de desabrocharle, me dice a bocajarro:

—Ven a cogerla, Agnès; una mano de virgen la hará empalmarse todavía más; yo, mientras tanto, me quitaré los pololos.

Obediente (además ya comienzo a excitarme viendo a Mathilde bajarse hasta los pies el pantalón), deslizo mi mano en el pantalón de nuestro molinero, hurgo un instante y se la cojo. Guío con un poco de dificultad hacia fuera del pantalón esa masa de carne caliente que se estremece, se me sale de la mano, se hincha y se endurece bajo mis dedos. Al verla, Mathilde da un gritito:

—¡Qué bonita es, querida! ¡Sácala del todo, saca también los cojones para que yo los sopese!

¡Qué extraña, qué embriagadora sensación! Yo, Agnès de S., joven de excelente familia, destinada bajo el patronazgo de san Luis Gonzaga a llevar la casta existencia de las alumnas de la Inmaculada Concepción (bordados, misas y un buen matrimonio), ocupada en acariciar viciosamente a un hombre al que apenas conozco, el hijo de un molinero, un campesino, y, todo hay que decirlo, acariciándolo con toda aplicación. Mientras escribo esto ya un poco más en frío, me doy cuenta de que lo que me empuja a este tipo de aventuras

es el placer de desafiar en secreto, como lo hace Mathilde, la pudibundez de los seres que me rodean y de comportarme como una mujer de carne y hueso y no como una muñeca mundana.

Pero ese placer no me llevaría a ninguna parte sin esa locura que se apodera de mí en cuanto una carne de hombre o de mujer está dispuesta a tocar la mía.

Y si me gustara por instinto, como me gustan el sol o las flores, ¿qué tendría de censurable? ¿Es un crimen que en vez de preferir a mis iguales, para masturbarles o chuparles, prefiera a las doncellas y a los buenos y fuertes molineros? Por debajo de la cintura, dice mi sabia amiga, todos los hombres, todas las mujeres, son iguales, y su valor depende del placer que sepan proporcionar. El placer con Linette y Boniface es seguramente más fresco y más natural que con el barón cito o con mi hermana Véronique.

En ese momento no tenía tiempo de hacer todas estas reflexiones. Seguía con lo que estaba haciendo, muy orgullosa de ver subir a mi encuentro la enorme cola, después de pasar con suavidad su brillante capullo bajo el vientre de Mathilde, que se había subido las faldas y afirmaba mirándonos:

—Verdaderamente es un animal magnífico. Hace mucho tiempo que no había visto una tan bonita. Agnès, ¿tú qué dices?

Me quedo callada. La polla de Bouni no es del todo una novedad para mí. Pero una cosa es verla, y otra tocarla y empuñarla, y comprendo que una mujer pueda cometer locuras por eso. ¿Cómo se puede vivir sin esas embriagueces después de haberlas conocido?

Mathilde, con los ojos brillantes y con el vestido subido alrededor de la cintura, daba vueltas alrededor de nosotros riendo de placer y repitiendo:

—¡Qué bonita es! ¡Qué dotes tienes, Agnès! Mira cómo le haces empalmarse. No puedo retenerme más, vete un instante, vete a quitarte los pololos tú también para que Boniface pueda masturbarte. Mientras tanto, yo me ocuparé de él.

Y ahí me tienen, sin ninguna vergüenza,

desabrochándome tranquilamente los pololos delante de un hombre, deslizándolos a lo largo de mis piernas, subiéndome yo también las faldas hasta la cintura y avanzando hacia ellos, me imagino que con la misma gravedad que tenía mi tatarabuela, la marquesa de S., mientras avanzaba hacia Luis XVI el Bien Amado, una noche que cenaron los dos en privado. Me gustaría que Mathilde me mirara, pero está ocupada en otras cosas: la veo inclinarse hacia Boniface, darle algunos besos rápidos aquí y allá y algunos lengüetazos más insistentes en esa especie de capullo gigante que se yergue hacia su rostro, lamerlo con devoción… Se interrumpe un instante para decirle:

—¿Qué haces con tus manos, perezoso? ¿Y tú, querida, cómo quieres gozar quedándote plantada tan lejos? Acaríciame por detrás, ¿quieres?, estoy mojando como una fuente.

Después vuelve a coger su… biberón, y esta vez se lo traga con frenesí. Así devorado, nuestro molinero no deja de pasar su gruesa y torpe (pero suave) mano por mis riñones y por mis nalgas, para después buscar un poco más abajo una entrada que en un principio le niego apretando las piernas. Yo misma me he inclinado sobre Mathilde, que separa generosamente sus muslos y cuyo coño mojado de rocío se ofrece voluptuosamente a mis dedos. Ella se retuerce, gime, y, sin embargo, no deja de hacer lo que había comenzado. Con las dos manos en las caderas de Boniface, se la mete todavía más a cada bajada y su hermoso culo blanco se levanta rítmicamente para ofrecérseme mejor. Aprovecho para concretar mis caricias y le meto el dedo como sé que a ella le gusta, mientras nuestro molinero balbucea:

—¡Qué bien la chupa! ¡Cómo me la aspira! Deme usted su coñito, señorita, se lo ruego… Sí, separe bien sus nalgas, coloque bien su culo…

Y las separo, lo coloco; no tanto por obedecer a Boniface como a mi cuerpo, que ahora reclama esos gruesos dedos de hombre que me arrancan gemidos de placer. Entonces Mathilde se levanta, me besa de forma apasionada con una boca que huele agradablemente a hombre y me dice:

—Voy a pararme, Agnès, quiero verle correrse encima de ti mientras tú me haces gozar.

Debemos formar un grupo muy pintoresco, los tres apretados los unos contra los otros, la mano de Boniface detrás de mí y moviéndose entre mis nalgas, la mía entre las de Mathilde, la de Mathilde irguiendo en el centro de nuestro círculo una cola más brillante y tiesa que nunca. Como tenemos dos (manos), las segundas se deslizan por los pechos y los cojones, y Mathilde besa sin parar todo lo que pasa a su alcance. De repente se convulsiona y balbucea:

—Voy a gozar, voy a gozar… ¡Y este enorme cerdo también! Acércate, querida, su semen te va saltar a la cara, no temas nada… Qué bien te masturba, ¿verdad? Vamos, ángel mío, ¡vamos a corrernos todos juntos!

Y me acerco enloquecida, los ojos fijos en ese enorme capullo que adquiere un color violeta entre los dedos de Mathilde, hasta que de pronto surge una explosión espesa y entrecortada que me salpica completamente. En ese mismo instante, Mathilde inunda mi mano… Resoplamos, gemimos, Boniface profiere auténticos rugidos, Mathilde me araña y me muerde. Estoy agotada, tengo ganas de llorar y de reír; entonces ella me coge entre sus brazos, me tranquiliza, me seca suavemente con sus enaguas los muslos, por donde corre el líquido y me hace sentarme cerca de ella en el viejo banco.

¡Qué recuerdos, Dios mío! Todo esto ocurrió antes de ayer, y ya es como un sueño o una pesadilla… ¡Qué rápido se me pasa el tiempo escribiendo! Aunque también es cierto que he escrito diez páginas con una letra muy apretada. ¡Dios mío, si ya son más de las once!

El mismo día, con otra caligrafía

Mi condición de mujer (¡y de mujer de letras!) justifica mi curiosidad y mi condición de invitada me permite disponer del tiempo suficiente para saciarla. No había que ser muy inteligente para adivinar que Agnès llevaba un diario, y como no soy del todo una extraña para ella, me he supuesto que

hablaría un poco de mí.

Cuando Agnès lo retome, me perdonará la indiscreción al saber que las páginas del diario que he leído esta noche (prometo leérmelo hasta el final algún día) me han producido un gran placer y algunos celos. Decididamente nos encontramos ante una jovencita muy bien dotada: es virgen, pero está llena de deseos; ha sido educada en un convento, pero es mucho más desvergonzada que yo; es inocente, pero escribe barbaridades con una pluma que envidio… A pesar de todo esto y a causa de todo esto, es adorable, fascinante. La adoro, me fascina.

Domingo, 26 de agosto

Supongo que tenía que ocurrir algún día. Teniendo en cuenta hasta dónde ha llegado mi relación con Mathilde, esconderme de ella (eso creía al menos) para llevar mi diario no tenía mucho sentido y me hacía la vida imposible.

Además, hay tanto ajetreo estos días en el castillo y tanto trabajo que sólo puedo garabatear algunas líneas para no tener remordimientos de conciencia.

Esta mañana, Mathilde, Emmeline y yo hemos ido cogidas del brazo a la misa mayor, del mismo modo que iban a Romainville en *Véronique*[42], y más contentas que unas castañuelas, un poco demasiado para el gusto de mi madre. Por suerte, el sermón del padre Carassus nos ha hecho volver a fijarnos en las cosas serias. Ha recordado con energía, e incluso con vehemencia, lo que él llama las verdades esenciales: «La Iglesia, mis queridos hermanos, es el último escudo de nuestra sociedad, asediada por los descendientes de los regicidas… Mientras la religión no haya sido restaurada en nuestro hermoso país como lo estaba antes, mientras no consigamos que los descreídos y falsos sabios se vuelvan más modestos y hagamos callar a nuestros enemigos, etcétera. No descuidemos los Santos Sacramentos, queridos hermanos, son nuestra armadura más segura en este combate, etcétera. El que tenga que rezar que rece; el que tenga que

trabajar que trabaje sin quejarse…».

¡Había dado en el clavo! A la salida, Boniface nos ha saludado a las tres de una forma que me ha parecido un poco burlona.

Lunes, 27 de agosto

Hoy, mi señora madre me ha hecho un comentario acerbo: no se me ve lo suficiente en el piso de abajo. ¡Tiene razón! Además, Mathilde acapara mi diario. Lo lee, lo relee, corrige una palabra aquí y otra allá, se extasía (por pura bondad, estoy segura) y me hace prometer que se lo daré a ella en vez de quemarlo, como era mi intención.

El mismo día, con la escritura de la señora de M.

Sí, sí, virgen loca, sabes escribir mucho mejor que la mejor de las plumas, te lo dice una novelista que está de moda. Has encontrado un medio para ganarte la vida, en el caso de que el millón de tu tía desapareciera. Pero habrá que poner mucha agua de rosas en todo este semen; si no, ¡dudo mucho poder conseguir que acepten tus ideas en el *Gil Blas*, por mucho que insista!

Y, puesto que nos encontramos en el diálogo bucólico, déjame confesarte que desde la semana pasada me muero de ganas de sentirme forzada por tu prodigioso molinero… ¡Tiene que metérmela, aunque me quede tullida! ¡Y metérmela ante tus ojos! [*Faltan varias páginas*] recogernos a la hora convenida en la linde del bosque de los Maures, que hemos atravesado sin encontrar ni un alma. Desde allí hemos llegado hasta el molino dentro de la parte trasera de la carreta, que iba cubierta con una lona; íbamos muertas de risa como unas colegialas, al menos Mathilde, que estaba muy excitada ante la idea de aprovecharse de ese muchachote. Por el camino nos hemos cruzado con cuatro o cinco personas, pero nuestro molinero llevaba la carreta a

trote largo, ¿y quién podía imaginarse lo que había debajo de la lona?

El molino estaba desierto y, nada más llegar, nos condujo a su dormitorio: una habitación grande y agradable de campesino amante de las comodidades. Paso por alto los preliminares, que Mathilde hacía ir a buen paso, y le cedo a ella el placer de escribir la continuación.

El mismo día, viernes, 31 de agosto, con la escritura de la señora de M.

La pobre Agnès está cumpliendo con sus obligaciones para con los invitados, no la volveré a ver hasta la hora de la cena. ¡Qué pena! ¡Pero qué bien escribe la bribona!

Así pues, ya estamos los tres en el molino, en la habitación del molinero, ella un poco turbada pero atenta, él lleno de vanidad ante esta doble aventura, no muy activo pero lleno de buena voluntad, y yo frotándome solapadamente contra él e inspeccionando al mismo tiempo nuestro campo de batalla. Un buen tanto a nuestro favor: la cama es inmensa, una cama lisa y dura de madera de olivo, hecha para durar cien años y acoger, si se presentara la ocasión, a un regimiento de dragones. Un gran armario con espejo, no demasiado mal colocado y un desahogo detrás de la cortina que debe de servir de cuarto de aseo al molinero.

Agnès, al verme pensativa, me tira de la manga y me susurra:

—No estoy tranquila, Mathilde, ¿qué hacemos?

La tranquilizo. Y, como de todas formas nos tenemos que decidir, envío a Boniface a «ponerse cómodo» detrás de la cortina.

—Vuelva cuando le llame, maestro Boniface. Agnès y yo también nos vamos a poner cómodas, no mire usted.

No cabe duda de que nuestra novicia está resplandeciente. Me bajo rápidamente el vestido hasta los pies para animarla y ella me imita. Las dos hemos salido sin pololos, para ganar tiempo, y sus muslos iluminan la habitación. La cojo entre

mis brazos, nos besamos durante mucho tiempo, nos masturbamos un poco para relajarnos. Nosotras nos… Pero, Santo Dios, qué habrá estado haciendo Boniface por su lado, durante todo este tiempo. ¡Pobre desgraciado!

Le llamo, abre la cortina y sale de su retiro, desnudo de cintura para abajo. Está claro que este molinero es un hallazgo. Mientras avanza hacia nosotras y Agnès se gira púdicamente, lo observo con atención. Comienza a empalmarse y, enseguida, nos apunta con una magnífica cola, larga, gruesa y fresca, adornada con unos testículos de toro.

Míralo, Agnès, en vez de esconderte como una tonta. ¿Te das cuenta de lo que se me viene encima?

En efecto, eso me preocupa bastante. No tengo ningún interés en que me aplaste ese mocetón que debe de pesar sus buenas ciento ochenta libras. Así pues, le hago tumbarse en la cama, un poco en diagonal, con la cabeza y los hombros sobre unos cojines. Su rostro rojizo expresa más sorpresa que impaciencia, lo que no le impide palpar y manipular enérgicamente mis nalgas. ¡Dios mío, ya estoy mojando! Agnès me interroga con la mirada:

—Quisiera que él te acariciara un poco antes de que me jodiera, ángel mío. Súbete a la cama y ponte a horcajadas encima de él; yo lo vigilaré para que no haga tonterías.

Obediente, se sube las enaguas, se las recoge en la cintura con su cinturón de seda y se coloca sin demasiados titubeos encima de nuestro empalmado, a quien esta peripecia se la levanta por completo. Me reúno con Agnès, yo también con las faldas subidas, y empuño la polla del molinero para hacerla ir y venir suavemente entre las piernas de mi loca amiga. Al contacto con esta piel tan delicada, se tensa y adquiere un bello color encendido, mientras Agnès, con las manos crispadas en mis hombros, jadea de miedo y de placer. ¡Este campesino es capaz de violarla!, ¡y ella en el estado en que se encuentra tampoco se resistiría!

—¡Un poco de paciencia, señor Boniface, se lo ruego! Y tú, Agnès, ¡cómo le haces empalmarse! ¡Cómo estás mojando! Apóyate en mí, no temas nada.

Mientras tanto, nuestro hombre había lanzado una

primera descarga, y yo ya veía que me quedaba en ayunas. Éste es el precio de pasar demasiado tiempo en las antecámaras. Le hemos dejado jadear un poco, después le he pedido a Agnès que lo reanimara con su blanca mano mientras yo me subía encima de él para que degustara un sabroso marisco. Por suerte, Boniface es de esos pocos hombres que saben tomarte como tú deseas y a quien no les asusta una fantasía. Henos aquí, pues, Agnès y yo, cara a cara encima de este gran cuerpo, de rodillas como dos penitentes, ella masturbando y creo que también chupando cuando se le presentaba la ocasión, yo chupada, y nuestro hombre chupando, masturbado y chupado, en resumen, sumergidos en el más encantador *ménage à trois* de mi vida. De vez en cuando, Agnès me besaba fogosamente, susurrándome que estaba impaciente por verme penetrada. Bouni, sordo y mudo, y con razón, resoplaba entre mis muslos y yo me abandonaba a un inmenso placer.

Como nuestro rústico amante había recuperado su bella firmeza entre los dedos de Agnès y yo ya no podía esperar más (me sentía lo suficientemente excitada como para recibir a un animal), aparto a Agnès, desciendo del rostro de Boniface, que respira ruidosamente y me coloco… Pero ¿cómo voy a colocarme? Con esta montaña de carne encima de mis riñones afanándose como un buey, ni hablar. ¿Y si lo utilizo como colchón? Pero Agnès no verá nada y, todo hay que decirlo, no me apetece en absoluto que ese rostro rojizo y plácido esté demasiado cerca del mío en el momento decisivo y mucho menos respirar su espeso aliento. ¿Y si me coloco a horcajadas? Se me van a desencajar las piernas. ¡Ya sé! Como estamos en el campo, voy a brindar a Agnès una postura con la que suelo obsequiar en París a algunos de mis amantes más íntimos, por pasatiempo o por vicio, como se quiera. «A polla de caballo, culo de yegua».

Por otro lado, tengo la parte inferior de la espalda muy bien moldeada, muy expresiva y muy sensible. Y no lo digo por vanidad, es así, los más delicados de mis folladores manifiestan siempre alguna predilección por este aspecto de mi persona. Boniface no es nada delicado, pues le oíamos

exclamar mientras me ofrecía a él de rodillas y con la cabeza hundida en un cojín:

—¡Qué hermoso culo, alabado sea Dios, qué hermoso culo!

¡Bah! En esos momentos ese tipo de homenaje un poco zafio no nos disgusta. Y yo levanto el hermoso objeto en cuestión, se lo presento lo más abierto posible y me apoyo firmemente en los codos para recibir el choque. Lo que menos me gustaba es que nuestro Hércules, como ahora no tenía que vérselas con una virgen, se disponía a atravesarme por las bravas de una estocada. Despacio, amigo… Y como Agnès dudaba en bajarse de la cama, le pido:

—Quédate cerca de él y retenle un instante, querida. Me gustaría mucho que tú misma me introdujeras ese taladro. Vigila que esté empalmado como su asno, hazle ir y venir por los bordes de mi conejo antes de metérmelo, así gozaré más. Y tú, muchachote, ocúpate de ella, ¿para qué tienes dos manos?

Todo se realiza, lo intuyo, como lo he pedido. ¡Es un placer dirigir a unos actores tan dóciles! Los sentía afanarse detrás de mí, los dedos de Agnès escudriñando tanto mis intimidades como las del molinero. Los sentía pero no los veía, pues, colocada como estaba, el armario con espejo me servía de poca ayuda. Vuelvo, pues, a dar la palabra al mejor testigo de este juego.

Sábado, 1 de septiembre

Mathilde estaba contando divinamente nuestra aventura, por lo cual me siento muy confusa al tener que relevarla. Gracias a ella, he vivido unos momentos maravillosos: a caballo encima de Boniface, con las piernas totalmente separadas encima de su cola, sentía su mirada sobre lo que ella llama mi «conejito» que ya estaba húmedo. Y, además, estaba esa cola, que ella paseaba despacio contra mi carne atenta y excitada. ¡Ay! ¡Qué gusto, qué gusto…! Es como un dedo enorme, pero infinitamente más cálido, más imperativo,

más suave. Cada vez que volvía a pasar —guiada por la mano de mi querida Mathilde, que sentía contra mis muslos—, cada vez que se demoraba en este lugar, me recorría una nueva oleada de placer. Después, en medio del vértigo, me sentía presa del miedo, miedo a que esa bruta me forzara a pesar de Mathilde, y me daba cuenta al mismo tiempo de que yo misma separaba las piernas hasta hacerme daño y que el molinero empujaba dentro de mí, arrancándome gritos de dolor y de placer, y que me moría de ganas, en el fondo, de recibirlo.

Finalmente, sentí con arrobamiento que se corría encima de mí, y que esa cosa ardiente y violenta que ahora conozco tan bien se derramaba desde mi interior a su miembro y a la mano de Mathilde. Yo balbuceaba, medio riendo medio llorando, abandonándome en los brazos de Mathilde y contra el cuerpo de Boniface todavía agitado por algunos sobresaltos. Me sentía mujer a medias, completamente preparada para, la próxima vez, dejar entrar en mi interior la carne de un hombre que me comprendiera y me respetara, no la de Boniface. Pero también comprendía a la perfección que en ese momento Mathilde deseara con tanta pasión abrirse al monumento empapado de semen que yo masturbaba con aplicación.

Interrumpo aquí estas reflexiones sobre el acontecimiento. Mathilde, que acaba de entrar en la habitación y lee por encima de mi hombro, me murmura al oído que tenemos el tiempo justo para… despeinarnos y volvernos a peinar antes de bajar a cenar.

Domingo, 2 de septiembre

«Nuestro» Norbert ha venido de Uzès para pasar algunas horas en el castillo, para decirnos que seguían sin tener noticias del general y que él mismo se reuniría al final de la semana con su guarnición de Rambouillet. Volverá, seguramente el viernes, para presentar sus respetos a mis padres.

Una hora después de su partida, Mathilde me hace un gesto para que me reúna con ella en un aparte, y me entrega un billetito, con todas las de la ley, de «su» húsar. Lo copio:

> «Me voy, mi demasiado bella Agnès, sin haberme atrevido a decirle que sólo usted ocupa mi pensamiento y mi cuerpo, que mi pensamiento y mi cuerpo sólo sueñan con usted, sólo aspiran a usted. En mí, se acumulan nubes de caricias. ¿Aceptaría usted que descargaran sobre usted? La esperaré el miércoles, a partir de las nueve, en la hondonada de las Hadas de la Maltournée.
>
> »Apasionadamente suyo,
>
> »Norbert».

He recibido ya algunas cartas de amor y dos o tres billetitos, pero éste es el más apasionado y sincero. ¿Quién habría pensado que este húsar iba a ser capaz de hacer con tanta desenvoltura una invitación galante?

Sin embargo, no le falta desvergüenza, y a Mathilde tampoco, pues no duda en convertirse en la emisaria de sus cartas de amor. Porque, al fin y al cabo, ¿es necesario que recuerde que les he visto, lo que se dice visto, y oído, hacer el amor a tres pasos de mí? Fue hace exactamente un mes, un miércoles por la noche, justo antes de la cena, cuando Mathilde creía que yo estaba en el piso de abajo. Yo estaba en mi habitación, echada en la cama, pues me encontraba algo cansada. Oí que alguien entraba en su habitación y entonces me acerqué sin hacer ruido hasta un lugar del tabique donde sé que las tablas de madera están separadas y de donde hace mucho tiempo arranqué un trocito de tapicería. ¡El castillo no tiene ningún secreto para mí! ¡Sería una lástima que a estas alturas todavía tuviera alguno!

Oh, no jodieron durante demasiado tiempo, quizá sólo unos minutos. Sólo pude ver que Mathilde le hacía sentarse en una silla y que después se sentaba a horcajadas encima de él, con las faldas levantadas y dándole la espalda. Parecían estar jugando a

> Mathilde va a París, en un caballo gris,
>
> ¡al trote, al trote, al galope, al galope, al galope!,

pero sin reírse. Norbert llamaba a Mathilde «¡Guarra!» y prácticamente le gritaba: «¡Ah, ya estás gozando, guarra; querías mi polla, ¿no?! ¡Pues tenla, guarra, aquí la tienes!»; y Mathilde respondía horrores todavía peores…

No esperé hasta el final y bajé lentamente. De ese modo, cuando Mathilde me vio en el comedor, pudo pensar que su «congestión» había pasado inadvertida. Al día siguiente, arranqué por despecho de mi diario las dos páginas en las que yo contaba la historia. Estaba celosa de Mathilde y de Norbert. Después se me pasó… Los celos son un sentimiento muy tonto. Me gustaría tan poco sentir que yo soy la propiedad de un hombre como sentir que yo soy su propietaria.

¿Iré a pesar de todo? Por supuesto, con alegría y sin pololos. Pero tendré que ser prudente… y necesitaré a Mathilde para llevar a cabo con éxito la escapada. Ni siquiera sé lo que tengo que decir, pues el que fue durante mucho tiempo mi diario ahora es un poco de las dos.

El mismo día por la noche

Mientras llega el miércoles, volvemos a nuestro idilio con el molinero, puesto que Mathilde insiste en que acabemos y autentifiquemos el relato antes de su partida, el próximo domingo.

Así pues, ahí me tienen devolviéndole el servicio que ella acababa de prestarme, es decir haciendo ir y venir entre sus muslos el aparato del molinero. Intentaba no perder ningún detalle de lo que Mathilde llama tan delicadamente los «pétalos de su flor», pero que, en realidad, al menos en esos momentos, eran como dos banderas empapadas en sangre que formaban, junto con el vello casi negro de su pubis y sus nalgas de una blancura perfecta, una especie de animal

fantástico. En cualquier caso, ¡compruebo que mi pintor japonés no exageraba tanto sobre el enorme tamaño del bambú y del crisantemo! Y Mathilde se vuelve a medias para preguntarme:

—¿Ves mi coño, Agnès? Espera, voy a inclinarme todavía más. ¿Ves cómo tu mirada hace que me humedezca?

En efecto, se inclina hacia delante y su ancha grupa lechosa se despliega ante mis ojos.

—¡Qué bello es, Mathilde, se diría que los dos vais a estallar! Es magnífico, va a entrar a pesar mío, tengo miedo. Pobre Mathilde, ¡va a desgarrarte hasta hacerte sangre!

—No, no, vamos, métemela, llevo soñando con este momento desde hace diez días. Sí, por ahí, guíala con tus dedos, separa también los bordes de mi conejo. Ah, qué fuerte, qué dura es… ¿Ves bien cómo entra, querida?

El bueno de Boniface pone toda su buena voluntad en exhibirse ante nosotras. ¡Seguramente le gusta también estar oyendo a dos locas, que es lo que probablemente le parecemos, a dos damas de la alta sociedad como dos perras en celo, expresar su admiración ante su intrépida polla de intrépido molinero! O quizá su indolencia natural se complazca en la espera que le imponemos, puesto que de todas formas está seguro de entrar.

En efecto, él avanzaba, a medida que las nalgas de Mathilde retrocedían para ir a su encuentro, y yo veía delante de mis narices y sentía bajo mis dedos el conejo increíblemente distendido de ella y el miembro prodigiosamente hinchado de él. En ese momento tenía celos de Mathilde, hubiera querido sentir a ese bruto meterse dentro de mí aunque hubiera tenido que gritar de dolor. Al menos tenía alguna compensación: él me masturbaba con gran ardor y yo, al igual que Mathilde, separaba mis nalgas para recibir sus gruesos dedos. Entre dos estertores de placer, ella me grita:

—Acaríciale también los cojones, Agnou. Se correrá mejor. Y te lo suplico, méteme un dedo en el agujero del culo, quiero sentirme forzada por todos los sitios. Sí, empuja, muévelo, no puedo más, gozo como una loca…

¡Qué rápido se aprende todo con buena voluntad! Así, no contenta con hacer entrar en ella mientras gritaba de placer, y no de dolor, un aparato grueso como mi muñeca, mi voluptuosa amiga reclamaba mi dedo en una abertura más íntima todavía que se entreabría de deseo bajo mi caricia…

El resultado de tanta actividad no se hace esperar. Boniface grita magullándome las nalgas:

—¡Me estoy corriendo, me estoy corriendo! ¡Ah, guarra, trágalo todo, trágalo todo!

Mathilde repite sollozando:

—¡Sigo gozando, qué interminable placer, este monstruo me ha llenado de semen!

Y yo participo en la locura general manoseando los cojones del intrépido muchacho y suplicándole que se apodere de mi culo, que también se entreabre de amor. Cuando siento su grueso dedo entrar en mí, lanzo un grito y me arrojo a las nalgas de Mathilde que muerdo hasta hacerlas sangrar…

Por muy torpemente que cuente todo esto, se comprenderá que todos necesitáramos un cuarto de hora largo para recuperarnos de tantas emociones, y yo más de una semana para poder escribir el relato sin que mi pluma temblara demasiado. ¡Ay, si me atreviera a dibujarlo!

Lunes, 3 de septiembre

¿Estaré ya cansada de estas vacaciones? Sin embargo, las recordaré durante toda mi vida. Pero ¿no será justamente lo que han tenido para mí de inesperado, de excesivo lo que las hace cada vez menos soportables? Mis vacaciones de jovencita formal nunca duraban lo bastante para mi gusto; éstas me pesan. Es verdad que entonces suponían para mí un periodo de maravillosa libertad (al menos yo lo veía así) entre dos encierros en la Inmaculada Concepción, mientras que, ahora, cuando vuelva a París, me voy a encontrar menos libre que aquí, por supuesto, pero más que en el convento.

Por eso, cuando me enteré ayer de que el domingo volvía

a París con papá, Louis-Armand, Mathilde y Julien, que se encargará del equipaje, me puse muy contenta. Mamá se quedará quince días más con Valérie y Félicie, y yo temía que no me dejara irme. Pero seré más útil en París con «mis hombres», a quienes sus negocios les obligan a volver, que en C., donde las «mujeres» pueden pasarse perfectamente sin mí.

¡Se acabaron, pues, las escapadas, las travesuras y las locuras! Mañana daré a Jousè mi regalo de despedida, y ni siquiera tocaré su bragueta, ni siquiera bajaré los ojos hacia su entrepierna. Encontrará a la intimidante señorita de S. de nuestra primera clase.

Emmeline se queda en C. Se va a casar con Boniface. Los señores sentirán en su fuero interno no encontrarla en su puesto el año que viene. ¡Resulta que prestaba sus servicios a cambio de algún dinero! Entonces no lo escribí en mi diario, pero una mañana la sorprendí (mejor dicho, la vi), saliendo muy temprano del dormitorio del tío Henri. Y a partir de entonces me dediqué a… espiarles, ¡cómo me avergüenzo! La segunda vez que les vi estaban en un banco del parque: Emmeline estaba inclinada, y se apoyaba en el banco con las faldas levantadas, y el tío, detrás de ella, se afanaba como un leñador.

¿Será fiel a Boniface? ¿O pensarán que es más provechoso que ella se dedique durante algunos veranos más a comerciar con sus encantos? Después de todo, no se gastan usándolos, lo sé por propia experiencia. ¡Ni el delantero, ni el trasero, ni el resto! ¡Y además, los escudos y los luises se ganan más rápidamente jugando al *trou-madame*[43] que limpiando los platos! ¡Emmeline es muy capaz de dar a su marido el molinero unos cuantos hijos bien guapos engendrados durante las vacaciones!

Nos despediremos muy tiernamente esta noche o la próxima. No olvido que le debo, además de algunos funestos secretos, como diría el padre Carassus (a quien ascienden: lo han destinado a Nimes), que quizás algún día me permitan prevenir alguna desgracia, el momento más crucial de estas vacaciones y tal vez de mi vida.

Martes, 4 de septiembre

He crecido y engordado durante las vacaciones. Iba a meter en el baúl el vestido de tela de Irlanda con su entredós de encaje de Venecia y su rotonda de encaje, que traje de París con la idea de ponérmelo los últimos días de verano, cuando se me ocurrió probármelo delante del espejo de mi armario. ¡Pues bien, me queda un poco ceñido!

Yo antes me consideraba menuda; pero Mathilde me ha dicho que nunca ha visto unas nalgas más redondas que las mías, ¡y que mi rabadilla haría empalmarse a un caballo! Me contento con que haga empalmarse a los hombres. Yo pensaba que era frágil; pero en el ardor de la acción, sería capaz de seducir a tres hombres a la vez. También me consideraba tonta; pero, hoy, en cambio, me considero demasiado experimentada.

No soy una de esas rubias sosas que se desmayan a la primera de cambio, sino una rubia del sur, con mucha sangre en las venas, que debe a su nuevo apetito de placer una buena parte de su tan ponderada lozanía. Es verdad que he cambiado. Me miro en el espejo: éste atestigua que en algunas semanas me he vuelto más guapa y que mi cuerpo ha comenzado a conocer la magia de la transfiguración…

Sé de buena tinta que bajo este techo hay tres mujeres, mejor dicho cuatro, Mathilde, Emmeline, Solange de Saint-P., y yo, cuyas mentes están dominadas constantemente por el recuerdo o la espera del placer, incluso durante las ocupaciones y las conversaciones más banales, más insignificantes. Morenas o rubias, doncellas o condesas, vírgenes o casadas, veo que las cuatro tenemos el mismo brillo en la mirada, la misma ligereza en el porte, los mismos gestos alegres y vivos…

Tengamos la sencillez de escribirlo: soy una de las mujeres más bellas de Francia y una de las menos tontas. Tengo mis defectos; pero si yo fuera hombre me gustarían. ¿Quién será él? No lo sé. Los caminos de la Providencia son impenetrables, aunque yo no lo sea…

Mañana me despediré de Norbert. Adiós y no hasta la

vista, me temo. ¿Qué pinto yo en Rambouillet? ¿Y él en París? Apenas comencemos a deshojar la margarita, seremos unos extraños el uno para el otro, para siempre. Y, sin embargo, desnuda delante del armario como lo estaba en los primeros días de estas vacaciones (y, seré sincera, como lo he estado más de una vez desde entonces), cometo la locura de imaginarle junto a mí. ¿Desnuda? No, no del todo. Para gustarme y gustarle, me he puesto un aderezo de turquesas y perlas en el cuello, un brazalete de la suerte a juego y mis pendientes de oro… ¡Ah!, mis botines de tela, que me «moldean» más los pies… Y heme aquí pavoneándome, girando sobre mí misma y admirándome… Pero nada más, por esta noche. Me reservo para mañana, si Dios quiere…

Lo he arreglado todo con Mathilde para que podamos disfrutar mañana, quiero decir Norbert y yo, de una hora a solas. Sé perfectamente que ha sido ella quien lo ha arrojado a mis brazos contándole más o menos claramente algunas de mis calaveradas. Si es así, ¿podrá tener hacia mí otro sentimiento que no sea el del desprecio y otro deseo que no sea el de una fácil diversión? Quisiera tanto que todo esto [*Faltan dos páginas*] vuelve hacia su caballo, con un manojo de hierba, lo vuelvo a llamar:

—¡Señor Norbert! Es usted libre de responder o no responder a mis tontas preguntas, ¡pero ahórreme verle almohazar al caballo!

Y obedeciendo a mi pequeño gesto imperativo, se sienta muy formal a mi lado. Un poco demasiado formal para mi gusto. Pero me sentía intimidada, me daba cuenta de que el tiempo pasaba, habría deseado no haber venido… Él, lo intuyo, sopesa sus riesgos y sus posibilidades con la joven del castillo. Si no hace nada, pasará por tonto, por un… *Marqués*. Si hace demasiado, a pesar de lo que le haya dicho Mathilde, se expone a un insulto.

Mientras llega el momento, sea de volver, sea de… decidirnos, charlamos inocentemente sobre el paisaje y la gente, y yo ya me veía volviendo al castillo tal y como había salido de él. La Providencia de los jóvenes deseosos de ternura me había puesto al alcance de la mano a este *libero*

tan seductor, y nos limitamos a intercambiar frases que la misma Madre Elisabeth de María Siempre Virgen hubiera podido escuchar sin dejar de rezar el rosario.

Y ahí nos tienen, lanzándonos entre dos frases anodinas unas miradas inquisitivas: ¿se atreverá o no se atreverá? Sus bigotes despiertan mi admiración: rubios, espesos, retorcidos a lo húsar, como tiene que ser, sombrean unos hermosos labios cálidos y carnosos. Tiene una piel apetecible, perfectamente afeitada, contra la que me muero de ganas de frotar mi boca, unos ojos vivos y cálidos, ambas manos fuertes con las uñas cuidadas, con el dorso huesudo y velludo; y pienso que él también, el pobre, debe de observarme con discreción con las mismas ganas de probarme. ¡Vamos, ya está decidido! Si Mathilde o Linette estuvieran en mi lugar, me imagino que ya lo habrían hecho hace un buen rato. A pesar de que conviene que modere mis abandonos… Me da un escalofrío, paso por mis ojos unos dedos lánguidos (unos dedos lánguidos… ¿de qué mala novela lo habré sacado?) y digo con voz doliente:

—Perdóneme, me ha dado una especie de mareo. El sol, el paseo… y esas cigarras. Tenía usted razón, señor húsar, soy como un pajarito.

Dicho esto, me dejo ir hacia atrás y cuando él, un poco violento, se levanta, le retengo por el bajo de su dolmán. Comprende y se echa a mi lado en la manta, dejando entre nosotros, como en los relatos de caballería, el ancho de una espada. Después… Dios mío, no pensaba que fuera tan sencillo entregarse a un hombre. Bueno, no exactamente entregarse. Me he encontrado en sus brazos, besada, besando, respirando su olor agradable y un poco fuerte de hombre y de jinete, arañándome encantada con los brandeburgos y los botones de su chaqueta. Dios mío, qué sensación tan agradable… ¿Cómo se puede decir que una excitación tan agradable sea un crimen? De hecho el único crimen es que te descubran, como me ha dicho Mathilde repetidas veces.

Mientras me abraza sin brutalidad, mi mano derecha se desliza suavemente a lo largo de su cuerpo. A través de la áspera tela, le siento hincharse, ponerse firme, excitarse, e

intento imaginarme cuánto aumentará. En ese momento envidio la habilidad de mi doncella para forzar ese tipo de barreras. Me sentía tan ridícula luchando torpemente contra los rebeldes botones, que he estado a punto de rendirme, pero él ha venido en mi ayuda. Sin embargo, me ha dejado (todo esto sin decir una sola palabra, pero con muchos besos) que saque yo misma el querido objeto de los pliegues tortuosos del pantalón del uniforme y… ¡ya lo tengo! ¡Qué duro está!

Me separo un poco, lo saco, ahí está en todo su grosor, puedo rodearlo justo con mi mano. Me apoyo sobre los codos para observarlo y manejarlo un poco a mi gusto: no es un «Boniface», no, pero lo prefiero así. Es más a mi medida, más… humano. En contrapartida, está tenso como un arco y lo recorren pulsaciones ardientes.

Ya no soy una inocente, seguramente lo ha comprendido, y me tomo el tiempo de admirarlo y sacar del cuartel el complemento del cuerpo del ejército, dos pelotones velludos e hinchados. El sol, las cigarras, los besos intercambiados, esa gruesa carne de hombre en mi mano… Estoy a punto de perder la cabeza, y mi bello húsar no se queda a la zaga. Balbucea:

—Deténgase, Belagnou, deténgase… Me vuelve usted loco… Se lo suplico…

Pero sus manos se pierden por mi cuerpo, presionan mis caderas, intenta conducir el asunto a su gusto y no al mío. Eso no, Lisette, eso no… Si no se porta bien, bueno…, relativamente bien, revoluciono a todo el bosque. Y para que no me desgarre la enagua de punto de Génova, me tumbo de nuevo y me la subo hasta muy arriba sin dejar de acariciarle la polla suavemente.

¡Cómo me felicito por haberme quitado antes de salir de casa la muralla de corsetería y de lino que sin duda le habría quitado los ánimos para ir más lejos! Me pone la mano en las rodillas y yo las separo. Me habría gustado que él también me admirara como yo le he admirado, pero no lo hace, no debe de ser la costumbre. Sin embargo, cómo me gustaría sentir la mirada de un hombre detenerse sobre mis secretos…

Mathilde me ha dicho que tengo un conejito a-do-ra-ble: es el tipo de cumplidos que, a mi parecer, estos señores también deberían saber hacer.

Mi admirador guarda silencio (no tengo en cuenta las palabras aisladas), pero su mano se instala con firmeza entre mis muslos, alcanza mi carne un poco crispada, y, milagro, sus dedos de soldado se revelan de una suavidad exquisita. Sus dedos son ligeros, precisos, fisgones como los de una mujer, pero los movimientos, más amplios, más seguros, y siento que el vértigo me gana desde los primeros movimientos de su mano. Me retuerzo, me incorporo, murmuro:

—Sí, sí, continúe… Sí, es tan agradable…

Quisiera que tuviera diez manos, y me olvido de utilizar las mías para agradecérselo. Como he dejado de acariciarle, se interrumpe también, y esa pausa nos calma un poco. Pero la pausa se prolonga, y eso no me conviene nada. Si tengo que volver en este estado al castillo, no voy a poder pegar ojo en toda la noche. ¿Y él?

Al girarse hacia mí, me dirige una mirada indecisa, y le pregunto:

—¿Está enfadado? ¿O teme que yo me haya enfadado?

—No, no, ángel mío, pero me muero de deseos de admirarla mejor, de acariciarla mejor.

—¿Mejor? Pero si así está muy bien, ¿no? Y además, usted sabe que para mí es muy importante que se me respete, usted lo sabe.

El tipo de respeto que inspiro parece divertirle; sonríe y murmura:

—Confíe en mí, guapísima. El placer que tanto deseo, usted también lo desearía si lo hubiera probado.

Con un gesto firme me hace sentar. Creo comprender que tengo que levantarme, y me pongo de rodillas. Pero entonces se desliza entre mis piernas, me zarandea un poco, me levanta el vestido y las enaguas, y me encuentro, sin saber cómo ni por qué, a caballo encima de su rostro, digamos que dándole, «la espalda», en una postura que me parece el colmo de la indecencia y de la incomodidad. Gracias a Dios, el tapiz

de musgo y la manta son mullidos. Eso no quita para que no me sienta demasiado «cómoda», y, además, no entiendo en absoluto lo que quiere hacer conmigo ni lo que quiere que haga con él, si no es un número de acrobacia. Por suerte, su bello juguete está ahí, delante de mí, tensado hacia mi cuerpo, y siento que sus manos musculosas, colocadas sobre mi piel, atraen mis caderas hacia su rostro.

Entonces, me dejo ir, y de pronto siento el contacto de sus labios. Juguetean durante un buen rato, rozan, exploran, mordisquean, y su lengua encuentra al final ese punto exquisito en el que me parece que toda mi sensibilidad está ahora concentrada… Se interrumpe cuando comienzo a gemir, y su voz me llega extrañamente deformada:

—Su cuerpo es el más maravilloso de los frutos, virgen imprudente. No hace falta que me diga que le gusta esta caricia, lo siento tan bien…

Apoyada en el suelo con una mano, y acariciando con la otra, esta vez en toda su longitud, ese… bello tulipán rosa que me fascina y me provoca con insolencia, me pregunto confusamente si debo responder algo, y qué. Por fin balbuceo:

—Usted también es muy guapo, caballero… Si supiera fascinarle como usted me fascina… Me siento muy avergonzada de mi debilidad, no abuse de ella… desearía tanto devolverle el placer que usted me da…

En realidad, sólo hablo para mí. ¿Cómo podría oírme, ahogado como está entre mis piernas, que separo como puedo para disfrutar mejor de ese beso divino? Tan pronto me chupa generosamente, tan pronto desliza sobre el botón la punta de su lengua, tan pronto absorbe con frenesí y me abandono gimiendo a este embelesamiento. Ahora estoy casi tumbada sobre él, del revés, y de pronto es más fuerte que toda mi vergüenza: es necesario, es necesario que yo también le chupe, es necesario que me llene la boca de él como él llena la suya de mí por momentos, ¡es necesario que le… comulgue, aunque me ahogue! ¡Después de todo, con Géraud no me morí! ¡Y menos todavía con Jousè! Es cierto que la de mi húsar es dos veces más gruesa, pero tengo diez veces más

ganas de chuparla. Con los otros lo hacía por chiquillada, por el desafío que suponía pervertirlos, y mantenía la cabeza fría casi hasta el final. Con Norbert, me siento presa de una auténtica pasión de mujer, y por primera vez, un trocito de mi corazón está en mi boca.

¿Estaré enamorada? ¿Un poco, mucho, apasionadamente, hasta la locura, nada en absoluto? Ninguna de esas cosas, creo. Dentro de una hora nos separaremos y no hay ningún indicio de que nos volvamos a ver nunca, y me gustaría que me cogiera de nuevo entre sus brazos y me guardara allí, mucho tiempo. ¿Tendría simplemente miedo de mí misma?

Por una vez, no diré nada de lo demás.

Viernes, 7 de septiembre

Desde hace dos días estoy deprimida y de mal humor, lo cual sorprende a todo el mundo. No soporto que nadie me pregunte, ni me dirija la palabra ni me sonría, nadie; ni siquiera Mathilde, ni siquiera papá.

Me ha vuelto esa cosa horrible… Me he convertido de nuevo en ese pobre animal sangrante cuya tristeza le hace darse cabezazos contra los muros y los baúles. Diario, te odio… Y sin embargo,

Aunque la tierra y el cielo estén negros como la tinta. Nuestros corazones, que tú conoces, están llenos de rayos de sol…

C., 17 de junio-7 de septiembre de 1888

Epílogo

Dos breves y sucesivas notas referentes al sobre que contenía los cinco cuadernos escolares que constituyen el *Diario*, completadas por algunas investigaciones realizadas en los registros civiles, nos permiten escribir el siguiente epílogo:

El 5 de enero de 1890, la señorita Agnès Béatrice Laure de S., menor emancipada, contraía matrimonio en Rambouillet con el subteniente Norbert Destouches. Los dos matrimonios, el civil y el religioso, parecen haberse celebrado dentro de una gran discreción. Ni la prensa parisiense, ni la local mencionan la boda.

Por parte del novio, firmaron como testigos: la señora Mathilde de M., viuda, y el coronel de E., comandante del tercer regimiento de húsares de la guarnición de Rambouillet; por parte de la novia, la señora Lydie de H., viuda, y el señor Henri de S., negociante.

Una nota al margen indica que otorgaron capitulación matrimonial ante el notario de París, el señor de N. El régimen es el de sociedad de gananciales, con constitución de una renta vitalicia en favor del cónyuge superviviente.

El 9 de noviembre de 1894, una sentencia del Tribunal Civil de Rambouillet, donde el joven matrimonio Destouches había fijado su domicilio, autorizaba al interesado a unir a su nombre patronímico el de su esposa.

La nota de la homologación de esta sentencia consta en el margen del registro.

Norbert y Agnès Destouches de S. tuvieron tres hijos, el último de los cuales, André, nació en 1897 y murió ese mismo año. Los otros dos, Henri-Guillaume y Lydie-Apolline, nacidos respectivamente en 1890 y en 1895, murieron también muy jóvenes. El primero falleció el 17 de abril de 1917 en Chemin des Dames, a la cabeza de su sección y la segunda, el 9 de noviembre de 1918, en París, víctima de la

epidemia de gripe infecciosa llamada «española».

Norbert Destouches de S., por entonces coronel, murió en 1926. Agnès de S. le sobrevivió mucho tiempo. Murió en 1953 en París, donde vivió con gran sencillez.

Notas

[1] «Quiera o no quiera». En provenzal en el original. Traducimos todos los fragmentos en provenzal a pie de página. (*N. de la T.*). <<

[2] *Ventoulèje*: «hace viento»; *un soulèu que toumbo*: «Un calor de morirse». (*N. de la T.*). <<

[3] «Guisantes nuevos» y «cerezas recién cogidas» respectivamente. (*N. de la T.*). < <

[4] «No lo mire señorita, no es bonito». (*N. de la T.*). < <

[5] Una educación fallida, *opereta de Chabrier* (1877). (*N. del Editor Francés*). < <

[6] En francés antiguo *marguerite* significa «perla», por lo que, en español, sería como decir «la perla de las perlas». (*N. de la T.*). < <

[7] *Fio de la Sant Jan*: «Hoguera de San Juan»; *lou mouliné*: «el molinero»; *lou manescoú*: «el herrador»; *lou noutàri*: «el notario»; un viejo *tabaret*: «un viejo chocho»; los *moussurots*: «los señores», las *damotos*: «las damas». (*N. de la T.*). <<

[8] «Febril». (*N. de la T.*). < <

[9] «En desorden». (*N. de la T.*). <<

[10] «Un resfriado». (*N. de la T.*). < <

[11] «Bueno, hasta la vista». (*N. de la T.*). <<

[12] «Un pantalón». (*N. de las T.*). < <

[13] El pueblo hambriento que acudió a Versalles el 5 de octubre de 1789, llamaba así al rey Luis XVI, a la reina y al delfín. (*N. de las T.*). < <

[14] En francés *boulanger* significa «panadero». (*N. de la T.*). <<

[15] Seguramente se trata de *Stuart*, montado por Tom Lane. (*N. del Editor Francés*). < <

[16] *Tavel*. (*N. del Editor Francés*). < <

[17] Chateauneuf-du-Pape. (*N. del Editor Francés*). <<

[18] Jorge Monk, duque de Albemale, general inglés (1608-1670), lugarteniente de Cromwell, que restableció a Carlos II en el trono después de haber combatido a los realistas (1660). (*N. de la T.*). <<

[19] «Tumbada boca abajo». (*N. de la T.*). < <

[20] «Lo que me llena de contento». (*N. de la T.*). < <

[21] «A horcajadas». (*N. de la T.*). <<

[22] Se trata de *Safo* (1883). (*N. del Editor Francés*). < <

[23] Vamos, vamos. (*N. de la T.*). <<

[24] «Segadoras». (*N. de la T.*). <<

[25] «Parece el tonto del Nacimiento». (*N. de la T.*). < <

[26] «Vamos, tranquilízate, no sé lo que hacías, pero no se lo diré a nadie». (*N. de la T.*). < <

[27] «¿Te gustan, Boniface? ¿Estás bien empalmado?». (*N. de la T.*).
<<

[28] «Ven y toca. ¡Eres tan bonita! ¡Ven aquí enseguida, Linette, ven que te la meta! ¡Si la quieres aquí está! ¡Vamos!». (*N. de la T.*). <<

[29] «Ve despacio, Boni mío, ¡la tienes tan larga, monstruo, que me matarías! ¡Espera que la coloque en su sitio!». (*N. de la T.*). < <

[30] Suboficial de caballería o de artillería encargado del alojamiento de las tropas. (*N. de la T.*). <<

[31] «Siga… ¡Cómo me gusta! Siga, siga, señorita, huy…, me estoy corriendo…». (*N. de la T.*). < <

[32] En francés, *serres* significa «garra». (*N. de la T*.). <<

[33] «Un día para señalar con una piedra blanca». Cita latina clásica en las escuelas desde hace tiempo. (*N. del Editor Francés*). < <

[34] «Y a ti, mimosito, ¿te gusta de esta forma? ¿Hasta dónde has llegado?

»—¡Ay, qué gusto, señorita! Estoy al final del todo. ¡Me gusta tanto que no sé cómo explicárselo!». (*N. de la T.*). <<

[35] «No digas nada, pero nada de nada, a los curas». (*N. de la T.*). <<

[36] La obra de P. Monsabré (y no «de» Monsabré), perteneciente a la orden de los Hermanos Predicadores, fue publicada en París, en 1887, por Lethielleux. Recoge los sermones que pronunció en Notre-Dame durante la Cuaresma. *El matrimonio cristiano* tuvo un gran éxito. (*N. del Editor Francés*). <<

[37] Ven aquí, no te preocupes. (*N. de la T.*). <<

[38] «¡Vaya, señorita! ¡El pobrecillo no tiene un aspecto demasiado animado que digamos! ¿Se lo ha comido o qué?». (*N. de la T.*). < <

[39] Jules Ferry, ministro de Educación desde 1879 hasta 1883 y después presidente del Consejo, tuvo que dimitir en 1885 tras los incidentes de la guerra de Tonkin. De ahí el apodo de «Ferry-Tonkin» que le pusieron y propagaron sus adversarios. (*N. del Editor Francés*). < <

[40] Aquí hay dos palabras tachadas que resultan ilegibles. Tal vez sean: cubierta y llena. (*N. del Editor Francés*). < <

[41] «Muchachas casaderas». (*N. de la T.*). < <

[42] Alusión a un célebre refrán de la opereta de Messager. *(N. del Editor Francés*). < <

[43] *Trou-madame*: literalmente «agujero de señora». Se trata de un antiguo juego de habilidad que consiste en hacer rodar trece bolitas bajo unos arcos numerados. (N. *de la T*.). <<